

MISIÓN SIN RETORNO

UN THRILLER POLICÍACO DE AINARA PONS



RAÚL
GARBANTES

MISIÓN SIN RETORNO

AGENTE ESPECIAL AINARA PONS Nº 11

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2025 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com





Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/miedogratis>

PRÓLOGO

—VAMOS —dice Luna, hablándome al oído.

Ya se ha acomodado ella también, y comenzamos a caminar. Cada paso se siente difícil, con su cuerpo tan pegado al mío. No parecía tan complicado cuando lo hicieron los muchachos; ellos lo hicieron ver fácil, como si fuera un simple paseo por la montaña.

—Más rápido —me apremia, acelerando el paso.

Siento el tirón del parapente desplegándose detrás de nosotras. Al principio, nos cuesta avanzar con el viento en contra, pero continuamos en dirección al borde de la montaña. Estamos a punto de saltar al abismo cuando mis pies comienzan a despegarse del suelo. De repente, es como si caminara en el aire. Ya no hay tierra debajo, solo un vacío insondable que se extiende hacia la oscuridad de la noche.

—¡Nos desviamos, Ainara! —grita Luna con una voz llena de desesperación—. ¡No llegaremos a la cumbre!

—¿Entonces? —pregunto, impotente, con el pánico apoderándose de mí. No sé cómo controlar el parapente, no sé cómo revertir esta situación.

—Nos dirigimos hacia el río —me dice, resignada, mientras la veo luchando por mantener el control.

—¡No! Tenemos que llegar a esa montaña —insisto, señalando hacia el costado. Ya estamos a la altura en la que deberíamos hacer

pie en la cima, pero seguimos descendiendo.

—¡Ya no llegamos! —me responde a gritos—. ¡Nos estrellaríamos contra la ladera!

—¡No importa! —le grito con toda mi fuerza—. ¡Hazlo ya!

Por un segundo, veo las estrellas, pero al instante todo se oscurece. Un paredón de roca se acerca con rapidez. No puedo reaccionar ni pensar; el tiempo parece haberse detenido, pero mi cuerpo sigue moviéndose sin control.

Entonces, un sacudón detiene la caída. Me siento mareada por los golpes y vaivenes, pero me doy cuenta de que estoy colgando en el aire. Miro hacia arriba y veo que el parapente se ha quedado atascado en una saliente de la montaña. Tengo que actuar rápido.

Siento el cuerpo de Luna detrás de mí.

—¿Estás bien? —le pregunto, aunque no obtengo respuesta.

Quiero mirarla, pero el equipo me impide moverme con facilidad.

—¡Luna! —insisto con más fuerza, pero sigue sin reaccionar.

Debo ver qué le sucede. Tengo que liberarme de las correas sin caer al vacío. A mi alrededor, cuelgan unas cuerdas. Las tomo y tiro de ellas, comprobando que están firmes...

Al fin alcanzo cierta estabilidad y puedo girarme para ver a Luna. Está inconsciente, con sangre en la frente. La herida parece profunda, pero no alcanzo a verla bien. Extiendo la mano para tocarle el cuello; aún tiene pulso. Gracias a Dios, sigue viva.

Debo subir, pero no puedo dejar a Luna colgada aquí. Si el parapente se suelta, caerá al vacío. Tengo que asegurarla de alguna manera. Miro las cuerdas que cuelgan a mi alrededor; todas están conectadas al arnés que sostiene las dos sillas. Necesito alejarme de la silla en la que estoy para alcanzar la pared de roca.

Con determinación, libero las cuerdas de mi brazo izquierdo y me lanzo de la silla, oscilando como un péndulo hasta alcanzar las rocas. Tras varios intentos, logro enganchar mi pie en una grieta y me aferro a la pared, comenzando a trepar lentamente hacia un punto más seguro. Desde allí, ya no puedo ver a Luna, pero tomo precauciones para asegurarla a mí con cuerdas adicionales, decidida a enfrentar juntas cualquier destino que nos aguarde.

Sin embargo, a medida que asciendo, el peso de Luna comienza a frenarme, tirando de mí hacia abajo. A pesar de mi último esfuerzo, la lona del parapente se desgarró y se suelta de la saliente, arrastrándome hacia atrás. Mi mano izquierda pierde el agarre, y la derecha no resiste más. Estoy al borde del abismo, consciente de que he dado todo lo que puedo dar.

EL SENADOR DESAPARECIDO

FLAGSTAFF, Arizona.

Jueves, 4 de abril, 11:50 a. m.

PETER CONDUCE el coche y yo voy a su lado. Atrás está Luna, es su primera participación como miembro oficial del equipo. La conocimos en un caso anterior y su colaboración fue fundamental para resolverlo. Tardó un tiempo en decidir unirse. Ella era perfiladora de la CIA. En ese caso anterior, su búsqueda de la verdad puso a sus jefes en su contra. Ya no podía seguir trabajando allí.

Luego de un par de meses de negociaciones, arregló seguir trabajando para la CIA, pero como consultora externa, no como agente. Fue una salida elegante: ni renuncia ni despido. Ahora ayuda a la CIA de vez en cuando, solo si la convocan, lo que le da tiempo para trabajar con nosotros.

Llegamos hace dos horas al aeropuerto Flagstaff Pulliam. Alain y Junior llegaron más temprano al aeropuerto internacional de Phoenix. Fueron primero allí, porque en una ciudad grande era más sencillo conseguir armas. Flagstaff es una ciudad pequeña. Si unos extraños intentasen comprar armas, llamarían demasiado la atención. Los muchachos me escribieron hace un rato: ya están en camino. Tienen alrededor de dos horas de viaje, así que no tardarán en llegar.

No nos gusta estar sin artillería, pero no podíamos esperarlos y empezamos sin ellos. En los casos de personas desaparecidas, cada segundo cuenta. Cada minuto que pasa, la persona perdida corre más riesgo de perder también su vida.

—El hotel en el que se hospedó el senador —dice Peter, señalando hacia adelante con la cabeza— está sobre la Ruta 66.

Debemos investigar ese lugar en busca del paradero del senador Joseph Mancera. Su esposa, Nancy, nos contrató para localizarlo. Hace cuatro días que no hay rastro de él, y la Policía local le informó a Nancy que el senador nunca estuvo en la ciudad.

Sin embargo, según su agenda oficial y una entrevista que dio hace una semana, se encuentra en Sudamérica por negocios. Cuando Junior, quien contactó a Nancy, le preguntó sobre esta discrepancia, ella le explicó que el viaje al exterior era solo una fachada para ocultar lo que realmente estaba haciendo.

Por desgracia, Nancy no sabía el motivo de su visita a Flagstaff; solo le dijo que era algo de suma importancia, pero que no debía saberlo por el momento. Lo único que pudo contarnos es que viajó con su asistente, Hugo Matheson, y que tampoco se sabe nada de él.

Cuando aceptamos el caso, lo que más nos preocupó fue el objetivo del viaje del senador. Si bien Joseph Mancera es conocido como alguien honesto, resulta muy extraño que monte una gran mentira para encubrir su visita a una pequeña ciudad. ¿Qué había venido a hacer? ¿Qué podía ser tan oscuro que ni a su esposa podía contarle?

El hecho de que Nancy supiera dónde estaba y que se trataba de una fachada descarta el motivo de una aventura. Los hombres poderosos son muy capaces de viajar en *jets* privados de un estado a otro solo para mantener un romance, pero parecería ser que este no es el caso.

Luna se encargó de realizar un perfil del senador para entender en qué podía estar metido y no encontró ningún lado turbio en su personalidad que nos pudiera dar pistas. Es por eso que vinimos a ciegas, sin saber lo que podríamos encontrar.

Antes de venir, Andrew investigó lo que pudo y rastreó los movimientos de Mancera a través de la tarjeta de crédito de su asistente, quien se encargó de la logística. Por eso sabemos que se alojó en ese hotel. La cuenta se cerró un día después de la última comunicación del político con Nancy, por lo que suponemos que recién entonces desapareció.

Entramos a la Ruta 66 y miro, en el Maps de mi móvil, todos los sitios en los que se usó la tarjeta de crédito de Matheson. Tenemos bastante territorio por recorrer si queremos seguir su itinerario. Parece que el senador se movió bastante. Me vuelvo a preguntar qué estaba buscando.

—Me gustaría creer que no le pasó nada —dice Peter sin quitar la vista de la carretera—, que si la policía no supo nada de él o de alguien con sus características, es porque se metió en alguna fiesta loca de la que aún no ha salido.

Al oír esas palabras, miro hacia atrás a Luna. Lleva el pelo recogido. Me dijo que el viento de Arizona era de lo peor para el cabello. Ella se da cuenta de mi mirada y me niega con la cabeza. Estoy de acuerdo con su criterio: la teoría de Peter sobre la fiesta loca del senador contradeciría el perfil que realizó Luna, y eso sería muy difícil que sucediera. Confío plenamente en sus habilidades.

—La calle principal de Estados Unidos —dice Luna cuando ve uno de los clásicos carteles de la 66.

Me vienen a la mente más de una película realizada en esta ruta, desde *Easy Rider* hasta *Thelma y Louise*.

—Es el hospedaje más lujoso de la región —dice Peter y me saca de mis pensamientos.

Ha visto a lo lejos la entrada al hotel.

—Un senador no se quedaría en algo menos que eso.

Peter tiene razón. Es el lugar más importante de los que vimos en nuestro recorrido.

EL ALBINO

HOTEL EN LA RUTA 66, Arizona
Jueves, 4 de abril, 12:20 p. m.

LLEGAMOS a la entrada del hotel y avanzamos por la calle semicircular hasta la puerta principal.

—Entraré con Peter —le digo a Luna—. Tú quédate en el coche por si tenemos que salir rápido.

—Entendido —responde Luna, y los tres bajamos del vehículo.

Luna se acomoda en el asiento del conductor, mientras que Peter y yo caminamos hacia la puerta principal del hotel. De reojo, noto las cámaras de seguridad. Me aseguro de que no haya nada sospechoso antes de seguir adelante. Peter toma el liderazgo al llegar a la recepción.

—Buenos días —saluda mientras saca su vieja placa con un gesto profesional.

—Buenos días —responde el recepcionista, un joven de unos treinta años, impecablemente uniformado, con el cabello negro peinado a la perfección—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Somos los agentes Bennett y Suárez del FBI —se presenta Peter con tono firme, sin titubeos. Ambos vestimos ropas que no llamen la atención, un poco formales para cubrir nuestra fachada,

pero sin llamar la atención de la gente—. Estamos investigando la desaparición de dos personas: Hugo Matheson y Joseph Mancera.

El recepcionista mantiene su sonrisa cortés mientras asiente.

—Señor Bennett, lo mejor sería que hablaran directamente con el gerente del hotel. Yo no estoy autorizado para proporcionar información sobre nuestros huéspedes. Permítanme un momento, por favor.

Hace una llamada rápida, explica la situación con un tono neutral, asiente otra vez y cuelga. Luego le hace una señal a un botones cercano, que viene enseguida.

—Mike los llevará a la oficina del gerente —anuncia con su sonrisa intacta—. Él podrá responder a todas sus preguntas.

Agradecemos y seguimos al botones por un corredor estrecho hasta una oficina. Mike toca la puerta, y una voz desde dentro nos invita a pasar. El joven abre la puerta y se hace a un lado para que entremos. Dentro, nos espera un hombre alto, de cabello castaño y traje azul oscuro.

—Bienvenidos, agentes —nos dice con voz afable—. Mi nombre es Arthur Cronwell, soy el gerente. Me han informado de la desaparición de dos de nuestros huéspedes. Por favor, tomen asiento.

Nos acomodamos frente a su escritorio. Hasta ahora todo parece ir bien; Cronwell se muestra dispuesto a cooperar. Espero que esto nos acerque a la información que buscamos.

—Aquí tengo los datos de Hugo Matheson —afirma mientras revisa el ordenador—, pero no veo información sobre la segunda persona mencionada.

Intervengo sin perder tiempo.

—La otra persona era el senador Joseph Mancera. Probablemente no aparezca su nombre real, ya que estaba aquí de incógnito, pero su habitación debe haber sido pagada también por Matheson.

—Eso tiene sentido —responde Cronwell con una pequeña sonrisa—. Aquí aparece que Matheson pagó por dos habitaciones contiguas: una para él y otra para alguien registrado como Ruben Stanley.

—Quizás ese sea el alias que utilizó el senador —añade Peter, mientras asiento ligeramente.

—La última vez que supimos de él fue hace cinco días, cuando llamó a su esposa desde aquí —añado—. Luego de esa llamada, no hemos recibido más noticias.

Cronwell revisa los registros de la pantalla con rapidez.

—Parece que estuvieron aquí un día más —informa—. El *checkout* lo realizó el asistente del señor Matheson.

Levanto una ceja, sorprendida.

—¿El asistente de Matheson? —pregunto más para mí que para el gerente. Resulta extraño que el senador se haya hecho pasar por el asistente de su asistente.

En ese momento, suena la puerta.

—Adelante —dice Cronwell, y un joven muy parecido al recepcionista, también con el mismo uniforme impecable, entra en la sala.

—Señor —saluda el recién llegado.

—Él es Roland —dice a modo de presentación el gerente—. Estuvo aquí durante el *checkout* y puede contarles sobre un pequeño inconveniente que surgió ese día. Adelante, Roland.

—El problema fue que el señor Matheson no estuvo presente para cerrar su cuenta —explica el joven—, pero su asistente mostró la tarjeta de crédito y el documento de Matheson, así que acepté el pago y todo se resolvió.

Me pregunto quién pudo haber sido esa persona. Saco mi teléfono y busco una foto del senador que Andrew me envió antes.

—¿Fue esta persona quien cerró la cuenta? —pregunto, mostrándole la imagen. Roland observa la foto unos segundos antes de negar con la cabeza.

—No, no fue él. Vi a esa persona el día anterior en el hotel, pero no fue quien realizó el *checkout*.

—¿Está completamente seguro? —pregunta Peter con los ojos entrecerrados.

—Por supuesto —afirma Roland—. El hombre que cerró la cuenta era bastante... inusual.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, pero justo mi teléfono vibra de nuevo.

—Era albino —afirma Roland con una expresión de sorpresa al ver nuestras caras—. No es común ver personas así por aquí. El sol de Arizona no es bueno para ellos.

Estoy a punto de seguir indagando, sin embargo, mi teléfono vuelve a vibrar. Miro la pantalla y esta vez es una llamada de Luna. Me levanto rápido y me alejo un poco para responder.

—Ainara, acabo de enviarte un mensaje —me dice con urgencia—. Una patrulla acaba de llegar al hotel. Tres policías están entrando ahora mismo. Será mejor que salgan.

—Entendido —respondo de inmediato—. Agente Bennett.

—Sí —responde Peter con un tono que denota curiosidad.

—Debemos irnos ahora mismo —le digo, manteniendo mi tono neutral pero firme.

Peter se levanta también.

—Gracias por su colaboración —dice de forma educada mientras ambos nos dirigimos hacia la puerta—. Surgió algo urgente, pero nos pondremos en contacto pronto.

—Por supuesto —dice Cronwell, visiblemente desconcertado por nuestra salida apresurada—. Si lo prefieren, pueden hablar con los oficiales. Ya les informamos de su llegada.

—Será en otra ocasión —responde Peter mientras ya cruzamos la puerta, y luego me susurra—. ¿Qué ocurre, Ainara?

—La policía está aquí —le digo mientras lo tomo del brazo, simulando ser una pareja—. Apuremos el paso.

Justo cuando estamos a punto de salir del corredor hacia la recepción, veo a los policías venir de frente. No hay tiempo para pensar. Tomo el rostro de Peter con mi mano libre y lo beso en los labios, sin detenerme. Peter se sorprende, pero lo sigue, deteniéndose solo un instante. Yo también freno, manteniendo el beso para disimular. Los policías pasan junto a nosotros, sin prestar atención. Siento que Peter me sujeta del hombro y, de repente, el beso deja de ser solo parte del plan. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Bajo mi mano de su rostro y la coloco sobre su pecho, apartándome apenas unos centímetros para mirarlo a los ojos.

—Debemos irnos antes de que hablen con el gerente —susurro, viendo de reojo que los policías se acercan a la oficina de Cronwell.

Peter me toma de la mano.

—Vamos —dice, mirando hacia la salida.

Nos apresuramos, caminando a paso rápido, tratando de no levantar sospechas. El objetivo es claro: salir antes de que la policía nos vincule con la investigación. Atravesamos la puerta principal y nos dirigimos al coche. Luna ya ha encendido el motor, y el rugido del vehículo corta el silencio del *parking*. Nos subimos aprisa y salimos disparados.

Mientras nos incorporamos de nuevo a la Ruta 66, miro por el espejo retrovisor. Veo a uno de los policías salir y mirar en todas direcciones. Parece que nos está buscando. Solo espero que no haya alcanzado a ver nuestra matrícula.

CLARAMENTE SON MATONES

UTA 66, Flagstaff, Arizona
Jueves, 4 de abril, 12:35 p. m.

—¿QUIÉN diablos es el albino? —pregunta Peter desde el asiento trasero, su tono refleja la confusión que todos compartimos. Luna conduce, mientras que yo voy en el asiento del copiloto.

—Solo puedo pensar que es el responsable de la desaparición — responde Luna sin quitar la vista de la carretera.

Apenas subimos al coche, le contamos a Luna todo lo que había ocurrido en el hotel con el gerente Arthur Cronwell y la información que conseguimos. Su conclusión es la misma que la mía. Si un hombre desconocido, albino, cierra la cuenta del hotel usando la tarjeta de crédito de una persona desaparecida, no puede ser una coincidencia; tiene que estar involucrado.

—Estuve revisando los movimientos de la tarjeta de crédito — continúa Luna, siempre oportuna—. Solo se registraron dos transacciones el último día: el *checkout* del hotel y la devolución del coche. El resto de las compras fue el día anterior.

—¿Crees que el albino también devolvió el coche? —pregunto, intentando conectar las piezas.

—Es muy probable —responde Luna—, los horarios coinciden. El coche se devolvió poco después de que se cerrara la cuenta en el

hotel. Debemos confirmarlo.

—Vamos hacia allá entonces —dice Peter, su tono es decidido.

—Primero nos queda de camino el restaurante —aclara Luna—. Allí se usó la tarjeta el día anterior.

—Si el albino estuvo en el hotel —reflexiono—, es probable que haya sido captado por las cámaras de seguridad.

—No podemos volver allí para pedir las imágenes —protesta Peter—. Los policías ya deben estar investigando a los «agentes Bennett y Suárez».

—Quizás haya otra manera —sugiero mientras comienzo a escribir un mensaje en mi teléfono—. Le estoy pidiendo a Andrew que intente hackear el sistema del hotel y obtener la imagen del albino.

—Perfecto —asiente Peter, mirando su móvil—. Los muchachos ya están aquí. Les diré que nos encuentren en el restaurante.

RESTAURANTE en las afueras de Flagstaff, Arizona
Jueves, 4 de abril, 1:00 p. m.

AL LLEGAR AL RESTAURANTE, encontramos a Alain y Junior ya esperando afuera. Alain viste *jeans* y una chamarra de cuero, mientras que Junior lleva su clásico traje gris de abogado, contrastando con el ambiente informal del lugar. Tras saludarnos, entramos juntos al establecimiento. El lugar está ubicado en las afueras de Flagstaff, lo que me hace pensar que es un sitio extraño para que el senador Mancera hubiera visitado solo por comida.

Aprovechamos para almorzar, ya que el hambre comienza a afectar nuestra concentración. Ponemos a Alain y Junior al tanto de las averiguaciones y los encuentros con la policía, aunque, por alguna razón, evito mencionar el beso con Peter. No es el momento de hablar de eso. El silencio entre Peter y yo sobre lo ocurrido me hace sentir incómoda, pero prefiero no profundizar. Sentí algo, y sé que él también, pero no estoy segura de si permitir que esos

sentimientos crezcan sea lo mejor. Nuestras vidas están llenas de peligro, y no hay lugar para distracciones emocionales que podrían costarnos caro. Mi mente está en un caos.

—Esto está buenísimo —dice Alain, con la boca llena, después de devorar la mitad de una hamburguesa en dos mordiscos.

Cuando la camarera trae mi *omelette*, decido aprovechar el momento.

—Disculpa, necesito hacerte una pregunta —le digo con una sonrisa cordial.

—Claro, ¿en qué te puedo ayudar? —responde ella, amable y atenta.

—Soy investigadora privada —le explico con tono profesional—. Estoy buscando a dos personas desaparecidas que estuvieron aquí hace cinco días.

Le muestro una foto de Hugo Matheson, pero ella niega con la cabeza. Luego, le enseño la del senador Mancera, pero tampoco lo recuerda.

—Lo siento, cariño —responde con un tono empático—. Viene mucha gente por aquí, y no puedo recordar todos los rostros.

—Entiendo —afirmo, jugando mi última carta—. ¿Por casualidad recuerdas a un hombre albino que estuvo con ellos?

La expresión de la camarera cambia de inmediato.

—Ah, claro. A ese sí lo recuerdo. Estaba con dos hombres más, pero no sé si eran los que me mostraste. Podrían ser.

—Muchísimas gracias —le digo, agradecida—. Si recuerdas algo más, por favor, háznoslo saber. Estaremos aquí un rato más.

La camarera se retira, y esperamos un momento antes de retomar la conversación.

—Entonces, el albino no solo cerró las cuentas con la tarjeta de Matheson —opina Peter—, sino que también estuvo aquí con ellos el día anterior.

—Tiene sentido —añado—. Es probable que el senador viniera hasta aquí específicamente para reunirse con él. No veo otro motivo para que se desplazara a un restaurante tan alejado del hotel y la ciudad.

—Podría ser que el albino fuera un informante —sugiere Luna—. Tal vez viajaron a Flagstaff para reunirse con él. O... fue una trampa.

—¿Crees que lo secuestraron? —pregunta Junior, intrigado.

—Es posible —responde Luna—, pero no debemos apresurarnos. Primero, verifiquemos si el albino fue quien devolvió el coche.

Mientras conversamos, observo a la camarera. Tras hablar con nosotros, fue a hablar con el cajero, quien de inmediato comenzó a hacer una llamada telefónica. Algo no encaja. Podría ser paranoia, pero he aprendido a confiar en mi instinto.

—Lo que no entiendo —dice Alain, pensativo— es por qué el albino se arriesgaría a devolver el coche y hacer el *checkout*. Si está involucrado en la desaparición, ¿por qué exponerse así?

—Saldar las cuentas evitaría levantar sospechas —explica Luna—. Si el coche no se hubiera devuelto, la agencia podría haber alertado a la Policía.

—Pero los movimientos de la tarjeta siguen siendo rastreables —acota Junior—Sí, pero solo se vuelven relevantes cuando alguien denuncia la desaparición y se inicia una investigación —responde Luna—. Para entonces, tal vez ya no haya rastros. Si quienes están detrás de esto tienen poder, pueden alegar que la tarjeta fue duplicada.

—Por eso es crucial que Andrew consiga las imágenes del hotel —intervengo—. No solo para identificar al albino, sino también para confirmar que el senador estuvo en Flagstaff. Peter asiente y cambia de tema.

—Alain, cuéntanos, ¿conseguiste lo que pedimos?

—Por supuesto —responde Alain con una sonrisa de satisfacción—. Ya sabes que no te fallo. Tengo todo lo que necesitas, incluyendo tu ametralladora.

—Está todo en el maletero del coche —agrega Junior—. Cuando terminemos de comer, cada uno tomará lo suyo.

—Mejor así —dice Peter con una sonrisa irónica—. Me siento desnudo sin mi arma.

Reímos brevemente, aliviando la tensión, y seguimos comiendo. No tardamos mucho en terminar y salimos al *parking*. Sin embargo, algo llama nuestra atención. Una camioneta verde se detiene cerca,

y de ella bajan siete hombres. Dos salen de la cabina y cinco más de la parte trasera. Todos son robustos, con pinta de militares, pero vestidos como vaqueros. Sin duda, se trata de matones.

Se acercan a nuestros coches y se apoyan en ellos con actitud desafiante. Dos de ellos llevan bates de béisbol, uno lo deja descansar en el suelo y el otro lo apoya en su hombro como si no tuviera prisa.

—Hola, muchachos —dice Peter, intentando mantener las cosas calmadas—. Apártense, por favor. Necesitamos los coches.

Uno de los hombres da un paso al frente. Lleva el bate al hombro, tiene el cabello muy corto y una cicatriz en el labio.

—Primero —dice con voz grave—, díganme quiénes son.

—Somos investigadores privados —respondo sin dudar, manteniendo la coartada.

Estos tipos fueron llamados por el cajero, lo sabía. Algo olía mal desde el principio.

—Aquí no nos gustan los curiosos —responde aquel sujeto, mirándome con desprecio.

—Lo tendremos en cuenta —afirma Peter sin retroceder—. Ahora, apártate.

El tipo ignora la advertencia de Peter y levanta el bate, listo para golpear. Pero Peter es más rápido. Antes de que el bate baje, le da una patada directa en los testículos, dejándolo doblado de dolor. Los otros hombres reaccionan al instante y nos atacan.

Giro con rapidez y pateo al que tengo más cerca en la cabeza. Alain aparta a Luna justo antes de recibir un golpe que lo tambalea. Junior interviene, golpeando al mismo que atacó a Alain. El otro hombre con el bate viene hacia mí, pero logro torcerle el brazo y hacerlo caer hacia adelante, inclinándolo con fuerza. Antes de que pueda reaccionar, Peter lo termina con un golpe directo en la cara que lo deja inconsciente. Justo en ese momento, otro tipo intenta atacarme por detrás, pero alcanzo a girar y le doy una patada en el pecho que lo empuja hacia atrás. Junior, que está en el suelo luchando cuerpo a cuerpo con uno de los hombres, recibe la ayuda de Alain, quien le da una patada en la cabeza a su atacante, liberándolo.

Luna, rápida como siempre, derriba a otro con una patada precisa en la rodilla. El hombre cae al suelo con un grito de dolor, y ella lo remata con un golpe en la cabeza, dejándolo fuera de combate. Solo queda uno en pie, un tipo más grande y robusto que el resto. Me mira a mí, luego a los demás, y por último decide que no tiene ninguna posibilidad. Sin perder más tiempo, da media vuelta y corre hacia la camioneta verde. Sube aprisa, pone el motor en marcha y se aleja a toda velocidad.

Miro a los que quedaron tirados en el suelo. Me acerco al que lideraba el grupo, el que Peter había dejado doblado con la patada, y lo sujeto por el cuello de su camisa, levantándolo un poco del suelo.

—¿Quién los envió? —le pregunto con voz firme, apretando el agarre para que entienda que no tengo paciencia para juegos.

El tipo me mira, tiene los ojos llenos de dolor y rabia, pero su cuerpo aún está débil por el golpe. Intenta soltar una risa, aunque lo único que logra es escupir un poco de sangre.

—No te diré nada, perra —responde entre dientes con la poca fuerza que le queda.

Le doy un fuerte puñetazo en la mandíbula, seguido de otro en la nariz, que suena como si un pedazo de vidrio se rompiera en mil pedazos. La sangre comienza a salir a borbotones.

—Voy a repetirlo solo una vez más —digo, apretando su camisa con más fuerza—. ¿Quién te envió?

El tipo, completamente aturdido, tartamudea, dejando apenas un susurro.

—El... comandante... —intenta decir—, el comandante...

Pero no puede terminar la frase. Se desmaya, su cabeza cae hacia un lado, y lo suelto, dejándolo caer de nuevo al suelo.

En ese momento, escucho un sonido distante, una sirena.

—La policía otra vez —dice Peter, mirando hacia la carretera a lo lejos, donde se puede ver una patrulla acercándose.

Miro hacia el restaurante. Estoy casi segura de que fue el cajero quien llamó a estos matones. Él debe saber más, pero ahora no tenemos tiempo para confrontarlo. Veo a algunas personas dentro del restaurante, paradas junto al ventanal, observándonos con caras de asombro y temor.

—Vamos, Ainara —me dice Junior, tomándome del brazo—. Tenemos que irnos ahora.

—Sí —respondo, soltando un suspiro mientras me subo al coche. Tal vez más tarde podamos volver aquí y tener una charla con ese cajero, pero por ahora, lo más importante es salir de aquí antes de que la policía llegue.

SE CONFIRMAN LAS SOSPECHAS

CENTRO DE FLAGSTAFF, Arizona
Jueves, 4 de abril, 2:30 p. m.

MIENTRAS NOS DIRIGIMOS a la agencia de renta de vehículos, mi mente repasa todo lo que ha ocurrido en las últimas horas. Primero fue la intervención de la policía en el hotel, luego el enfrentamiento con los matones en el restaurante. Es como si cada rincón de esta ciudad estuviera conspirando contra nosotros.

—No creo que la llamada a la policía desde el hotel haya sido una coincidencia —comento en voz alta, sintiendo que algo no cuadra.

—¿A qué te refieres? —pregunta Peter, concentrado en el volante. Luna está sentada detrás, y Alain y Junior nos siguen en su coche.

—Digo que no era necesario que llamaran a la policía. El personal del hotel fue demasiado «colaborador» —explico, conectando cabos sueltos en mi cabeza—. Es como si solo intentaran entretenernos hasta que llegara la patrulla. ¿Alguna vez te dieron la información tan fácilmente cuando trabajabas en el FBI, Peter?

Él frunce el ceño, como si estuviera recordando.

—Ahora que lo mencionas... si la gente hubiera sido tan cooperativa en otros casos, los habríamos resuelto en la mitad del tiempo.

—Exacto. Y en el restaurante, vi al cajero hacer una llamada justo antes de que llegaran los matones. Es como si esta ciudad estuviera controlada por alguien que tiene a todos en su bolsillo —añado, viendo cómo se teje una red en torno a nosotros.

—Le preguntaré a Freddy —dice Peter—. Quizás el FBI tenga información sobre quién podría estar manejando las cosas en Flagstaff.

—Si descubrimos quién está al mando aquí —interviene Luna—, muchas cosas empezarán a tener sentido.

—¿Qué es lo que no encaja? —le pregunto, queriendo entender sus pensamientos.

—Joseph Mancera —comienza Luna, tomando aire— es un hombre respetado, con una familia sólida, hijos, nietos, y sin escándalos en su carrera. Su honestidad ha sido reconocida durante toda su vida política. No tiene sentido que se haya metido en algo turbio. Si esta ciudad tiene un líder corrupto, él debe estar en peligro.

Luna sigue explicando:

—Ser un hombre íntegro ha sido una ventaja, pero también le ha generado enemigos. Ha desafiado a gente muy poderosa. Si no llegó a ser presidente, fue precisamente por eso; ninguna gran corporación apoyaría a alguien incorruptible. El año pasado, Mancera se enfrentó de forma pública con los medios de comunicación, acusándolos de manipular la información para controlar a la población. Esta postura le generó una feroz campaña de desprestigio. No lograron desacreditarlo, pero desde entonces, ha estado impulsando una ley que impondría fuertes multas a las noticias falsas. Cualquier cadena que no pueda respaldar sus afirmaciones con pruebas enfrentaría sanciones millonarias. Esto limitaría la capacidad de los medios para difamar o engrandecer a candidatos a voluntad. Si algo le ha pasado a Mancera, estoy segura de que tiene que ver con esto. Tal vez no sé exactamente por qué en esta ciudad, pero estoy segura de que intentan silenciarlo. Y si esta ciudad tiene un dueño en la sombra, él es el responsable.

—Entiendo —le respondo—. Entonces, ¿tienes algún nombre en mente?

—Tengo varias pistas —responde Luna—, pero ninguna conexión directa con Flagstaff todavía.

—Habla con Andrew —sugiere Peter—. Si alguien puede encontrar esa conexión, es él. Ahora prepárate, ya hemos llegado.

Miro alrededor y noto que ya estamos en el centro de la ciudad. No me había dado cuenta de lo rápido que pasaron los minutos. Salimos del coche, y mientras Luna y Peter se acercan a la agencia de renta de vehículos, yo me acerco al coche de Alain y Junior, que acaban de estacionar detrás de nosotros.

—Quédense vigilando aquí —les pido desde la ventanilla de Junior—. No quiero que nos sorprendan de nuevo. Si ven algo sospechoso, avisen.

—¿Quieres que les demos las armas? —pregunta Junior, siempre pragmático.

Miro a mi alrededor.

—Hay demasiada gente en la calle —respondo—. Lo haremos en un lugar más discreto luego.

Con eso dicho, me enderezo y me uno a Peter y Luna, que me esperan en la entrada de la agencia. Entramos, y Peter adopta su habitual aire de autoridad, mostrando la placa y repitiendo su rol de agente del FBI. El encargado, un hombre mayor de unos sesenta años, revisa los registros hasta dar con los datos de Matheson.

—No lo recuerdo específicamente —admite el hombre—, pero si devolvió el coche y pagó, entonces todo estaba en orden.

—¿Recuerda haber visto a un albino? —pregunto, ya que eso es lo que en realidad nos interesa.

—Sí, en efecto —responde el hombre, recordando—. Hace unos tres o cuatro días, un hombre albino devolvió un coche, pero no me acuerdo su nombre.

—¿Estaba solo? —insisto, tratando de obtener más detalles.

—Sí, creo que sí —responde el encargado—. No vi a nadie más con él.

Luna, Peter y yo intercambiamos miradas. Ya no hay lugar para las dudas. Nuestras sospechas se confirman. Sin hacer más preguntas, nos despedimos de forma cortés y salimos de la agencia. Nos dirigimos al coche, donde Alain y Junior están esperando.

—Tal como pensábamos —les digo—, se confirma que fue el albino quien devolvió el coche. Es él quien ha estado cubriendo el rastro de Matheson y Mancera.

—Entonces, cuando se usó la tarjeta de crédito por última vez, el senador y su asistente ya estaban desaparecidos —dice Junior, recogiendo lo que todos ya sospechábamos.

—Solo nos queda la estación de servicio en la carretera —interviene Alain—. Quizás fue el último lugar donde fueron vistos antes de que todo ocurriera.

—Sí —asiente Luna—. Esa fue la última transacción con la tarjeta antes de que llegaran al hotel. Ya para entonces, habían desaparecido.

—La estación de servicio está bastante alejada de aquí —afirma Peter, observando el mapa en su móvil—. Deberíamos aprovechar el viaje y detenernos en un lugar más seguro para revisar lo que hay en el maletero.

—Parece que tienes abstinencia de armas —bromea Alain, sonriendo de oreja a oreja.

—No es exactamente eso —responde Peter, devolviéndole la sonrisa—. Solo quiero estar preparado.

Miro a mi alrededor, sin dejar de estar alerta.

—Es mejor que nos vayamos ya —digo—. No quiero quedarme mucho tiempo más aquí. No sabemos si el encargado de la agencia también hizo una llamada después de que nos fuimos. No me apetece esperar para averiguarlo

EL DESIERTO PUEDE SER PELIGROSO

UTA 89, Flagstaff, Arizona

Jueves, 4 de abril, 3:20 p. m.

LLEVAMOS medio día en el coche, recorriendo kilómetros en busca de respuestas. Todo lo que deseo es que este sea el último tramo, que encontremos algo concreto y que esta pesadilla al fin termine.

—Allí está la gasolinera —anuncia Peter mientras gira el volante y entramos en la pequeña estación de servicio.

El lugar se llama Coconino estamos bastante lejos de la ciudad, a casi una hora de distancia. La estación es pequeña, rodeada por desierto, con unos pocos surtidores y una tienda que parece olvidada por el tiempo. Un camión está cargando combustible, y no hay más vehículos a la vista. Esto parece territorio navajo. Me pregunto qué razón tendría el senador para llegar hasta aquí, a un lugar tan apartado en medio de la nada.

Bajamos del coche y vemos que Alain y Junior estacionan su sedán azul junto a nosotros. Caminamos hacia ellos, cuando de repente mi teléfono suena. Es Andrew. Lo pongo en altavoz para que todos puedan escuchar la conversación.

—Hola, Ainara —me saluda Andrew—. Hice lo que me pediste. Ingresé en el sistema del hotel y revisé las grabaciones de seguridad.

—¿Encontraste algo? —pregunto, esperando una respuesta positiva.

—Nada —contesta Andrew con frustración—. Los videos de tres días consecutivos fueron borrados por completo.

—Déjame adivinar —interviene Luna, que está junto a mí—. Son los tres días en los que, teóricamente, el senador estuvo allí, desde que usaron la tarjeta de Matheson hasta que se cerró la cuenta.

—Exacto —confirma Andrew.

—Entonces no tenemos nada —dice Alain, evidentemente molesto por el giro de los acontecimientos.

—No con exactitud —interrumpe Andrew, trayendo una chispa de esperanza—. Al ver que habían eliminado esas pruebas, me di prisa para revisar los otros puntos donde sabíamos que habían estado. En el restaurante no conservan grabaciones por más de dos días, así que allí ya no había nada. Pero aproveché para borrar cualquier rastro de ustedes.

—Gracias por eso —le digo, aunque la situación sigue sin mejorar demasiado—. Sin embargo, seguimos sin evidencias claras.

—Aún no termino —prosigue Andrew—. La agencia de renta de vehículos sí tenía sus videos. Vi al senador y a Matheson rentando el coche, y luego al albino devolviéndolo solo dos días después. Les estoy enviando una captura ahora mismo para que vean su rostro con claridad.

—Te tenemos, albino —dice Peter mientras nuestros teléfonos vibran con el mensaje de Andrew.

Todos revisamos deprisa la imagen. Es un hombre de cabello completamente blanco, rapado a los costados y atrás. Lleva lentes oscuros y un traje marrón. Es difícil calcular su edad, pero parece estar cerca de los cincuenta.

—Por el corte de cabello —comenta Luna—, podría haber sido militar o exmilitar, como los matones que nos atacaron en el restaurante.

—Andrew, ¿puedes investigar si este hombre ha trabajado para alguna fuerza militar o de seguridad? Quizás encuentres su nombre. Buen trabajo —le digo.

—Claro, ya estoy en eso —responde Andrew antes de despedirse.

Cuelgo el teléfono y me giro hacia Peter.

—Vamos —me dice con una sonrisa en el rostro—. Ahora me dará el gusto.

No sé a qué se refiere, pero lo sigo hacia el interior de la gasolinera. El resto del grupo se queda afuera, atentos. Al entrar, vemos que hay solo dos empleados jóvenes detrás del mostrador. El lugar parece una tienda típica de carretera, con productos de todo tipo, desde *snacks* hasta aceite para motor.

—Buenos días —saluda Peter mientras saca su vieja placa de agente del FBI—. Somos los agentes Bennett y Suárez. Estamos buscando a este hombre.

Peter muestra en su teléfono la imagen del albino. Ahora entiendo a qué se refería: quería ir directo al grano, sin rodeos.

Los dos jóvenes, que no parecen superar los veinte años, se acercan para mirar la pantalla. Uno de ellos, que lleva lentes gruesos, se ajusta las gafas.

—Creo que lo vi —dice el chico de lentes—. Paró aquí hace unos días para cargar combustible. Él conducía. Iba acompañado de dos hombres más. ¿Es peligroso?

—Oh, sí —afirma Peter, manteniendo un aire de seriedad—. Si vuelven a verlo, por favor, llamen a este número de inmediato.

Peter toma una servilleta que estaba sobre el mostrador y, con un bolígrafo que saca de su bolsillo, anota el número de Andrew.

—Digan que es un mensaje para el agente Bennett —añade Peter—. No duden en llamarnos, sus vidas podrían estar en peligro si no lo hacen.

Los dos jóvenes intercambian miradas, visiblemente asustados.

—¿Qué hizo este hombre? —pregunta el chico sin lentes, luchando por pronunciar de manera correcta la erre.

—Eso es confidencial —responde Peter con frialdad—. Solo deben saber que es peligroso. ¿Tienen idea de hacia dónde se dirigieron?

—No, señor —contesta el joven de anteojos—. Solo vi que siguieron hacia la rotonda más adelante, pero no sé más.

—Muchas gracias —dice Peter con una sonrisa—. Han hecho un gran servicio a su país.

Salimos de la tienda y nos reunimos con el resto del equipo, contándoles lo que averiguamos.

—Al menos sabemos que el albino estuvo con ellos en esta zona —comenta Junior—. La pregunta es, ¿a dónde los llevó?

—Creo que sabemos algo más —interviene Luna—. Descubrimos que era el albino quien conducía. No fue solo una compañía, sino que él mismo los llevó a algún lugar.

—Es cierto —añado—. Además, por la dirección que tomaron, según lo que nos dijeron, no estaban volviendo a la ciudad. Se alejaban de ella. Cualquiera que haya sido su destino, el senador y su asistente no regresaron.

—Okey —dice Alain mientras saca su móvil—, veamos qué hay en Google Maps.

Abre el mapa y nos muestra la rotonda que mencionaron los chicos en la tienda. La Ruta 89 sigue hacia el norte, mientras que un camino llamado Desert View se desvía hacia el oeste.

—No parece haber mucho en ninguna de las dos direcciones —señala Junior—. Difícil saber hacia dónde fueron.

—Miren aquí —dice Luna, apuntando en el mapa—. Justo después de la rotonda, en la 89, hay una gasolinera mucho más grande, con todos los servicios. Si yo hubiera sido ellos, habría preferido esa.

—A menos, claro —reflexiono—, que no quisieran seguir por la autopista. Si en la rotonda doblaron por Desert View, sería más difícil encontrar otra gasolinera en esa dirección.

—Eso tiene sentido —responde Luna—. Mi padre hacía lo mismo cuando viajábamos. Siempre paraba en la última gasolinera grande antes de tomar un desvío dudoso.

—Entonces, ya está decidido —dice Alain, cerrando el mapa—. Seguiremos ese camino. Primero avisaré a Andrew, para que sepa dónde buscarnos en caso de emergencia.

—Buena idea —añade Peter—. Alguien debe saber dónde estamos por si algo sale mal. El desierto puede ser peligroso.

Nos miramos entre todos, comprendiendo el riesgo que corríamos. El desierto no perdona, y estábamos a punto de adentrarnos en él sin saber lo que nos esperaba.

LA ESCENA DEL CRIMEN

DESERT VIEW, territorio navajo, Arizona
Jueves, 4 de abril, 4:00 p. m.

PETER TENÍA RAZÓN: hace más de quince minutos que nuestros teléfonos perdieron la señal. El camino se extiende de forma interminable a ambos lados, flanqueado por el vasto desierto. No hay ninguna señal de vida más allá de nosotros. Si el senador se desvió de este camino y se adentró en el desierto, encontrarlo será como buscar una aguja en un pajar.

—Creo que esto es en vano —dice Luna mientras conduce. Peter estaba cansado de hacerlo, así que ella tomó el relevo—. La última pista sólida que tuvimos fue la gasolinera. Ahora es como estar buscando a ciegas.

Tiene razón. Tal vez deberíamos volver atrás y explorar otros ángulos. Si presionamos al gerente del hotel o al cajero del restaurante, tal vez logremos obtener más información. Incluso podríamos investigar más a fondo a la policía. Es evidente que están ocultando algo. Hay otros caminos a seguir en lugar de vagar sin rumbo por el desierto.

—¡Diablos! —exclama Peter desde el asiento trasero, agitado mientras mueve el asiento para buscar algo.

—¿Qué pasa? —pregunto, girándome para mirarlo.

—Sentí vibrar mi móvil, pero no lo encuentro —responde Peter, metiendo la mano entre los cojines del asiento.

Saco mi propio teléfono, pero aún no hay señal. Peter, al fin, encuentra su móvil en el suelo.

—Debí tener señal por un segundo —murmura, revisando la pantalla—. Me llegó un mensaje de Andrew.

—¿Qué dice? —pregunta Luna mientras echa un vistazo a su propio teléfono, que sigue sin servicio.

—Dice que encontró algo interesante —contesta Peter, leyendo con atención—. Ayer apareció el cuerpo de un nativo en el desierto, en esta zona. La policía dijo que lo mordió una serpiente de cascabel y que olía a alcohol. No pudieron identificarlo, pero creen que se perdió después de emborracharse en alguna reserva cercana.

—Es raro que un nativo se pierda en el desierto —digo, levantando una ceja con incredulidad.

—Andrew pensó lo mismo —prosigue Peter—. Siguió investigando y descubrió que fueron dos nativos quienes encontraron el cuerpo y avisaron a la policía. Describieron al hombre como calvo, con lentes, vestido con un traje, y que fue mordido por una cascabel.

—Matheson —afirmo casi sin aliento—. Detente, Luna. Tenemos que hablar con los chicos.

Ella frena el vehículo a un lado de la carretera, y Junior, que viene detrás, hace lo mismo. Nos bajamos y nos reunimos junto a sus coches, contándoles lo que Andrew descubrió.

—Andrew nos envió las coordenadas exactas de donde encontraron el cuerpo —explica Peter—. No está muy lejos, solo a unos kilómetros más adelante.

—Bueno —dice Alain—, vamos allá. Tal vez encontremos alguna pista que la policía no haya visto o borrado.

—Escuchen, chicos —dice Luna, moviendo la cabeza con cierto escepticismo—. Estamos trabajando con demasiados «tal vez». Creo que también deberíamos centrarnos en cosas más tangibles.

—¿A qué te refieres? —pregunta Peter, cruzando los brazos.

—«Tal vez» ese cuerpo sea Matheson —dice Luna, haciendo comillas con los dedos—. Lo mejor sería confirmarlo de inmediato. El

cuerpo fue encontrado ayer, por lo que debería estar en la morgue. Si voy allí, puedo verlo con mis propios ojos y saber si es él.

—Es cierto —añade Junior—. Yo soy el experto en infiltraciones en instalaciones del Gobierno. Puedo regresar a Flagstaff y pedirle a Andrew que me ayude a entrar sin levantar sospechas.

—Tienen razón —admito tras pensarlo por un momento—. No tiene sentido que los cinco estemos aquí buscando fantasmas. Luna y Junior pueden regresar a la ciudad. Si la policía está encubriendo algo, es probable que intenten deshacerse del cuerpo pronto. Así que vayan rápido, confirmen si es Matheson y aseguren el cuerpo si es necesario.

—De acuerdo —dice Luna, volviendo hacia Junior—. No perdamos tiempo.

—¿Y ustedes qué harán? —pregunta Junior, mientras, Luna ya se prepara para volver al coche.

—Iremos al lugar donde encontraron el cuerpo —le contesto—. Buscaremos cualquier rastro que la policía no haya limpiado del todo.

Miro a Peter y Alain, y ambos asienten, listos para lo que venga. Junior abre el maletero y saca nuestras armas. Peter sonríe al sentir el peso de su ametralladora bajo la chaqueta. Alain, por su parte, vuelve con una bolsa que había guardado en su coche.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunto, curiosa.

—Compré algunas provisiones en la gasolinera por si nos retrasábamos en el desierto —confiesa Alain con una sonrisa—. Me pareció que podía ser útil.

Luna y Junior parten, y nosotros nos quedamos observando cómo sus luces traseras se desvanecen en la distancia. Luego, subimos de nuevo al coche y seguimos adelante.

—DEBE SER POR AQUÍ —dice Alain, observando el teléfono de Peter, donde había descargado el mapa de la región antes de perder la señal.

El paisaje desértico no da muchas pistas, pero seguimos avanzando lentamente, atentos a cualquier indicio. Las montañas se ven a lo lejos, pero aquí todo parece igual.

—¡Allí! —grita Alain de repente, señalando hacia el frente. Peter da un pequeño salto, pero mantiene el control del vehículo.

Miro hacia donde Alain señaló y veo, tirado en el suelo junto al camino, un cono de tráfico aplastado. Es de esos que se usan para desviar el tráfico. Detenemos el coche y bajamos.

—¿Qué piensas? —pregunta Peter mientras Alain recoge el cono y lo examina.

—Quizás la policía lo puso aquí para señalar el lugar —digo, mirando alrededor—. Tal vez para que los otros agentes o la ambulancia pudieran encontrar el sitio más rápido.

—O pusieron varios conos —añade Alain—, pero este fue atropellado por algún coche y nadie se molestó en recogerlo.

—Aquí hay huellas de llantas —añade Peter, caminando unos metros más allá, fuera del camino.

Nos acercamos y, en efecto, hay varias marcas de neumáticos que entran y salen del desierto.

—Si estamos en el lugar correcto —comento mientras miro el desolado horizonte—, el cuerpo fue encontrado a menos de cien metros de la carretera.

—Vayan a pie —sugiere Peter y se dirige de nuevo al coche—. Podrán ver mejor el rastro. Yo los seguiré desde el vehículo. No quiero dejarlo aquí, visible desde la carretera.

Aceptamos la idea y empezamos a caminar, Alain y yo, siguiendo las marcas. Por fortuna, aún tenemos unas horas de luz. En cuanto caiga la noche, será imposible seguir buscando, y lo último que queremos es perdernos en el desierto sin poder regresar.

—Creo que veo algo allí —dice Alain, acelerando el paso. Lo sigo, mis botas hundiéndose en la arena.

A medida que nos acercamos, reconozco la cinta amarilla de la policía, aún ondeando en el aire, marcando lo que fue la escena del crimen. La cinta rodea un área de unos cuatro metros de largo por tres de ancho, con piedras sujetándola al suelo. En el centro, una mancha en el polvo indica el lugar donde estuvo el cuerpo. Alain y

yo nos detenemos, observando el espacio vacío. Peter aparca y se acerca a nosotros.

—¿Y ahora qué? —pregunta, rompiendo el silencio con su voz.

No sé qué responderle. Estoy de pie frente a una escena vacía, pero la sensación de que algo importante ocurrió aquí es innegable. Nos queda poco tiempo, y necesitamos encontrar algo antes de que la oscuridad caiga sobre nosotros.

PROHIBIDO EL PASO

TERRITORIO NAVAJO, Arizona

Jueves, 4 de abril, 4:15 p. m.

AL FIN ENCONTRAMOS EL LUGAR. Lo único que veo a mi alrededor es desierto. Vacío, extenso y silencioso.

—Como en los viejos tiempos —dice Peter, caminando unos pasos dentro del área delimitada por la cinta policial. Se agacha, poniéndose en cuclillas como solía hacerlo durante los años en el FBI.

Sé a qué se refiere. Lo he visto hacer ese movimiento en más de una ocasión, siempre observando con atención las pequeñas pistas que los demás podrían pasar por alto.

—Parece posible que lo haya mordido una serpiente —dice, señalando donde estaba la pierna izquierda del cuerpo—. Pero además, tiene una herida importante en la pierna.

Me acerco y lo veo también: una mancha de sangre seca bajo el polvo del desierto. Después de más de un día, aún se distingue. No parece el resultado de una mordida de serpiente. La sangre no se escapa así en esos casos.

—¿Qué piensas, Peter? —le pregunto, esperando su análisis.

—Muchas cosas, Ainara —responde—, muchas cosas. Lo primero, lo más obvio: ¿cómo llegó Matheson hasta aquí?

—En coche —responde Alain con una sonrisa irónica.

Peter le lanza una mirada rápida, pero sigue concentrado.

—El albino fue extremadamente meticuloso con el coche y el hotel —prosigue Peter—. No lo dejaría todo tan cerca de la carretera como para que lo descubrieran con tanta facilidad.

—Lo único que se me ocurre —reflexiono en voz alta— es que Matheson intentó escapar. Tal vez saltó del vehículo y se lesionó la pierna. Me gustaría ver su cuerpo. Si fue así, también debería tener heridas en las manos por la caída.

—Quizás —coincide Peter—. Lo más interesante de todo esto es que, si Matheson intentó escapar, debería haber dejado un rastro de sangre que podríamos seguir para encontrar el punto desde donde saltó.

—Bien —dice Alain, siempre listo para la acción—, empezaré a buscar.

Lo vemos alejarse, mientras, Peter se pone de pie y estira la espalda.

—Pobre hombre —digo, mirando el lugar donde yacía el cuerpo—. Estuvo tan cerca de llegar a la carretera. Tal vez habría tenido una oportunidad si lo lograba.

—Pero no lo logró —afirma Peter, colocando las manos en la cintura y observando el horizonte desértico.

—Sabemos que no vino desde la carretera —digo, empezando a caminar en la dirección opuesta—. Así que tenemos que buscar hacia allí. Dividámonos.

Nos dispersamos, recorriendo la zona en semicírculos, explorando cada rincón en busca de alguna pista. El calor es sofocante, pero no podemos permitirnos descansar. Debemos descubrir qué sucedió aquí.

—¡Aquí! —grita Alain, arrodillándose en el suelo.

Peter y yo aceleramos el paso hacia él. Al llegar, vemos una pequeña mancha de sangre sobre una roca. Estamos a unos diez metros del sitio original.

—Okey —dice Peter, inspeccionando alrededor—. Si la primera mancha está aquí, eso significa que Matheson cayó sobre esta roca.

Las gotas que cayeron en la tierra quizás ya se han evaporado. Debemos tener mucho cuidado para no perder el rastro.

—Suponiendo que caminara en línea recta —comento, tratando de mantener una actitud positiva—. Tal vez usó la luna o las estrellas como guía si era de noche.

—Eso tiene sentido —afirma Alain—. La tarjeta se usó en la gasolinera al atardecer, así que no es descabellado pensar que intentó escapar cuando ya era casi de noche.

—Si la mordida de la serpiente fue después de la caída —añado —, es posible que la mordida lo desorientara. Tal vez se desvió de su ruta inicial, lo que explicaría por qué no llegó a la carretera.

—Elemental, Watson —interviene Alain desde unos metros más adelante—. Mientras ustedes hablaban de detectives, yo seguí buscando y encontré otra mancha de sangre. ¿Podrían venir a ayudarme?

—Ve con él —me dice Peter—, yo los seguiré con el coche.

Me adelanto, caminando paralela a Alain para cubrir una mayor área. A estas alturas, cualquier indicio podría ser clave, así que nos movemos con precaución.

—Aquí hay un par de huellas —digo, señalando el suelo—. No es sangre, pero esto también cuenta como pista. No creo que mucha gente pase por aquí caminando.

Después de caminar durante unos cuarenta minutos, encontramos una mancha más grande de sangre y, cerca de ella, las marcas inconfundibles de neumáticos.

—Debe haber saltado del vehículo aquí —concluyo y Alain se inclina para inspeccionar los rastros. Peter detiene el coche y se acerca a nosotros—. Ahí se ve la frenada.

—Y aquí hay dos casquillos —dice Alain, recogiendo los pequeños objetos metálicos del suelo—. Matheson saltó, el albino frenó y le disparó en la oscuridad. Ya ves, yo también podría haber sido detective.

—El rastro del vehículo está claro —comento, ignorando la broma de Alain—. No necesitamos seguir a pie, podemos continuar en el coche.

Nos subimos al vehículo y seguimos las huellas, alejándonos cada vez más de la carretera. De repente, el rastro gira hacia la izquierda y se convierte en lo que parece un camino de tierra. Nos detenemos de nuevo y bajamos del coche.

—¿Esto aparece en el mapa? —pregunto a Peter, que revisa su móvil.

—Es difícil saberlo con precisión —responde—. Pero no debería haber nada entre la carretera y las montañas que se ven al fondo.

—Bueno, algo hay —dice Alain, señalando las marcas de neumáticos—. Y parece que este camino ha sido muy transitado.

Alain tiene razón. Las huellas indican el paso de varios vehículos, algunos de considerable tamaño.

—Ainara —me llama Alain, inspeccionando una huella en el suelo—. Por aquí pasó un Oshkosh militar.

—¿Qué diablos? —exclama Peter, acercándose muy rápido—. ¿Estás seguro?

—Vendía de estos antes de conocerlos —responde Alain con una sonrisa de complicidad—. No pregunten a quién.

No quiero saber a quién le vendía armas. Su pasado como traficante no es algo que me interese explorar en este momento. Peter me mira preocupado.

—Espero que no estemos cerca de una base militar secreta —murmura Peter mientras camina junto a mí—. Vamos, quiero saber qué diablos es esto.

Nos subimos otra vez al vehículo y seguimos por el camino de tierra durante unos diez minutos. Las montañas se hacen cada vez más imponentes, cuando, de repente, lo vemos. Un gran portón metálico bloquea el camino, flanqueado por una cerca de tres metros de altura. Un cartel en letras rojas claramente dice: «Prohibido el paso. Propiedad privada».

—Esto no debería estar aquí —dice Peter, deteniendo el coche—. No sé si aún estamos en territorio navajo, pero más adelante está el Parque Nacional del Gran Cañón. Aquí no puede haber propiedad privada.

—Miren allá —dice Alain, señalando una cámara de seguridad oculta entre los arbustos, enfocada directamente hacia el portón—.

Aunque pudiéramos abrirlo, nos verían de inmediato.

—Tal vez podríamos intentarlo de noche —propongo, esperando la reacción de mis compañeros.

—No me gusta estar aquí de noche sin GPS —responde Peter—, pero es una posibilidad. Faltan pocas horas para que anochezca.

—Vámonos por ahora —digo, sintiendo el peso del peligro en el aire—. No quiero toparme con un vehículo militar. Peter, asegúrate de recordar el camino. No quiero que terminemos dando vueltas en este maldito desierto.

NO ES UN NAVAJO

FLAGSTAFF, Arizona

Jueves, 4 de abril, 6:30 p. m.

LUNA Y JUNIOR llegaron a la morgue del condado de Coconino, en Flagstaff. Por fortuna, este lugar no dependía directamente de la Policía ni de la corte, sino que estaba vinculado a un centro médico, lo cual les facilitaba el acceso. Apenas salieron del desierto y recuperaron la señal en sus móviles, se comunicaron con Andrew para ponerlo al tanto de la situación. Él les pidió unos minutos y luego volvió a llamarlos.

—Ya lo tengo —dijo Andrew—. Encontré una división operativa dentro del Departamento de Salud y Servicios Humanos que nos será útil.

—Explícanos —pidió Junior, siempre directo.

—Es el Servicio de Salud Indígena —prosiguió Andrew—. Dado que el cadáver está registrado como un nativo desconocido y aún no le han hecho la autopsia, será pertinente que miembros de ese servicio lo revisen.

—¿Y cómo funcionará eso? —preguntó Luna con curiosidad.

—Estamos en la era digital, amiga mía —respondió Andrew con entusiasmo a través del teléfono—. Les enviaré un archivo a cada uno con un código QR. Solo tienen que mostrarlo en sus móviles, y

cuando lo escaneen, verificarán que son los doctores Tina Thompson y Richard Evans.

Por precaución, al llegar al centro médico por la calle Fort Valley, evitaron estacionar en el aparcamiento principal. En su lugar, giraron hacia un camino secundario y dejaron el coche en una zona más discreta. No sabían hasta qué punto la policía podría estar buscándolos o si ya tenían identificado el vehículo. Prefirieron no arriesgarse. Caminaron hasta el edificio, una construcción baja con una fachada de roca que seguía el estilo típico de Arizona. Al ingresar, se toparon con una recepcionista, y Luna dejó que Junior se encargara de hablar. Él siempre había sido el más hábil a la hora de interpretar personajes.

—Buenas tardes —saludó Junior con una voz firme y segura—. Soy el doctor Richard Evans, y mi colega, la doctora Tina Thompson. Trabajamos para el Servicio de Salud Indígena. Nos informaron que encontraron un cadáver en el desierto y, aunque parece que fue mordido por una serpiente, estamos investigando un posible brote viral en la reservación Hopi. Queremos asegurarnos de que no haya ninguna conexión.

La recepcionista, una mujer de unos treinta años, rubia y con aspecto de estar muy ocupada, dejó de organizar sus papeles para mirarlos con un gesto preocupado.

—¿Este virus es peligroso? —preguntó, visiblemente nerviosa.

—Podría serlo —respondió Junior, manteniendo un tono profesional—. Es por eso que necesitamos ver el cadáver cuanto antes. No podemos descartar la posibilidad de una propagación.

—Un momento, por favor —dijo la mujer, tomando el teléfono sin perder tiempo.

Mientras la recepcionista explicaba la situación a alguien al otro lado de la línea, Luna observaba a Junior, disfrutando de lo bien que estaba desempeñando su papel. No pasó mucho tiempo antes de que la recepcionista volviera a hablar con ellos.

—El doctor Williams vendrá en unos minutos para guiarlos hasta el cuerpo.

Menos de dos minutos después, apareció el doctor Williams, un hombre corpulento, vestido con uniforme sanitario blanco, y de

mirada curiosa. Se presentó brevemente y luego, intrigado, preguntó por el virus.

—Sí, doctor —comenzó Junior, improvisando muy rápido—. Es una variante de la gripe, que produce irritaciones en la piel, en especial en los brazos. Queremos descartar la posibilidad de que esta cepa esté relacionada con el cuerpo que encontraron.

—No tenía idea de esto —dijo el doctor Williams, sorprendido—. Me ordenaron no abrir la bolsa en la que vino el cadáver, pero ahora que ustedes están aquí, será mejor que lo revisemos.

Sin mayor demora, los condujo hasta la morgue, donde el aire frío los golpeó al entrar. Williams extrajo una camilla de uno de los refrigeradores y, frente a ellos, apareció una bolsa negra. La abrió con cuidado, rompiendo la faja de seguridad que la sellaba, y al ver el cuerpo dentro, dio un paso atrás.

—Este hombre no es un navajo —dijo con evidente sorpresa en la voz.

Luna y Junior reconocieron de inmediato el rostro de Hugo Matheson, el asistente del senador. Todo encajaba.

—¿Cómo es posible? —preguntó Luna, fingiendo confusión—. Nos dijeron que era un nativo.

—Yo tampoco lo entiendo —se defendió el doctor—. Así me lo informaron a mí también.

—Ya que estamos aquí —intervino Junior, manteniendo la calma—, al menos revisemos los brazos para descartar cualquier signo del virus.

El doctor Williams abrió más la bolsa, exponiendo el torso y los brazos de Matheson. Luna aprovechó el momento para examinarlo aprisa en busca de señales de violencia. Las manos del cadáver tenían raspaduras, probablemente de su intento de huir, pero no había heridas de bala. Sin embargo, ya no les quedaba duda: este era el cuerpo de Matheson.

De repente, a Luna se le ocurrió una idea.

—Espere un momento —dijo, mirando al doctor con una expresión de aparente sorpresa—. Creo que conozco a este hombre. Es el asistente del senador Joseph Mancera. Me lo presentaron en

Washington hace un par de años. Esto es mucho más grave de lo que parece. Debemos alertar a las autoridades de inmediato.

—Sí, doctora —respondió Williams cada vez más nervioso—. Esto es muy irregular. Llamaré a mis superiores y a la policía.

—Yo iría directo al FBI —sugirió Luna, aprovechando el desconcierto del médico—. La policía nos trajo este cuerpo con información incorrecta. Algo no está bien aquí. Estamos hablando del asistente de un senador; esto ya es un asunto federal.

—Tiene razón —afirmó el doctor, visiblemente inquieto—. Esto me supera. Llamaré ahora al director del centro para que se encargue.

Williams sacó su teléfono para hacer la llamada. Luna y Junior intercambiaron una mirada rápida.

—No hay signos de la erupción en los brazos —comentó Junior—, y está claro que no es un nativo. Ya no es nuestro caso, así que nos retiramos.

—Informaremos a nuestra central sobre lo que encontramos —añadió Luna—. Algo muy raro está sucediendo aquí.

Mientras caminaban hacia la salida del centro, Junior no pudo evitar volverse hacia Luna, intrigado.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó, manteniendo la voz baja.

—No tenemos forma legal de demostrar que este es el cuerpo de Matheson —explicó Luna—, pero el doctor ya está demasiado involucrado. Si la policía le dijo que era un nativo y él descubre que es el asistente de un senador, se va a asustar. Lo más probable es que arme un escándalo, y eso es justo lo que necesitamos para que todo salga a la luz.

Junior asintió, comprendiendo. Si el doctor Williams hacía pública la situación, tendrían una oportunidad real de exponer lo que estaba sucediendo.

ZONA PROHIBIDA

DESIERTO DE ARIZONA

Jueves, 4 de abril, 8:45 p. m.

NOS ACERCAMOS de nuevo a la cerca, ya entrada la noche. Habíamos salido del lugar más temprano, pero ahora, al regresar, debíamos tener cuidado de no perdernos en el desierto, lo cual parecía ser una preocupación constante para Peter. Aunque a veces actuaba como si estuviera cómodo en cualquier situación, las vastas extensiones del desierto le incomodaban, y mucho más cuando no había puntos de referencia claros.

A medida que avanzábamos, la situación se complicaba. A unos cien metros de la cerca, apagamos las luces del coche para evitar que la cámara de vigilancia nos detectara. Nos sorprendía que, a pesar de ser un camino al parecer transitado, no hubiéramos encontrado a nadie. Quizás era solo cuestión de suerte, o tal vez el lugar ya no era utilizado con tanta frecuencia como esperábamos.

Sabíamos que el Gobierno había realizado experimentos en bases secretas en este tipo de terrenos remotos, y podría ser que nos hubiéramos topado con una de esas instalaciones misteriosas. Si ese era el caso, todo esto podría tener algo que ver con la desaparición del senador. No dejábamos de especular mientras nos basábamos en los escasos datos que habíamos reunido. Sin embargo, la luz roja

parpadeante de la cámara junto al portón nos indicaba que el lugar no estaba abandonado. Algo o alguien lo vigilaba.

—Parece que las condiciones están dadas para que entremos sin muchos problemas —dije, tratando de romper el tenso silencio.

La posibilidad de una entrada «fácil» era algo a lo que no estábamos acostumbrados. Normalmente, las cosas tendían a complicarse. Peter, por su parte, mantenía la misma expresión seria y tensa. Este posible asunto de bases secretas lo tenía nervioso.

Detuvimos el vehículo a una distancia prudente para que no lo captaran las cámaras, bajamos y comenzamos a caminar. Alain, que se había preparado bien para esto, llevaba unas ramas secas que había recogido más temprano. Peter y yo nos quedamos atrás mientras Alain se acercaba sigilosamente a la cámara, siguiendo el plan. Nuestro objetivo era simple: Alain debía desactivar o bloquear la cámara para que pudiéramos entrar. Mientras esperábamos, rogábamos que ningún vehículo pasara por aquí y nos sorprendiera. Alain llegó a la reja y se escondió justo bajo la cámara. Apenas podía distinguir su silueta bajo la luz tenue de la luna.

La cámara, que seguía su movimiento rutinario, de pronto dejó de parpadear. Alain había logrado interrumpir su funcionamiento. Con una señal de luz blanca desde su móvil, nos indicó que todo estaba listo. Corrimos hacia él, aprovechando el momento.

Cuando llegamos, saqué mi teléfono para iluminar el candado que aseguraba el portón. Peter, siempre preparado, sacó sus ganzúas.

—Debí haber comprado algunas herramientas mejores en el pueblo —murmuró, quejándose entre dientes—. Unas buenas tenazas nos habrían facilitado las cosas.

—No te preocupes —le dije, tratando de animarlo—. Tienes un talento innato para estas cosas.

No pasó mucho tiempo antes de que el candado cediera bajo sus hábiles manos.

—¿Ves? —le dije con una sonrisa—. Todavía lo tienes.

Sin perder tiempo, Peter se concentró en abrir el portón.

—Ve por el coche —dijo mientras se enfocaba en su tarea.

Corrí de vuelta al vehículo y lo conduje sin prisa a través de la entrada, mientras, Alain seguía sosteniendo las ramas para que la cámara no recuperara su visión. Peter dejó el portón entreabierto, con el candado suelto, por si teníamos que huir. Avanzamos con cuidado hasta alejarnos del ángulo de la cámara. Alain, satisfecho con su trabajo, se unió a nosotros.

A medida que avanzábamos por el camino, notamos a lo lejos unas luces. Después de unos minutos de avance cauteloso, las vimos con más claridad. Nos encontramos con lo que parecían ser barracas militares, dos camiones de transporte y un vehículo blindado.

—Les dije que eran huellas de un Oshkosh —afirmó Alain, casi satisfecho con su precisión.

—Y yo les dije que esperaba que no fuera una base militar secreta —respondió Peter, visiblemente preocupado—. Tal vez deberíamos retirarnos. Esta gente no se anda con rodeos cuando se trata de intrusos.

—Quizás te confundan con un extraterrestre —bromeó Alain, intentando aliviar la tensión—. Podrían abrirte para ver de qué estás hecho.

—Si supieras las cosas que he visto... —respondió Peter con una gravedad que me tomó por sorpresa. Hasta ahora, no lo había visto tan serio respecto a algo tan extraño.

Me quedé mirándolo, confundida.

—Cuando era novato —explicó al notar mi expresión—, me asignaron a una unidad especial que ya no existe. O eso dijeron. ¿Has oído hablar de los *Expedientes X*? Estaba inspirado en casos reales.

—Nunca nos contaste nada de eso —dijo Alain, ahora aún más interesado.

—Y no lo volveré a hacer —respondió Peter, cortando el tema de golpe—. Por eso no me gustan estos lugares, las bases secretas en medio del desierto.

—Dudo que sea una base militar oficial —dije, intentando regresar la conversación a algo más racional—. Andrew o Freddy habrían descubierto algo en su investigación. Esto debe ser otra cosa.

Saqué mi móvil para tomar una foto del logotipo pintado en la puerta de uno de los camiones. No parecía un símbolo militar. Se lo mostré a Peter.

—¿Qué es esto? —preguntó, intrigado.

—Ni idea —respondí mientras trataba de descifrarlo—. Parece un reptil estilizado, algo relacionado con el desierto, pero no es militar.

—El Gobierno solía subcontratar para ese tipo de investigaciones paranormales —insistió Peter, aferrándose a su teoría—. Si algo sale mal, pueden lavarse las manos.

—O podríamos estar frente a un grupo de mercenarios o algo peor —respondí, tratando de calmarlo—. Esto es algo distinto.

Alain examinó la imagen con curiosidad, pero negó con la cabeza.

—Nunca vi ese símbolo. Es raro, pero no tengo idea de qué podría ser.

Peter siguió meneando la cabeza, pensando que esto confirmaba sus teorías más extrañas.

—Ya basta, Peter —le dije, exasperada—. Somos adultos, dejemos las conspiraciones para luego.

ESCAPAR O MORIR

DESIERTO DE ARIZONA

Jueves, 4 de abril, 8:55 p. m.

—PARA SER UNOS CUANTOS MERCENARIOS —prosigue Alain—, tienen una estructura bien organizada. De hecho, veo muy poco movimiento aquí para tantas barracas y vehículos.

—Debemos acercarnos más —digo, pensando que Alain tiene razón. Aquí debe haber más de lo que se ve a simple vista.

Le envío la foto del camión a Andrew por WhatsApp para que la investigue. Sé que aquí no tenemos cobertura, pero espero que en algún momento tengamos algo de señal y la imagen pueda enviarse. Empezamos a avanzar agazapados hacia el camión más cercano. Los muchachos me siguen, y llegamos para ocultarnos detrás de la cabina. Una vez seguros de que nadie nos vio, nos asomamos por la trompa del vehículo para observar mejor los edificios. Vemos varias barracas que parecen dormitorios, pero hay una construcción que destaca: parece ser de oficinas. Es el edificio con más luces encendidas, y se ve movimiento por las ventanas. Ese es nuestro objetivo; allí es donde está la actividad. Les hago señas a mis compañeros para que nos acerquemos.

Rodeamos el camión y corremos hacia la pared del edificio. Una vez más, nos quedamos quietos, asegurándonos de que seguimos

sin ser detectados. Luego avanzamos hasta la ventana y nos acercamos para escuchar lo que sucede dentro.

—Esta madrugada llegarán nuevos reclutas. —Se escucha la voz de un hombre. Desde donde estamos, no podemos ver quién es. Sería demasiado arriesgado asomarse—. Vienen de distintos lugares de reclutamiento en varias ciudades. Habrá que ir a buscarlos a la terminal de buses de Flagstaff.

—Bien, señor —responde otro hombre de manera marcial—. ¿Sabe cuántos son?

—No exactamente —responde el primero—. No me enviaron el listado con sus nombres, pero no deben ser más de una docena.

—Entonces con un camión será suficiente —añade el otro—. Saldré en media hora.

Están reclutando soldados. ¿Pero para qué? Escuchamos un golpe en la puerta.

—Adelante —ordena el que parece ser el jefe.

—Disculpe, señor —dice el que acaba de entrar—. Hace un rato, algo obstruyó la cámara de la puerta oeste. Luego la visión se restauró, pero por precaución, envié a uno de los guardias del perímetro a verificar que todo estuviera en orden.

—Vaya al grano, sargento —responde el jefe con impaciencia.

—El guardia encontró que el candado había sido violado, señor —revela el hombre.

Miro a los muchachos. No tengo dudas: es el momento de irnos. Les hago señas y comenzamos a marcharnos por donde vinimos. Escuchamos el murmullo de voces alteradas dentro del edificio, pero ya no podemos distinguir qué dicen. No creo que sea nada bueno. Corremos agazapados hacia el camión y luego hacia el coche. De repente, suena una sirena y se encienden varias luces.

—Maldición —exclama Peter.

Nos lanzamos a correr sin disimulo. Escucho el motor de un vehículo arrancar y un foco ilumina nuestro camino.

—Maldición —repite Peter, corriendo a toda velocidad. Nunca lo vi tan asustado.

Oigo disparos que se acercan, los siento junto a mis pies. Miro hacia atrás y veo que el vehículo blindado viene tras nosotros. El

coche está a la vista; llegar a él es nuestra única salvación. Corro como nunca, y los tiros pasan peligrosamente cerca. Soy la primera en llegar y me siento al volante. Lo arranco. Peter entra y se sienta a mi lado.

—¿Dónde está Alain? —pregunto al darme cuenta de que no ha llegado.

Miro hacia atrás y lo veo en el suelo, parece inconsciente. Abro la puerta para bajar, pero Peter me detiene, tomándome del brazo. Un disparo destruye la luneta trasera y otros impactan en la carrocería.

—No podemos, Ainara —dice Peter con seriedad—. Tenemos que irnos.

Lo miro un instante, dudando. Creo que su paranoia por lo paranormal lo está afectando. Luego miro a Alain tirado en el suelo y veo que el vehículo blindado se detiene junto a él. Un hombre baja para revisarlo, mientras, el Oshkosh vuelve a avanzar.

—¡Vámonos ya! —me grita Peter, y acelero saliendo a toda velocidad. Él tenía razón: no podemos hacer nada por Alain ahora. Siento una lágrima correr por mi mejilla mientras dejamos atrás a un hombre caído.

—Debemos sobrevivir si queremos ayudar a Alain —me dice Peter—. No estamos en condiciones de enfrentarnos a ellos.

—Sí, sí —me repito, tratando de convencerme de que tiene razón.

Conduzco en dirección a la salida, o al menos hacia donde creo que está. Más disparos alcanzan el coche. Peter se asoma por la ventanilla con su ametralladora y devuelve el fuego. Este es el Peter que conozco, el que no se queda quieto. Veo el portón un poco a la izquierda y giro hacia allá. Un guardia armado nos descubre y comienza a disparar. Es mi turno de atacar. Agarro mi Magnum con la mano izquierda y disparo al guardia de enfrente mientras Peter cubre nuestra retaguardia. Sigo avanzando sin frenar. El guardia, dándose cuenta de que no me detendré, se arroja a un lado justo cuando estoy a punto de embestirlo.

El impacto contra el portón nos sacude, pero no cede del todo. Quedamos atrapados entre el portón desencajado y la reja. Doy marcha atrás un metro y vuelvo a embestir. Un disparo me roza la

mejilla y otro revienta el parabrisas. El portón comienza a caer sobre el coche, pero logramos atravesarlo. El portón queda atascado detrás de nosotros, bloqueando la salida. Veo por el espejo retrovisor que el vehículo que nos sigue intenta apartar el portón, pero no lo consigue.

—¡Apúrate, Ainara! —me dice Peter, mirando hacia atrás—. Tal vez tengamos una oportunidad.

Acelero a toda velocidad sin encender las luces, esperando encontrar la ruta en la oscuridad. Mientras el terreno se siente liso, sé que sigo en el camino.

—Se están moviendo —dice Peter—. Apenas puedo ver sus luces, pero se mueven. Lograron salir.

Por fortuna, los disparos no dañaron los neumáticos, así que seguimos avanzando.

—Creo que se están acercando —dice Peter, preocupado.

—Si sigo por el camino, nos alcanzarán —respondo, buscando una alternativa—. Están acostumbrados a moverse por aquí. Si salimos de la ruta, tal vez nos perdamos en el desierto.

—Lo importante es perderlos —dice Peter con convicción—. Del desierto nos ocuparemos después.

No dudo más. Viro hacia la izquierda y salgo del camino para adentrarme en terreno abierto. El coche comienza a saltar al toparnos con rocas, pero no bajo la velocidad. Solo quiero aumentar la distancia. Espero que no reventemos un neumático.

—Detente —me dice Peter.

No sé por qué, pero le hago caso. Freno y apago el motor. Es difícil saber qué tan lejos está el vehículo que nos sigue, pero supongo que está llegando al lugar donde abandonamos el camino. Ahora entiendo la idea de Peter: permanecer en silencio y observar cómo las luces se mueven a lo lejos, esperando que sigan de largo. Parece que está funcionando.

—Creo que escapamos —dice Peter mientras seguimos con atención las luces que se alejan.

—No cantemos victoria todavía —digo con cautela—. Aún tenemos que encontrar la ruta.

ENTRE ENEMIGOS

RUTA 89, desierto de Arizona
Jueves, 4 de abril, 9:30 p. m.

ESTUVIMOS ANDANDO despacio y a oscuras por el desierto durante diez minutos. Decidimos encender las luces cuando ya no había señal de nuestros perseguidores; la luz de la luna no era suficiente para iluminar el camino. Tuvimos varios encontronazos con rocas y arbustos que nos hicieron dudar de si podríamos continuar. Por último, uno de los neumáticos se pinchó, y tuvimos que reemplazarlo con el de repuesto, iluminados solo por la luz de mi móvil. Por suerte, no nos cruzamos con nadie que pudiera delatarnos. Mientras avanzábamos, no dejaba de pensar en lo que debió sentir Matheson, perdido en medio de la nada. Un par de veces corregimos el rumbo, más por intuición que por otra cosa.

La imagen de Alain en el suelo me torturaba. No lograba quitarme de la cabeza que deberíamos haber hecho algo más. Sin embargo, por más que lo pensaba, no se me ocurría qué. Cualquier intento de volver por él en ese momento habría terminado con los tres muertos. Con nosotros aún libres, Alain podría tener una oportunidad. No lo sé.

Peter, por su parte, continuó el resto del camino casi sin decir nada. No sé si seguía pensando en ovnis o en algo más práctico.

Quizás estaba concentrado en el camino.

—Allí creo que vi algo —dijo Peter de repente, señalando en diagonal—. ¡Por allí!

—Lo veo —respondí, modificando la dirección hacia ese lugar. Eran dos luces lejanas que se movían. Sin duda, dos coches por la ruta. Una sensación de alivio me invadió; por fin teníamos algo conocido a la vista.

Cinco minutos después, estábamos de nuevo sobre el pavimento y pudimos respirar más relajados. Sin embargo, la calma duró poco. Habíamos alcanzado nuestro primer objetivo: escapar y encontrar el camino. Pero el problema mayor que enfrentábamos era Alain.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Peter—. Tenemos que actuar rápido si queremos recuperarlo en una pieza.

—Volver por él —respondí, mirándolo de reojo. Su comentario no fue muy alentador. Creo que sus experiencias como novato en esa división especial lo marcaron—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Pero lo haremos de manera distinta, más preparados.

—Ya tengo señal —me interrumpió Peter—. Llamaré a Andrew y le contaré lo que sabemos. Él pondrá al tanto a los demás. De todos modos, aún no sé cómo sacar a Alain. Espero que tú tengas algo en mente.

—Sí, tengo algo en mente —le dije al ver la rotonda que nos llevaba a la autopista 89. En ese momento, sentí que por fin la foto que había mandado desde la base se había enviado—. También le enviaré la foto a Freddy. El FBI debe tener información sobre este tipo de grupos paramilitares. Lo más urgente ahora es llegar a la estación de buses de Flagstaff. Avisa a los demás.

FLAGSTAFF, Arizona

Jueves, 4 de abril, 10:30 p. m.

ANTES DE QUE Peter pudiera llamar a Andrew, nuestros teléfonos comenzaron a sonar con mensajes. Lo más importante fue lo que

nos contaron Luna y Junior: comprobaron que el cadáver era de Matheson, lo que verificaba nuestras hipótesis. Matheson había escapado y el senador no, lo que implicaba que la Policía estaba involucrada o, al menos, encubriendo el crimen. Hablé con Freddy.

—Investiga esa instalación paramilitar —le pedí—. Están demasiado preparados. El FBI tiene que saber algo.

—Veré de qué se trata —respondió—. Si es algún grupo terrorista, debe estar en la lista y bajo vigilancia.

—Averigua algo más —añadió Peter—. Investiga si el Gobierno tuvo alguna base secreta aquí en el pasado, en los sesenta o setenta.

Lo miré al escuchar eso. Peter seguía con la idea de que aquello estaba relacionado con extraterrestres. Supongo que por ahora no debemos descartar nada. También hablamos con Junior y Luna, quienes quedaron en encontrarnos cerca de la estación de buses. Le pedí a Andrew una nueva identidad para infiltrarme. Cuando Peter escuchó eso, frunció el ceño. La idea de que me metiera sola en ese lugar le ponía los pelos de punta.

Al llegar, dejamos el coche bastante lejos. Estaba absolutamente destruido, lleno de balas y sin cristales; sería fácil que nos descubrieran.

—Vienen de la guerra —dijo Junior al ver el estado del vehículo.

—Ojalá pudiéramos decir lo mismo de los otros —respondió Peter, frustrado. Sabía que, más allá de destruirles el portón, no les habíamos hecho ningún daño.

Nos subimos al coche de Junior y llegamos a la estación. Paramos en un lugar discreto y apagamos las luces. La estación era pequeña, con solo tres dársenas para autobuses. Luna me trajo ropa limpia; la mía estaba llena de polvo. Me cambié dentro del coche.

—¿Estás segura de esto, Ainara? —preguntó Junior.

—No —respondí—, pero no sé de qué otra manera podríamos entrar para buscar a Alain.

—Iré contigo —dijo Peter. Me dejó claro que no le gustaba para nada mi plan de infiltrarme en la base haciéndome pasar por una recluta más. Esto es lo que había planeado: lo que escuchamos en la base sobre los reclutas era nuestra única pista. Pero Peter no estaba

de acuerdo; tal vez pensaba que harían experimentos conmigo. Este no era el Peter que conocía.

—No seas tonto —lo amonesté—. Ya soy bastante mayor para ser una recluta. ¿Qué crees que pensarán cuando te vean a ti?

—Tampoco soy tan viejo —se quejó, ofendido.

—No tentemos a la suerte —le respondí—. Seremos afortunados si no me descubren. Para Alain corre lo mismo que para el senador. Cuanto más nos demoramos, menos posibilidades tenemos de rescatarlo con vida. No te preocupes por mí, no dejaré que me implanten ningún embrión extraterrestre.

Junior y Luna me miraron sorprendidos. Peter, en cambio, sonrió. Creo que al fin comprendió que estaba exagerando con lo de los extraterrestres. Me miró en silencio. Rescatar a Alain con vida era una ilusión que necesitábamos para seguir. Ambos vimos a Alain tirado en el suelo, sin saber si había sobrevivido. Pero no importaba. Hasta que no tuviera su cadáver frente a mis ojos, para mí, seguía con vida.

Peter me tomó la mano y lo miré. Entendí que su preocupación iba más allá de lo profesional. Por esto evitamos los romances en el equipo; las emociones pueden ser contraproducentes.

—Se tiene que hacer —le dije, apretando su mano. Él dudó, pero al final me soltó. A mí también me costó.

—Allí —dijo Luna, señalando a tres muchachos y una chica con aspecto militar, aunque vestidos de civil, que estaban a un costado, esperando algo—. Deben ser reclutas.

Todo indicaba que lo eran. Ahora debía unirme a ellos y esperar que no hicieran demasiadas preguntas.

—Ahí llega un autobús —anunció Junior cuando el vehículo entró a la estación.

Un autobús de Las Vegas se detuvo en una de las dársenas. Bajaron seis personas. Tres de ellas parecían desorientadas, dos hombres y una mujer. Al ver al grupo que supusimos eran reclutas, caminaron hacia ellos, confirmando nuestras sospechas. El nuevo grupo se estaba reuniendo y pronto vendrían por ellos. No debía perder tiempo.

—Evidentemente —dijo Luna—, les dijeron a quién buscar. Estamos en el camino correcto.

—Lo bueno es que no se conocen entre sí —dije, recordando lo que escuchamos en la base—. Esa es nuestra ventaja.

Mi móvil vibró: era un mensaje de Andrew. Lo abrí y leí la coartada que me preparó.

—Soy Ana Robinson —les conté—, una exagente del FBI...

—En eso no tendrás que mentir —bromeó Junior.

—... que fue dada de baja por mala conducta: violencia innecesaria y abuso de autoridad.

—Tampoco tendrás que mentir en eso —añadió Junior, sonriendo.

Peter no parecía encontrarlo tan gracioso, pero sé que es su preocupación lo que lo hace estar tan serio. En ese momento llegó otro autobús, esta vez de Phoenix, y se estacionó detrás del primero.

—Es mi oportunidad —dije, bajando del coche. Ahora era la recluta Ana Robinson, exagente violenta.

—Encontraré quién está detrás de esto, Ainara —dijo Luna, prometiéndome que harían algo desde afuera.

Peter me tomó la mano desde la ventanilla del coche.

—Cuídate —me dijo sin su habitual seguridad.

—Sabes que lo haré —respondí con una sonrisa—. No creo que pueda usar mi móvil allí, pero buscaré la manera de comunicarme. Estén atentos. Saldré con Alain, estoy segura.

Cuando Peter me soltó la mano, sentí un dolor en el pecho. Me alejé y rodeé el autobús que llegó primero, apurándome a mezclarme con la gente que bajaba. No fue difícil. Los cuatro hombres que acababan de bajar se detuvieron a mirar alrededor, y yo me puse detrás de ellos, imitándolos. En cuanto vieron al grupo de reclutas, comenzaron a caminar hacia allí. Los seguí. Nos reunimos con el resto; algunos inclinaron la cabeza como saludo.

Veo a mi equipo en el coche, observándome. Me pongo seria, adoptando la actitud de mis nuevos compañeros: ruda y en silencio. Sé que otro autobús podría llegar en cualquier momento, pero por ahora, todo parece ir bien. De repente, uno de los camiones de transporte de tropas que vimos en la base entra en la estación y se

detiene a diez metros de mi equipo. Parece que tomé la decisión correcta al unirme al último grupo. Los reclutas comienzan a caminar hacia el camión, y yo los sigo.

Pasamos junto al coche de Junior y veo a Peter, Junior y Luna mirándome de reojo. Se siente extraño. Un hombre baja del camión y nos recibe.

—¿Tucson? —pregunta, y reconozco su voz: era el que recibía órdenes en la base.

Los cuatro que estaban esperando antes de que llegáramos en el coche de Junior dan un paso adelante.

—Suban —pide, señalando el camión—. ¿Las Vegas?

Los dos hombres y la mujer que llegaron en el primer autobús avanzan y suben.

—¿Phoenix? —pregunta el hombre, y somos los restantes los que subimos al camión. Uno de los hombres que subió conmigo me mira extrañado. Quizás recuerda que no me vio en su autobús. Lo ignoro, cruzándome de brazos. Él se encoge de hombros y hace lo mismo. Parece que no le dio importancia.

Estamos sentados en dos hileras, frente a frente. Algunos miran a los demás, otros están con el móvil, y un par cierran los ojos, intentando descansar. Lo bueno es que ninguno trajo equipaje, lo que significa que se lo prohibieron y que nos darán ropa al llegar. Mejor así. No sé qué habría dicho si me preguntaban por mi equipaje. Todo va bien, por ahora.

DETRÁS DE LAS LÍNEAS

BASE SECRETA, desierto de Arizona
Jueves, 4 de abril, 11:45 p. m.

EL RECORRIDO en el camión fue el mismo que había hecho con los muchachos: la Ruta 89, luego Desert View, y por último adentrándonos en el desierto hasta encontrar el camino de tierra que llevaba a la cerca. Todo esto lo deduje por el tiempo que estuvimos en movimiento, las vueltas y los cambios de terreno, ya que desde dentro del camión no podíamos ver nada. Imagino que es parte de la estrategia de estos mercenarios asegurarse de que nadie sepa bien dónde estamos. Quiero suponer que el resto de mi equipo está cerca. Al menos eso habría hecho yo: seguir el camión para verificar que viniera hasta aquí. Si el coche de Junior nos siguió a una distancia prudente, no podrá pasar de la barrera, pero me da cierta tranquilidad sentir que están cerca. A partir de este momento, sin embargo, estaré realmente sola. Sabía que así sería.

Desde dentro del camión, escucho que alguien sale del vehículo, quizás el acompañante del conductor, para abrir el portón. Pero no lo oigo abrirse, por supuesto, porque lo destrozamos hace unas horas. Oigo que hablan algo afuera y el hombre vuelve a subir al vehículo. Atravesamos la entrada, donde deben haber dejado guardias con alguna barrera o barricada improvisada hasta que reparen el portón.

Seguimos unos minutos más hasta llegar a la base que ya conocía. Corren la lona y abren la puerta trasera. Empezamos a bajar. Soy la tercera en hacerlo. Espero que en mi incursión anterior no me haya captado ninguna cámara o estaría en verdaderos problemas.

El sitio está igual que antes. No hay nadie. Entonces veo que la puerta de lo que habíamos definido como «oficina» se abre y salen tres hombres vestidos como militares. Tengo que mantener la calma cuando reconozco al último en salir: el albino, la persona a la que estuvimos buscando. Los demás se detienen frente a nosotros, y el albino da un paso adelante. Esta vez no lleva lentes oscuros como en la imagen que conseguimos de él; sus ojos son de un rojo penetrante. Tampoco usa ropa de civil, sino que está vestido como un militar.

—Bienvenidos, reclutas —dice con un tono de autoridad, pero sorprendentemente amable—. Yo soy el comandante Hudson. A partir de este momento dejan de ser ciudadanos comunes para convertirse en héroes que defenderán a su país.

No sé de qué está hablando, pero parece tomárselo muy en serio. ¿Héroes? ¿Qué están planeando? Recién ahora reconozco su voz. Es quien daba las órdenes cuando estábamos espiando junto a la ventana. Este debe ser también el «comandante» del que hablaron los matones con los que nos enfrentamos afuera del restaurante. Entonces se me ocurre algo: si aquellos matones vinieron de aquí, quizás haya una forma de salir en alguna misión a la ciudad. Pero también pienso en algo peor, que podría encontrarme con esos matones aquí dentro. ¡Diablos! Estoy en la boca del lobo.

—Ahora los dejo con el capitán —afirma el albino—. Mañana los volveré a ver.

El comandante Hudson se da la vuelta y vuelve a entrar en la oficina. Lo bueno es que ya sé su nombre. No será difícil para Andrew encontrar sus antecedentes con esta información. Otro de los hombres avanza y se coloca frente a nosotros.

—Soldados, firmes —ordena el capitán, y nosotros obedecemos—. Pasen de a uno con el sargento. Le darán su nombre y le entregarán todas sus pertenencias personales: móviles, documentos, billeteras. Lo que tengan de su pasado, se queda aquí.

Hasta aquí llegaron mis posibilidades de comunicarme con alguien. Aunque no tuviera señal, podría haberme conectado a algún wifi. Tendré que encontrar un ordenador desde donde enviar una señal. Algo aparecerá. Entregaré mi teléfono, pero no tengo documentos que coincidan con mi nueva identidad. Empiezan a caminar hacia el sargento, diciendo sus nombres y entregando sus pertenencias. El sargento toma nota en una planilla y guarda todo en una bolsa, que luego sella y deposita en una caja. Hasta que al fin llega mi turno.

—Nombre y fuerza a la que perteneció, soldado —dice el sargento.

—Ana Robinson —respondo—. FBI.

El sargento levanta la vista y me mira mientras anota mi nombre.

—No tenemos muchos de tu clase —dice, extendiendo una bolsa de plástico para que coloque mi móvil—. Pero uno de los jefes también viene de allí. Tal vez lo conozcas. Tu número es D43.

Le entrego mi móvil. El sargento pone un papel con mi número en la bolsa y me indica con un gesto que siga adelante. Camino hacia donde fueron los otros reclutas. Me quedo pensando en lo que dijo el sargento. ¿Quién será ese jefe? Si estuvo en el FBI, debo tener cuidado de que no me reconozca. Aunque no lo haya conocido, soy una prófuga reconocida; me descubriría de inmediato. Esto es algo que no había previsto. ¿Cómo iba a imaginarlo? Debo estar atenta. Me conoce más gente de lo que esperaba.

Entro en la barraca donde ingresaron los demás y veo, junto a la puerta, una mesa con uniformes. Un soldado me entrega la ropa.

—Litera diez —dice.

Tomo el uniforme y camino hacia la litera diez. Estoy entre dos muchachos jóvenes y musculosos que ya se están quitando la ropa. No me queda más alternativa que hacer lo mismo. Dejo el uniforme en la estantería al lado de mi cama, me quito la ropa y me meto en la litera, cubriéndome hasta el cuello. Me quedo con los ojos abiertos, observando lo que sucede a mi alrededor. En cierto grado, me siento indefensa, casi desnuda, sin armas y sin forma de comunicarme con mi equipo. Lo primero que pienso es en Peter. Lo

extraño. Tal vez los sentimientos que están surgiendo sean más fuertes de lo que imaginaba.

Poco a poco, todos los reclutas que vinieron en el camión terminan de acomodarse. El sargento entra en la barraca.

—Mañana, a las seis horas, comienzan su trabajo —anuncia—. No tendrán entrenamiento. Si llegaron hasta aquí, es porque ya tienen experiencia. Solo deben obedecer.

El sargento se retira y las luces se apagan. Escucho los movimientos de los reclutas acomodándose en sus literas. Aún no sé de qué se trata todo esto. Aquí hay una docena de personas, y vi otras dos barracas como esta. Quizás haya cuarenta soldados en total. Es un pequeño grupo de paramilitares, con un par de camiones y vehículos de guerra. No sé qué intentan hacer, pero con una fuerza así no lograrán mucho. Tampoco tengo idea de dónde está Alain. No hay ningún lugar que parezca un calabozo. Tendré que esperar hasta mañana para investigar más. Espero que Alain resista.

Se me ocurre que quizás Luna estaba equivocada y lo que sucede aquí no tiene que ver con los medios de comunicación. Tal vez el senador descubrió algo sobre este grupo y vino a comprobarlo él mismo. O lo que sería peor: podría estar involucrado con ellos de alguna manera. Tal vez este grupo trabaja para él. El hecho de que se haya reunido con el albino y, aparentemente, llegado a un acuerdo de forma voluntaria, indicaría complicidad. Pero ¿por qué la muerte de Matheson? Eso no encaja. Quizás fue un accidente, o tal vez no quiso participar. Es imposible saberlo por ahora. Es mejor no hacer más conjeturas sin fundamentos.

Es increíble, cuanto más averiguo, menos entiendo. Confío en que mis compañeros estén trabajando afuera y puedan descifrar este enigma. Espero que mañana pueda obtener respuestas más claras. Es de suponer que, en algún momento, los jefes o uno de los reclutas hablarán sobre la misión para la que fuimos convocados. Por el momento, debo descansar. Lo haré con un ojo abierto. No quiero llevarme ninguna sorpresa.

Espero que esta milicia no sea más que un pequeño grupo de extremistas locos que no llegarán a ningún lado. ¿Cuánto daño

podrían hacer?

¿EL ANILLO?

DESIERTO DE ARIZONA

Viernes, 5 de abril, 12:30 a. m.

—No PODEMOS QUEDARNOS AQUÍ, Peter —dice Junior, impaciente.

Se encuentran en el desierto, a unos doscientos metros de la cerca que atravesó Ainara. Están a oscuras y sin cobertura en el móvil.

—Según lo que nos contaron ustedes —interviene Luna—, no tenemos el poder de fuego necesario para entrar y sacarla. Aunque pudiéramos contactarla, no podríamos hacer nada.

—¿Qué sugieren? —pregunta Peter, molesto—. ¿Que la abandonemos?

—Tú fuiste quien decidió dejar a Alain —dice Junior—, al menos eso nos contaste hace un rato. Creo que hiciste lo correcto en ese momento y que estamos en las mismas circunstancias. Aquí no podemos hacer nada.

—En Flagstaff —acota Luna—, o en cualquier lugar donde tengamos señal, podríamos investigar algo. Pero aquí...

Peter permanece en silencio, visiblemente tenso.

—Tal vez —sugiere Luna—, en lugar de volver a la ciudad, podríamos buscar un motel más cercano.

—Volviendo a la rotonda —dice Junior, mirando los mapas en su móvil—, hay un sitio al norte, en Cameron. Es lo más cerca que podemos estar. ¿Qué piensas, Peter?

—Gracias por traer algo de cordura —responde Peter, arrepentido de su terquedad—. Me horroriza pensar lo que le pueden hacer a la gente allí adentro. Pero tienen razón. Vamos hacia allá.

CAMERON CHAPTER HOUSE, Nación Navajo, Arizona
Viernes, 5 de abril, 2:30 a. m.

SE INSTALAN en un sencillo hotel cerca de la Ruta 89. Alquilan una habitación para los tres. Junior está comiendo mientras Luna trabaja en su ordenador portátil, y Peter ha salido.

—Vuelvo a insistir —dice Luna, y Junior la escucha—. Esto tiene que ver con los medios. No hay otra explicación. He hecho una lista de media docena de personas poderosas relacionadas con el tema. Se la enviaré a Andrew para que averigüe si alguno tiene intereses en Flagstaff.

Peter abre la puerta y entra. Va directo a la mesa y se sienta a comer. Trae consigo una especie de cartera de cuero.

—Ya está —afirma Peter, llevándose una hamburguesa a la boca—. Conseguí las dos cosas que necesitaba.

—¿De qué hablas? —pregunta Junior, intrigado.

Peter levanta la cartera que había dejado en el piso y se la pasa a Junior. Luna los observa, curiosa.

—¿Qué es esto? —dice Junior, abriendo la cartera y sacando un teléfono satelital anticuado.

—Es un teléfono satelital —explica Peter.

—Pero esto es del siglo pasado —protesta Junior—. Te estafaron.

—Nada de eso —responde Peter—. Es del siglo pasado, pero funciona a la perfección para conectarse con líneas fijas. No sirve para móviles, pero en el desierto podremos comunicarnos con Andrew a través de la línea segura.

—¿En verdad crees que esto funciona? —insiste Junior, aún incrédulo.

—Sí —responde Peter mientras empieza con las papas fritas de su plato—. Acabo de probarlo. Fui al desierto y hablé con Andrew.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunta Junior, sorprendido—. Yo tengo las llaves del coche.

—Porque también conseguí una camioneta —le responde.

—¿En serio? —pregunta Luna, incrédula—. Aquí no rentan coches.

—La compré —explica Peter—. Me la vendió el mismo navajo que me dio el teléfono.

Junior y Luna se miran.

—¿Estás seguro de que todo esto funciona? —insiste Junior.

—Si le funciona al navajo —responde Peter, sonriendo—, me funcionará a mí. ¿O crees que ellos se comunican en el desierto por señales de humo?

El móvil de Junior suena. Es Freddy. Ponen la llamada en altavoz.

—Nadie sabe nada de una base militar en el desierto —es lo primero que dice Freddy, tras saludarlos—. Está claro que no están con las fuerzas de Estados Unidos. Sin embargo, y aquí es donde debo darle crédito a Peter, en los setenta hubo un proyecto para construir una base subterránea en esa zona. Oficialmente, el proyecto fue cancelado cuando se enfrió la Guerra Fría.

—Les dije que había algo de eso —interviene Peter—. Vaya a saber qué clase de experimentos hacen ahí adentro.

—También hablé con mis colegas de Phoenix —prosigue Freddy—, y mañana enviarán a alguien a ver el cadáver de Matheson. Nadie lo reportó al FBI.

—Al menos lo intentamos —dice Luna, frustrada—. Debería haber fotografiado el cadáver.

—Está el doctor Williams —interviene Junior—. Él es testigo.

—Lo deben haber apretado para que se calle —supone Peter mientras mastica la última papa.

—Es posible —afirma Luna—, pero cualquier agente experimentado del FBI se dará cuenta de que Williams miente. Estaba demasiado asustado.

—Me encargaré de eso —dice Freddy—. Pondré presión sobre el encubrimiento y la corrupción policial. A mis compañeros les encantan esos temas. Harán que Williams hable. Confío en que detectarán algo raro en ese pueblo.

—Esperemos que así sea —dice Junior justo antes de cortar la comunicación, pero Freddy lo detiene.

—Hay algo más —prosigue Freddy—. Ainara también me envió la foto del camión militar antes de entrar al desierto. Revisé el logotipo en nuestra base de datos.

—¿Y? —pregunta Peter.

—No hay prácticamente nada —contesta Freddy.

—Pero... —dice Junior, notando que hay más.

—Pero hay una foto de la revuelta de hace unos años —prosigue Freddy—. ¿Recuerdan cuando los rebeldes organizados por el Anillo intentaron tomar el Capitolio?

—Sí, lo recuerdo —dice Junior, apesadumbrado—. Yo estuve allí con Kim.

El nombre de Kim, la compañera fallecida del equipo, provoca un silencio momentáneo. Hasta que Peter toma la palabra.

—¿Qué pasó con la foto de la revuelta, Freddy?

—En una foto, uno de los manifestantes sostenía una bandera de los Estados Confederados con ese logotipo.

—¿Y qué pasó con eso? —pregunta Luna.

—Nada —responde Freddy—. Nunca se pudo identificar a qué grupo pertenecía esa bandera ni qué significaba el logotipo de ese reptil estilizado. Se descartó como otro grupo anarquista de corta duración.

—Parece que este grupo no desapareció —dice Junior—, sino que siguió trabajando en las sombras.

—Creciendo en las sombras —agrega Peter.

—Es curioso —opina Luna—, porque Arizona nunca formó parte de los Estados Confederados.

—No exactamente, Luna —la corrige Junior, apasionado por la historia—. Arizona fue parte de la Confederación por unos meses, hasta que los confederados se retiraron a Texas.

—Con más razón entonces —prosigue Luna—. No puede ser casualidad que ese logotipo esté en una bandera confederada y ahora en una base paramilitar en Arizona. Debemos profundizar en ese tema. Ese lagarto debe significar algo. Tal vez sea la clave que estamos buscando.

—Estoy en eso —dice Freddy—. Y en cuanto sepa algo más sobre Matheson, les avisaré.

—Espera, Freddy —lo detiene Luna—. Dijiste algo antes que me ha dejado pensando.

—¿Qué fue? —pregunta Freddy.

—Mencionaste que la revuelta fue organizada por el Anillo. Si esta gente es lo que creemos, paramilitares, mercenarios o milicianos, también son rebeldes.

—Entiendo a dónde vas —dice Peter—. ¿Estás sugiriendo que el Anillo está involucrado otra vez?

—No creo en las casualidades, Peter —responde Luna—. Es una posibilidad que debemos considerar.

Terminan la comunicación con Freddy y se quedan pensativos.

—Tal vez —dice Luna, volviendo a girar hacia su ordenador— haya alguna conexión entre los medios de comunicación, el Anillo y los Estados Confederados, o lo que ese concepto representa.

EL PASADO REGRESA

*BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 6:30 a. m.*

LOS GRITOS me despiertan y estiro la mano buscando mi Magnum. Por supuesto, no la encuentro. Tardo un segundo en darme cuenta de dónde estoy: es la litera en la barraca con los otros reclutas. Los gritos son del capitán, ordenando que nos levantemos. Saltamos todos de la cama en ropa interior; hace frío.

Comenzamos a vestirnos con los uniformes que nos dieron anoche. Me queda bastante bien el mío: pantalones verdes militares, borceguíes, camiseta blanca y suéter también verde con charreteras negras. En la charretera izquierda veo el mismo símbolo que estaba en los camiones, aunque aún no tengo idea de qué significa. Me ato el cabello en un rodete, lo más militar que puedo hacer. Ya está completado mi atuendo, soy una más del grupo de reclutas.

Al terminar, abandonamos la barraca y nos formamos al aire libre. Somos casi veinte que salimos de nuestro dormitorio y otros tantos del otro. Formamos un pequeño batallón de mercenarios de aproximadamente cuarenta personas, preparados para lo que sea que vaya a pasar. No sé si el resto de los que están aquí saben más que yo. Creo que un grupo como este podría sembrar el terror en una ciudad como Flagstaff, pero no mucho más que eso.

Miro alrededor y no veo mucho que investigar. Tal vez debería entrar en las oficinas para buscar allí a Alain. No lo hice anoche porque pensé que sería demasiado apresurado e imprudente. No tengo idea de lo que está pasando aquí y preferí esperar un poco para tener una noción más clara de por dónde empezar. Tengo la intuición de que hay algo que todavía no veo, pero que pronto comprenderé.

—A partir de ahora —dice el capitán parado delante de nosotros—, no tendrán contacto con el mundo exterior. En un instante ingresarán a la base del Ejército Patriota y ya no habrá marcha atrás.

¿Ingresar a la base? Pensé que ya estábamos en la base. ¿A qué base se refiere? No puedo pensar demasiado, porque comenzamos a marchar detrás de un sargento que guía el paso. ¿Y qué es eso del Ejército Patriota? Me suena más a un grupo de extremistas que a mercenarios. Quizás no se trate de un tema de dinero, sino de algo político. ¿Serán terroristas?

Vamos hacia la montaña que está más allá de las barracas. Si esto no era la base, ¿qué era entonces? Creo que pronto lo descubriré.

A los cinco minutos de marcha, veo a lo lejos un enorme portón del mismo color de la tierra que, disimuladamente, cierra el ingreso a lo que parece ser un sitio oculto dentro de la montaña. Esto es cada vez más raro. ¿Qué puede haber detrás de una puerta tan grande?

A medida que nos acercamos, el sargento ordena que hagamos una sola fila sin detenernos. Veo que hay una pequeña puerta abierta junto al gran portón y por allí comenzamos a pasar. Supongo que la respuesta que no encontraba la descubriré al cruzar ese umbral.

Cuando llego y doy el primer paso dentro del lugar, me sorprendo. Miro hacia adelante y veo que la montaña es hueca. Dirijo la vista hacia arriba y observo que el techo es una estructura de metal y concreto que sostiene la parte superior rocosa.

No logro discernir si es una montaña artificial o una construcción excavada dentro de una montaña existente; podría ser también una

gran caverna acondicionada. Sea lo que sea, esta organización es mucho más grande y poderosa de lo que imaginé en un principio. Se necesita mucho dinero para construir algo así. Ahora entiendo lo de la verdadera base, lo de afuera es apenas una recepción, una fachada; aquí está el verdadero asunto.

Avanzo y veo que la explanada por la que caminamos, y que está cerrada por el portón, gira hacia la derecha y va hacia una especie de *parking* donde hay al menos una docena de camiones de tropas y otros tantos vehículos de guerra.

No solo eso, sino que de nuevo me sorprendo al ver que más atrás hay lo que sería un hangar, con dos helicópteros, dos caza y un enorme avión de transporte de tropas. ¿Qué diablos es esto?

Del lugar donde se encuentran los aviones, se puede ver una rampa con una muy pequeña inclinación, que se extiende a lo largo de toda la parte posterior del recinto para llegar a lo que parece ser otro portón en el extremo opuesto al que acabo de atravesar: es la pista de despegue.

Seguimos caminando y nos acercamos hasta un borde que tiene una baranda. En ese momento, giramos a la izquierda y veo lo que hay al otro lado de la baranda. Es un hueco enorme en el centro de toda la construcción, que baja varios pisos.

Todo esto es increíble. Comienzo a pensar en las palabras de Peter sobre las bases secretas del Gobierno. No creo que aquí haya alienígenas, pero tampoco me sorprendería.

No alcanzo a ver lo que hay abajo, en el fondo del hueco central. Nos detenemos frente a lo que parece ser un gran elevador metálico. Subimos a él la mitad del pelotón. El sargento acciona el tablero y comenzamos a bajar.

Veo que en cada piso, alrededor del gran hueco, hay diferentes construcciones. No sé qué son, pero se ve que tienen diferentes características. Está diseñado para que todas las secciones desemboquen en el gran hueco central. El ancho del hueco es muy grande, tal vez como un pequeño campo de fútbol. No lo sé, me es difícil definir sus dimensiones.

Bajamos tres pisos y la puerta se abre. Salimos y comenzamos a marchar. No estamos solos, recién ahora lo advierto. Nos sumamos a

centenares de soldados que ya están formados. Se me hace imposible saber cuántos son, pero puedo arriesgar que al menos hay cuatrocientos, tal vez más.

Esto ya no es un grupo de mercenarios ni de extremistas, es todo un ejército, una milicia armada hasta los dientes que, bien dirigida, podría sumir a cualquier Estado en un caos. Empiezo a creer que quien haya organizado aquello está pensando en grande, quizás quiere tomar el control de toda Arizona. ¿Por qué hacerlo aquí si no fuera esa la intención?

Una vez formados, veo frente a nosotros una tarima. Un hombre empieza a subir por ella. En cuanto sube un par de escalones, logro verlo: es de nuevo el albino, pero esta vez lleva los lentes oscuros con los que aparecía en la foto.

Viste ropa verde militar como la mía y una boina negra. Tiene algún tipo de insignia en el pecho y marcas en las charreteras, que seguro indican su rango en la organización. Se detiene frente a un micrófono.

—Bienvenidos a todos —dice el albino—, los que están aquí desde hace varios meses y los que acaban de llegar. Hoy no es un día común, sino un día muy especial. Hemos recibido carta blanca para comenzar las operaciones. Hoy se empiezan a mover fichas clave en diferentes estados y, en pocos días, nos daremos a conocer.

—Le lanzaremos un golpe mortal al Gobierno comunista corrupto que ha llevado a nuestro país al estado deplorable en que se encuentra. Renacerá la Confederación con más fuerza que nunca; medio país será nuestro de la noche a la mañana y, a partir de allí, nada nos detendrá. ¡Vivan los Estados Confederados de América!

—¡Viva! —gritan los milicianos al unísono, y yo estoy pasmada. ¿De qué se trata esta locura? Cada vez que creo entender lo que está sucediendo, me sorprende un delirio aún mayor. ¿Confederación?

Veo que detrás del albino se iza la vieja bandera de la Confederación con muchas más estrellas, y en el centro del círculo aparece el logotipo que había visto en los camiones y en las charreteras. No sé qué es ese símbolo, pero parece una lagartija enroscada sobre sí misma.

Mientras sigo intentando comprender en lo que me he metido, veo a un costado de la tarima a quienes deben ser los milicianos de alto cargo, subordinados al albino. Uno de los hombres me llama la atención porque me resulta conocido, pero apenas alcanzo a verlo.

Me corro un poco de mi fila para mirarlo mejor, pero de inmediato vuelvo a acomodarme para que no me vea. No tardé ni un segundo en recordarlo: es Marcus Hoffman, un exagente del FBI con el que alguna vez trabajé. Nunca lo había visto vestido como militar y me doy cuenta de que, con su apariencia germana, parece un verdadero nazi.

Hace muchos años que no lo veía. La última vez fue en una misión conjunta entre los Departamentos de Nueva York y de Texas. Era una operación de tráfico de armas que llegaban de Sudamérica, que entraban por Texas y se vendían en su mayoría en Nueva York, armando a las pandillas con artillería de guerra.

Peter era el líder de mi equipo, mientras que Hoffman lo era del de Texas. Hoffman nos dio una información errónea que terminó con la vida de la mitad de los agentes, tanto los nuestros como los suyos; incluso murieron civiles.

Hoffman acusó a Peter de haber cometido un error, pero nunca se llegó a esclarecer la situación, si fue solo un error o algo adrede, o de parte de quién. Tampoco supimos más de él hasta que nos enteramos de que hace unos años se retiró del FBI. Peter lo odia, no solo porque puso en duda su habilidad y lealtad con la fuerza, sino porque muchos de los muchachos que murieron eran novatos que el mismo Peter estaba entrenando. Si lo viera en este momento, le saltaría al cuello. Menos mal que no está aquí.

Ahora no tengo dudas de que aquel «error» no fue un error en absoluto. Lo que no sé es si en aquel momento fue simplemente corrupción o parte de algo más grande. Hoy está claro que forma parte de una organización mayor. Habrá que ver desde cuándo.

Algo como esto no se gesta de la noche a la mañana. No me sorprendería que desde entonces estuviera inmiscuido en esto. Aquí hay mucha artillería y aquel caso se trataba de tráfico de armas. Demasiada coincidencia.

Tal vez ha llegado el momento de arreglar cuentas con Hoffman.
Pero primero debo encontrar a Alain, esa es la prioridad.

LA AGENDA SECRETA

BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 7:30 a. m.

LUEGO DE SU DISCURSO «PSEUDOPATRIÓTICO», el albino baja de la tarima y se marcha con su comitiva, entre los que, por suerte, se encuentra Hoffman, así que no me lo cruzaré por el momento. Debo mantenerme alejada de ese hombre porque, sin duda, me reconocerá. No solo porque nos conocimos en una situación controvertida, sino porque no hay ningún agente del FBI con experiencia que no conozca el rostro de la peligrosa fugitiva Ainara Pons. No habrá excusas suficientes para explicar mi presencia aquí; no imagino que alguien crea que soy una patriota confederada, menos siendo bien neoyorquina.

Advierto movimientos adelante. Pareciera que varios capitanes dividen al ejército en cuatro batallones. Nos ordenan marchar. Supongo que, como fuimos los últimos en llegar, somos los primeros en salir para marcharnos de manera ordenada. No me equivoco. No sé a dónde nos llevarán. Me queda claro que en las barracas del exterior no hay lugar para tanta gente, así que imagino que permaneceremos todos aquí, bajo tierra. Alguna de las construcciones que vi cuando descendía en el elevador deben ser los

dormitorios. Tengo que aprender qué es cada cosa para poder ubicar a Alain.

Veo en el batallón que queda al costado a un soldado con un ojo negro. Es uno de los matones de Flagstaff. Miro hacia otro lado, evitando su mirada; supongo que no me vio. Tengo que andar con precaución, el resto de los matones también pueden andar por aquí. Vamos hacia una escalera por la que podemos subir de a dos y empezamos a hacerlo deprisa.

En el piso siguiente, salimos de la escalera y marchamos hacia una puerta que está abierta. Vamos entrando de dos en dos, y veo que es una gran sala alargada donde apenas cabemos todos. Nos quedamos de pie en formación. Una vez que el lugar está lleno, entra alguien, uno de los jefes, supongo. Desde mi lugar no puedo ver bien. Solo advierto que el capitán lo saluda de manera marcial; debe ser alguien de mayor rango.

—Soldados —dice el recién llegado, y reconozco su voz de inmediato. Es Hoffman. Me quedo quieta en mi lugar para que no me vea. Justo él tenía que venir—. En menos de una semana entraremos en acción. Nuestro objetivo es la Casa de Gobierno de Texas. La misión es derrocar al gobernador y poner en su lugar al vicegobernador, que es un verdadero patriota.

»Deberemos sostener la posición del vicegobernador a toda costa hasta que se declare la independencia de Texas junto con otros tres estados que se encuentran en la misma situación. Será el inicio de la nueva Confederación. Una vez que estos cuatro estados den el puntapié inicial, muchos otros se sumarán y saldremos de la opresión comunista que maneja este país. Es por eso que deben estar preparados, ya que en un par de días saldremos para Texas. Sus superiores les irán dando las instrucciones correspondientes, pero quería que estén al tanto de que ya no hay vuelta atrás. El nuevo orden por fin está en marcha y nada lo puede detener.

Ahora las cosas, aunque desquiciadas, comienzan a hacerse más claras. Ya sé para qué estamos aquí. Se trata de una nueva secesión. Varios estados darán un golpe al Gobierno central y se separarán. Por lo que dijo el albino, asumo que formarán una nueva nación llamada Estados Confederados de América.

Como hace más de ciento cincuenta años, los confederados se vuelven a enfrentar a la Unión. Es evidente que, para que esto suceda, no basta con un ejército de cuatrocientos soldados. Aquí hay muchos políticos involucrados. El vicegobernador de Texas es uno de ellos, por ejemplo. Si piensan instalarlo en el poder, es porque está de acuerdo con esta locura.

No sé qué excusa pondrán para sacar al gobernador, si lo acusarán de algún delito o simplemente lo echarán por la fuerza, pero nosotros seremos el respaldo del vicegobernador. Somos apenas un apoyo a algo más grande que está sucediendo en las sombras.

No puedo evitar pensar en el Anillo. Esto es algo muy de su estilo. Pero eso es solo una suposición; lo único que me inclina a pensarlo es la presencia de Hoffman. Cuando ocurrió aquel incidente hace años, tuve la intuición de que Hoffman tenía que ver con el Anillo, pero no encontré nada que lo comprobara. Ahora esa idea vuelve a mi cabeza; quizás esta vez quede expuesto.

Me olvido de Hoffman un instante y vuelvo a pensar en el plan que acaban de esbozar. Lo que quieren hacer es muy osado. Es imposible saber si hay más bases como esta o si guardan algún as bajo la manga. No pueden de la noche a la mañana declararse independientes del país sin un motivo que lo justifique. El discurso es muy conocido: patriotas contra comunistas; un clásico.

Pero no creo que eso sea suficiente para una secesión. Tiene que haber algo más. Todavía me faltan piezas. Lo único que tengo por cierto es que en cualquier momento deberemos partir hacia Texas, por lo que debo encontrar a Alain cuanto antes.

El batallón comienza a moverse. Parece que hemos terminado aquí y empezamos a salir de la sala. Por suerte, Hoffman se fue primero, así que no me lo cruzaré. No pensé que aquí dentro tendría que andar esquivando tanta gente.

Una vez fuera de la sala, veo que vamos otra vez hacia la escalera y subimos hasta el piso siguiente. En un momento determinado, nos detenemos frente a otra sala. Escucho a un hombre delante de mí comentarle a alguien a su lado que este es el comedor.

—Por fin vamos a desayunar —dice en voz baja a su compañero. Yo pienso lo mismo. No como desde ayer, más que los *snacks* que llevó Alain al desierto.

Esperamos unos minutos allí parados. Entonces advierto que empieza a salir gente del comedor. Por supuesto, estamos organizados por turnos. Quizás estos milicianos vayan ahora a la reunión en el piso inferior, como la que tuvimos nosotros.

Vuelvo a acordarme de los *snacks* de Alain y pienso que no tengo tiempo que perder. Miro alrededor y descubro un corredor que se ve vacío unos metros atrás de mí. Aprovecharé el movimiento de tropas para escabullirme.

Mi fila empieza a moverse; estamos del lado de la baranda que da al hueco, y nos cruzamos con los que salen del comedor, pegados a la pared. Muy rápido cambio de grupo y doy unos pasos con ellos hasta la entrada al corredor que acababa de pasar.

Como lo había visto antes, el corredor está vacío, por lo que una vez dentro, sigo caminando. No sé hacia dónde lleva, pero algo debo encontrar. Creo oír pasos detrás de mí, pero no me detengo. En cuanto encuentro una puerta a la derecha, la abro y la atravieso.

La cierro tras de mí y me quedo a un costado con la luz apagada. Parece una oficina, con escritorios y ordenadores. Tal vez desde aquí pueda comunicarme con el exterior; mi equipo debe saber lo que está pasando.

Mientras pienso en usar esos ordenadores, por el cristal traslúcido de la puerta veo que alguien se detiene del otro lado. Espero que se vaya, pero no lo hace, así que me preparo para atacarlo.

El hombre pone la mano en el picaporte y lo gira. Mis músculos se tensan. La puerta se abre lentamente. En cuanto el hombre se asoma, lo tomo del cuello y lo arrastro hacia el cuarto. Le doy un rodillazo en el estómago y luego, tomándolo del brazo, se lo tuerzo, haciéndolo caer de cara al piso.

Lo aprieto con la rodilla derecha en el cuello mientras le sostengo el brazo izquierdo. Le voy a dar un golpe en la nuca para noquearlo, no quiero que nadie me reconozca. Sin embargo, me detengo. Si se

ha movido con tanta libertad, tal vez pueda sacarle algo de información.

—¿Por qué me sigues? —le pregunto, esforzándome por parecer peligrosa.

—Salía del comedor con mi batallón —dice el hombre con la cara contra el piso— y te vi cambiarte de grupo y escabullirte por el corredor. Tuve curiosidad. En el poco tiempo que he estado aquí, no había visto a nadie hacer algo que no le ordenen.

—La curiosidad mató al gato —le digo apretándolo más—. Dime la verdad.

—Solo si tú me dices qué haces aquí —me responde, y me descoloca su osadía. Pensaba que con alguien a punto de romperle el cuello cantaría como un canario.

—Estaba buscando el baño —le contesto, para ver qué responde.

—Vamos —me dice, y a pesar de no ver su cara, ya que está contra el piso, lo imagino sonriendo—. No le mientas a un mentiroso. No sé cuánto sabes de este lugar, porque es la primera vez que te veo, pero si me sueltas, te contaré lo que quieras.

UNIDOS POR LA MISMA CAUSA

BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 8:10 a. m.

EVALÚO LA SITUACIÓN y me doy cuenta de que lo reduje con demasiada facilidad; no parece entrenado en enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Eso es raro para un mercenario. Por eso creo que puedo soltarlo sin peligro.

—Si noto algo sospechoso —le digo amenazante—, no te quedará nada con qué morder la comida.

—No te preocupes —me responde tranquilo—, no haré nada. No me siento cómodo yendo al dentista, así que prefiero que dejes mi dentadura intacta.

El tipo comienza a resultarme gracioso, así que lo suelto despacio. Cuando le quito la rodilla del cuello, el hombre se lleva la mano a la nuca y se la frota.

—Eres peligrosa, amiga —me dice mientras se endereza.

Le tiendo la mano izquierda; la toma y lo ayudo a levantarse, pero mantengo la derecha apretada por si es necesario dar un golpe rápido.

—Gracias —me dice y estira el cuerpo, como tratando de acomodar sus doloridos músculos—. Mi nombre es Tom Reed y soy

reportero. Te seguí porque pensé que tú también lo eras, pero creo que me equivoqué. Eres demasiado ruda para serlo.

—Mi nombre es Ana —miento. Aún prefiero mantener el anonimato—. Soy investigadora privada. Anoche estaba investigando la desaparición de un cliente y las pistas me trajeron hasta la puerta de la base. Por desgracia, nos descubrieron y atraparon a uno de mis compañeros, por eso tuve que infiltrarme. ¿Sabes algo de eso?

—No —me responde negando con la cabeza—, lo siento. Hace una semana que estoy en esta base y no he sabido nada de gente atrapada en estos días. De hecho, estoy aquí para encontrar a alguien también. Sé que hay calabozos; ese es uno de los lugares que deberíamos revisar.

—Eso me interesa —le digo, entusiasmada con esa posibilidad.

—Mira —dice mirando hacia el corredor detrás de él—. No podemos seguir aquí. Notarán nuestra ausencia, y no sé en qué momento puede venir alguien. Es mejor retomar nuestros lugares.

—Ahora están todos los horarios pautados, pero al mediodía hay dos horas libres y podemos ir a almorzar independientemente del batallón al que pertenezcas. Te espero a la una en el comedor. Vuelve ahora con tu grupo y sigue como si nada. Cualquier cosa, di que no encontraste el baño. Es más, en el comedor al que se dirige tu grupo hay baños; ve allí para confirmar tu coartada.

Asiento con la cabeza y salgo primero. Voy hacia el comedor a recibir el desayuno, pero deberé esperar hasta el mediodía para comprobar si mi nuevo amigo dice la verdad o acabo de caer en una trampa.

VIERNES, 5 de abril, 1:00 p. m.

ESTOY en el bufé sirviéndome algo de comida. La verdad es que los alimentos que hay aquí son de buena calidad, mejor que los que había en el comedor del FBI. Había pasado tiempo de eso, pero aún

lo recuerdo. Por supuesto, no es por la comida, sino porque aquella era una época de inocencia.

Había malos y había buenos, era muy simple: nosotros éramos los buenos, nada más. Se trataba de atrapar a los malos causando el menor daño posible y protegiendo a los buenos. No sé con exactitud en qué momento las cosas empezaron a cambiar, cuándo la línea que separaba a los unos de los otros comenzó a difuminarse hasta que dejó de existir.

Tal vez fue la primera vez que me alejé del FBI o cuando descubrí la existencia del Anillo. No puedo definirlo con exactitud. Solo sé que, con el paso del tiempo, se hizo más difícil saber en quién confiar y en quién no.

Este comedor me hace recordar a aquel otro comedor, en mi época de novata sedienta de aventura. Es increíble cómo cambiaron las cosas.

Cuando dejé a Tom Reed esta mañana, vine a este mismo lugar y tomé mi desayuno pensando si había hecho bien en hablar con él; podría haberme delatado. El pensamiento se repite: en quién confiar y en quién no. La realidad es que no tenía alternativa; si quería encontrar a Alain, tenía que correr riesgos. Como hasta ahora nadie me ha venido a buscar, debo asumir que el periodista no me traicionó.

—Hola, Ana —me dice Tom detrás de mí. Giro y lo veo parado con su bandeja en la mano—. Ven conmigo, que nos están esperando.

Comienza a caminar y lo sigo. Me sorprende eso de que nos esperan. Ya hay más gente enterada de mí y aún no me han atrapado, eso es bueno. Vamos hacia una mesa apartada en la que hay tres hombres. Nos sentamos con ellos.

—Ella es Ana —me presenta Tom mientras se agarra el cuello—, es la que me hizo un poco de quiropraxia esta mañana.

—Te pido disculpas por eso —le digo, y me doy cuenta de que ya les explicó las circunstancias de nuestro encuentro—. Cuéntame por qué y cómo llegaste aquí.

—Llegué por mi amigo Henry Heluen, aquí presente —me explica, señalando al hombre que tengo sentado justo enfrente. Es

un tipo musculoso que, a diferencia de Tom, se nota que perteneció a las Fuerzas Armadas—. A él le sucedió algo parecido a lo tuyo. Fue reclutado junto con su hermano menor, David, hace dos meses, pero su hermano desapareció hace un mes y no obtuvo respuesta de los jefes.

—No sé qué sucedió —me explica Henry, que tiene una voz muy gruesa, y aparta la bandeja vacía que tiene enfrente suyo—. Un día no volvió de realizar unos ejercicios, y cuando hablé con el capitán, me dijo que David y tres hombres más habían desertado. Eso me pareció imposible; no se iría sin avisar.

—Indagué para ver si alguien lo había visto, pero nada, desapareció. Hace quince días tuvimos un día libre y pudimos ir a la ciudad. Me las ingenié para conseguir un teléfono y llamé a mis conocidos preguntando por él, pero tampoco nadie tenía noticias. Pensé entonces que lo que le haya sucedido, sucedió aquí y nunca salió de esta base —explicó—. Ese mismo día lo llamé a Tom, a quien conozco desde la primaria y sabía que era un periodista de confianza. Me dijo que me ayudaría a encontrar a mi hermano si lograba infiltrarlo en este lugar. Como sabía que aún estaban reclutando gente, le pasé el contacto adecuado y logró ingresar.

—Pero aún no encontramos a David —me dice Tom cuando termina de tragar un pedazo de comida—. Sabemos que hay zonas prohibidas a las que puede ingresar poca gente; suponemos que se puede encontrar allí. El tema es que, para entrar, habría que hacerlo por la fuerza, lo que implicaría exponernos, y difícilmente lograríamos escapar.

—Es una acción de un solo golpe —prosigue Henry—. Entramos, golpeamos y desaparecemos, pase lo que pase, aunque no encontremos lo que estamos buscando. No hay una segunda oportunidad.

—Es por eso que no lo hemos hecho aún —interviene Tom, que sigue comiendo—. Estamos viendo las alternativas posibles y buscando alguna evidencia concreta de que David se encuentre allí. Si nos mandamos y él no está, habremos disparado nuestro último tiro en vano.

—¿Qué zonas son esas que están prohibidas? —pregunto al darme cuenta de que empiezo a llegar a algo.

—Las zonas restringidas están en el último subsuelo —dice Henry mientras, yo pruebo la comida, y estaba tan buena como parecía—. Es un sector que tiene los calabozos y algo más que no sabemos qué es.

—Hay un laboratorio y una morgue —dice uno de los dos hombres que están sentados con ellos y que no habían hablado hasta el momento.

—Él es Diego White —lo presenta Tom; es otro miliciano musculoso, pero algo más joven que Henry—. Es un experto en tecnología e informática. Cuéntanos, Diego.

—Hace dos meses estuve allí abajo —explica Diego White—. Tenían un problema técnico y ayudé a solucionarlo. No tienen mucha seguridad, solo un guardia en cada sector. Henry podría con ellos aunque tuviera una mano atada.

—Eso es bueno —digo al comprender que Henry es un luchador experimentado—, pero si vamos todos, podremos hacernos cargo sin problema y mucho más rápido.

—Wow, wow, wow —dice el tercer hombre, echándose hacia atrás en la silla y alzando las manos. Había permanecido escuchando sin decir nada. Tiene parte del rostro quemado; es una cicatriz que parece ser bastante vieja—. Yo no voy a ir a ningún lado. No estoy aquí ni por los discursos patrióticos ni para rescatar a nadie. Yo quiero hacer lo mío y recibir la paga, nada más.

—Lo suyo son las bombas —me explica Tom, que ya terminó con la comida—. Su nombre es Paul Briner, y ya lo escuchaste, está aquí por el dinero; no podemos contar con él.

—Conmigo tampoco, amigos —dice Diego White—. Lo siento, pero entrar ahí es suicidio.

Los miro entonces a Henry y a Tom.

—Si tú entras —me dice Henry—, yo también. No pelearé por esta gente si le han hecho algo a mi hermano. La única forma de saberlo es entrando allí. Estaba esperando encontrar a alguien con el coraje para hacerlo. Me alegro de que hayas aparecido, Ana.

Cuando dice eso, mira de reojo a los otros dos, que bajan la cabeza.

—Okey —dice Tom—, entonces somos tres. Yo vine a investigar, y es poco lo que encontré hasta ahora, así que vamos. Tal vez descubra allí de qué se trata todo esto. Me gustaría tener una cámara, pero no hay forma de conseguirla.

—Sí hay cámaras —dice Diego—, pero no creo que te sirvan. Están dispuestas en los lugares a los que quieren entrar, así que deben saber que serán grabados. No podrán mostrar su rostro por aquí nunca más.

—Bien —le digo—. Gracias por la advertencia. Si entramos allí, deberemos escapar de la base, eso ya quedó bastante claro. Lo único que nos falta es un plan de salida.

—Solo tienen la velocidad —dice Paul, creo que no le gustó que le dijeran que le faltaba coraje—. Después de las veinte horas ya no hay actividad allí. Si entran y salen rápido, tal vez tengan una oportunidad. Tendrán que escurrirse de alguna manera hasta arriba y salir por el frente. Creo que es imposible, pero no conozco otra forma de hacerlo.

—Ya que están decididos a hacerlo —agrega Diego—, al menos puedo darles una mano. Les puedo dar diez o quince minutos.

—¿A qué te refieres? —pregunta Henry.

—Les dije que había cámaras —explica Diego—. Sin embargo, el sistema tiene un punto débil. En este mismo piso hay un panel de empalme de cables accesible a cualquiera; el de las cámaras de allí abajo pasa por ahí. A las veinte horas y diez minutos exactamente, arrancaré ese cable. Tardarán como quince minutos más en encontrar la falla. Ese es su margen.

—Gracias, Diego —digo en verdad agradecida, creo que esos quince minutos serán fundamentales—. Como lo sugirió Paul, habrá que ser muy rápidos.

Los miro a todos. Pienso entonces que si nos jugaremos la vida juntos, al menos no debo ocultarles quién soy.

—Solo una cosa más —me sincero—, mi nombre no es Ana. Mi nombre es Pons, Ainara Pons.

LA CONEXIÓN SILENCIOSA

CAMERON, Arizona

Viernes, 5 de abril, 2:40 p. m.

PETER LLEGÓ HACE UNOS MINUTOS. Estuvo dando vueltas por el desierto con su nueva, pero vieja, camioneta y su teléfono satelital. Piensa que patrullando de esa manera puede ayudar de algún modo a Ainara. Cree que, si ella logra escapar de la base con Alain, lo necesitará esperándola en las cercanías. Sin embargo, estos recorridos, hasta ahora, han sido inútiles; no ha encontrado nada.

Por su parte, Junior ha estado haciendo algunos llamados telefónicos. Primero habló con un par de contactos; si había un grupo que estaba adquiriendo armas militares, debía haber alguien que lo supiera. Por lo general, eso es algo que haría Alain, pero en su ausencia, parecía que a Junior le tocaba reemplazarlo en todas las áreas.

Luego hizo una llamada que no tenía muchos deseos de hacer: se comunicó con la esposa del senador para contarle lo que habían averiguado hasta ahora. Lamentablemente, no tenía buenas noticias para ella; la muerte de Matheson, el asistente del senador, no era un buen augurio. Sin embargo, le explicó que quizás el senador estaba prisionero en la base secreta que habían descubierto, y que ya tenían a alguien infiltrado, buscándolo.

Le dijo la verdad, solo que con un poco más de esperanza que la que en realidad tenía. Además, le comentó que esa base estaba fuera del radar de todas las agencias gubernamentales, por lo que si ella, como esposa del senador y activista social reconocida, tenía algunas influencias de confianza en el Gobierno, era un buen momento para comenzar a usarlas. Ella le aseguró que tenía un par de amigos importantes, que haría todo lo posible para que la prensa y las autoridades federales pusieran su atención en Flagstaff. Esto debía saberse.

Por su parte, Luna siguió clavada frente a la pantalla de su ordenador. Intentaba dilucidar de qué se trataba todo esto. Si bien tenía algunas teorías, basadas sobre todo en los datos que le pasó Freddy y en su propia investigación en las redes sobre la lucha entre el senador y los medios, aún le faltaba encontrar el nombre que uniera cada pieza y le diera coherencia a sus especulaciones.

Suena el teléfono de Peter, no el aparato del siglo pasado, sino su móvil.

—Al fin, Andrew —dice Peter al recibir el llamado de su compañero. Lo pone en altavoz—. Dinos qué encontraste.

—Ahora sí tenemos algo —dice Andrew, satisfecho consigo mismo—. El magnate de los medios Alexander Romain, dueño de la cadena de noticias más importante del sur de Estados Unidos, compró hace dos años una pequeña radio de Flagstaff.

—¿Para qué querría alguien así comprar una radio local sin trascendencia? —pregunta Junior.

—Eso es precisamente lo que lo hace trascendente —explica Andrew, haciendo un juego de palabras—. No tiene ningún valor estratégico ni monetario para su emporio. Y no solo eso, sino que construyó un nuevo edificio para esa radio, inyectando más dinero del que podrían utilizar.

—¿Lavado de dinero? —pregunta Peter.

—No lo creo —interviene Luna—. Dinos, Andrew, ¿el señor Romain ha invertido en algo más en la región?

—Eres adivina, Luna —responde Andrew, divertido—. Parece que la radio fue solo el movimiento más conocido, y el señor Romain está enamorado de esa región desde tiempo atrás. Un año antes de la

radio, ya había invertido millones en bienes raíces, incluso por valores mayores a los del mercado. También realizó generosas donaciones a la nación navajo.

—¿Qué significa eso, Luna? —pregunta Peter, que aún no llega a comprender el accionar del magnate.

—A mi parecer significa tres cosas —comienza a explicar Luna—. La primera es que ya sabemos quién es el dueño de la ciudad. Si los valores invertidos superan el valor de mercado, hay una parte de ese dinero que fue destinada a sobornos.

—Por consiguiente —acota Junior—, lo que suponíamos de la Policía es cierto, y responde a este Romay. Pero ¿por qué?

—Espera y verás —le explica Luna, que quiere continuar con sus deducciones—. En segundo lugar, el resto del dinero excedente se dirigió a la construcción de la base en el desierto.

—Por los números que vi —interviene Andrew al escuchar eso—, deben haber construido mucho más que las barracas que descubrieron con Ainara.

—Ya les dije desde el principio —opina Peter, volviendo al tema—, y Freddy lo confirmó. Allí hay una base secreta subterránea, estoy seguro. Las barracas son solo la parte exterior; la base real está abajo. Si Alexander Romay viene invirtiendo dinero desde hace tres años, es porque ha restaurado, remodelado o terminado una antigua base secreta.

Luna y Junior comienzan a pensar que Peter puede tener algo de razón.

—¿Y qué hay de las donaciones a los navajo? —pregunta Junior.

—Eso es lo tercero que se desprende de los datos. Por lo que vi en el mapa del desierto —continúa Luna con su explicación—, la base está pegada al territorio navajo, que es donde estamos nosotros. Debe haber algún pacto de silencio. Ellos reciben donaciones y no se meten con sus vecinos. Normalmente, son protectores del medioambiente y su desierto es sagrado, por eso es raro que no hubieran denunciado esto a las autoridades.

—Bueno —dice Peter—, ya sabemos muchas cosas, pero seguimos sin entender qué hacen adentro de esa base.

—No lo sabemos —contesta Luna—, pero podemos especular. Romay tiene su emporio en el sur del país. Por casualidad, en los estados que pertenecieron a la Confederación. Por lo tanto, si asociamos este dato con el logotipo del camión y con la bandera confederada, ¿qué tenemos?

—Una ensalada sin sentido —dice Peter, molesto—. Vamos, Luna, no hables con acertijos; no estoy en uno de los momentos más lúcidos de mi vida.

—Perdón, Peter —se disculpa Luna, comprendiendo la preocupación de Peter por Ainara. A ella no le ha pasado por alto que entre esos dos está sucediendo algo—. Tal vez parezca un poco loco, pero estamos al borde de una nueva secesión.

—¿Qué? —pregunta Junior, asombrado—. ¿De dónde sacas eso? Es algo imposible; no están dadas las condiciones, no ha habido ninguna declaración y unos cuantos mercenarios en el desierto no pueden iniciar un desgarramiento del país.

—Junior —dice Luna—, tú mismo has estado en medio de las revueltas de hace unos años.

—Sí —responde Junior—, pero no tenía nada que ver con la Confederación, era el Anillo quien estaba detrás de aquello.

—¿Qué tiene la bandera de la Confederación en su parte superior izquierda? —pregunta Luna.

—Un «anillo» de estrellas —responde Peter como si hubiera realizado un descubrimiento que lo deja pasmado.

—No es descabellado pensar —prosigue Luna— que el Anillo esté detrás de esto, ya que ese siempre ha sido su objetivo: desmembrar al país en riñas internas para tomar el control de todo. Creo que si pudiéramos encontrar el significado de ese misterioso logotipo, lo sabríamos con seguridad.

Luego de escuchar todo esto, Junior es ahora quien parece más sorprendido y se queda en silencio. No deja de mirar la imagen del camión, como la de la bandera que les envió Freddy. Luna lo observa; piensa que hay algo más que lo ha dejado así y quiere saber qué es.

—¿Qué sucede, Junior? —le pregunta—. ¿En qué estás pensando?

—En el logotipo —responde él de forma pausada—. Creo que encontré su significado. Estábamos equivocados, no es un lagarto ni una iguana, no tiene que ver ni siquiera con Arizona. Es la firma de quien está detrás de todo.

—¿Y qué es? —pregunta Peter.

Junior lo mira.

—Es un camaleón.

PRISIONEROS DEL SILENCIO

BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 8:10 p. m.

BAJAMOS por la escalera con Tom hasta el último subsuelo. Henry lo hace en el elevador. Decidimos hacerlo por separado para llamar menos la atención; además, cada uno tiene un papel específico en nuestro plan. Son las veinte horas con diez minutos; si Diego hace bien su trabajo, acaban de comenzar nuestros quince minutos.

Henry llega primero, entra al corredor y se acerca al guardia. Nosotros lo vemos desde unos metros atrás. Mientras él habla con el guardia, que permanece sentado frente a un escritorio, nos acercamos y lo interrumpimos.

—Disculpe —dice Tom, y Henry se hace a un lado para dejarlo hablar, parándose de forma disimulada junto al guardia—. Fuimos citados por el comandante para ir al laboratorio. ¿Es con usted con quien debemos hablar?

El hombre va a responder algo cuando, sin previo aviso, el musculoso Henry le lanza un puñetazo. El guardia sacude la cabeza como un muñeco de trapo. Como si eso no fuera suficiente, Henry lo toma por la nuca y le golpea la cara contra el escritorio. El guardia se desliza desde su asiento hacia el suelo, totalmente inconsciente.

Lo agarramos deprisa y lo llevamos a un rincón. Le saco el arma y la guardo en mi cintura. Luego le quitamos el cinturón y lo amarramos a un tubo, quizás de cables de electricidad, junto a la pared.

—Aguarda —me dice Henry. Le levanta la camiseta al sujeto hasta cubrirle el rostro. Luego empieza a meter parte de la camiseta en su boca—. Este no podrá llamar a nadie.

Es una buena técnica. Lo empujamos bien al rincón, donde nadie lo verá, y cuando nos damos vuelta, Tom ya está ubicado en el escritorio, suplantando al guardia. Nos acercamos a la reja y volvemos a mirar a Tom, esperando que resuelva el ingreso.

Tantea unos controles en el escritorio y se escucha un ruido metálico. La reja de hierro se abre; pasamos y Tom la cierra detrás de nosotros.

—No perdamos tiempo —le digo a Henry, y entramos al corredor de los calabozos—. Solo tenemos quince minutos.

Diego White, quien era el único que conocía el lugar y suponemos que cortó la transmisión de las cámaras, también nos había indicado que debíamos tomar el primer pasillo a la izquierda para llegar a las celdas.

Pronto nos encontramos con el siguiente guardia, quien al vernos acercarnos corriendo, lleva su mano al arma que tiene en la cintura. No sabe qué sucede, pero por las dudas se apronta a defenderse.

—Rápido —le digo al guardia—, hay problemas en la entrada, necesitamos tu ayuda urgente.

—No puedo dejar mi puesto —responde el muchacho, que apenas supera los veinte años—. ¿Qué suce...?

No termina de hablar cuando recibe un golpe de Henry que lo noquea. Estoy sorprendida por la destreza de mi compañero. Si salimos de esta, me gustaría incorporarlo a mi equipo. Hombres de acción como él siempre son bienvenidos, en especial cuando los enemigos que enfrentamos son cada vez más poderosos.

Henry le quita el arma al miliciano caído y la guarda.

—¡Ainara! —Escucho una voz que reconozco de inmediato. Me doy vuelta y veo a Alain desde el otro lado de los barrotes, sonriéndome.

Doy un profundo suspiro. Sabía que encontrarlo con vida era apenas una posibilidad, pero gracias a Dios, esa posibilidad se ha hecho realidad. Veremos ahora si Henry tiene la misma suerte con su hermano.

Busco en el escritorio el interruptor y abro la reja. Escucho el ruido metálico y corro hacia los brazos de Alain. Nos abrazamos con fuerza. Luego le aferro la cabeza con ambas manos y le miro el rostro. Está muy golpeado.

—Pensé que te había perdido —le digo casi llorando—, cuando te vi en el piso...

No logro contener una lágrima.

—No fue nada —me explica, señalando una herida en la sien—. Me rozó una bala, pero fue como si me hubieran dado un martillazo en la cabeza. Me noqueó al instante.

—¿Y por qué estás tan lastimado? —le pregunto, sintiéndome casi como su madre.

—Es el cariño de esta gente cuando intentaban hacerme hablar —me responde—. Nada que no me haya pasado antes.

Veo entonces a Henry entrar en la celda y revisar. Busca a David, su hermano.

—¿No has tenido ningún compañero aquí? —le pregunto a Alain—. David, el hermano de Henry, desapareció hace un tiempo y pensamos que podría estar aquí contigo.

—No —responde Alain, meneando la cabeza—. Al menos desde que me trajeron aquí anoche, he estado solo. Quizás lo llevaron a otro lado; no sé si hay más celdas.

—No las hay —asegura Henry con su voz gruesa y las manos en la cintura—. Diablos, esto ha sido inútil.

—No nos demos por vencidos aún —le digo a Henry y luego le palmeo el hombro a Alain—. Ayúdame.

Entre los dos levantamos al guardia y lo llevamos dentro de la celda. Lo amordazamos y lo atamos a la reja, como hicimos con el primer vigilante. Salimos de la celda y cierro la puerta. Ahora tenemos que encontrar a David, y sé por dónde empezar.

—Debemos ver la morgue —le propongo a Henry.

Él me devuelve la mirada sin responder. Sé que no quiere enfrentarse a esa posibilidad, pero si queremos encontrar a su hermano, no podemos dejar de comprobarlo.

—Solo nos quedan siete minutos.

Henry reacciona, asiente con la cabeza, y salimos. Retrocedemos sobre nuestros pasos y volvemos al corredor principal. Entramos al del medio, el que sabemos que nos lleva al tanatorio. Cuando Diego nos dio las indicaciones de cómo estaba distribuido el lugar, esperaba no tener que hacer este recorrido. Lamentablemente, lo tenemos que hacer.

Caminamos unos metros y nos encontramos con la entrada. No hay ningún guardia allí. Al menos no tenemos que noquear a nadie más, lo cual ahorra tiempo. Empujamos la puerta y sentimos el frío característico. Me llama la atención que haya más refrigeradores para cadáveres que espacio en las celdas. Media docena de puertas cuadradas. ¿Por qué hay tantos muertos? De hecho, no conozco una base militar que tenga una morgue como esta.

—Hay que revisarlas —digo y abro la que tengo más cerca.

Alain y Henry hacen lo mismo. Saco la camilla y me sorprende ver el cadáver de un hombre desnudo, lleno de llagas por todo el cuerpo.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta Henry al ver lo mismo en otro muchacho de más o menos la misma edad.

Empiezo a creer en las teorías locas de Peter sobre experimentos secretos del Gobierno o de quien sea que esté detrás de esto.

—Mira esto, Ainara —me dice Alain, haciéndome señas para que me acerque. Cuando veo su camilla, descubro de quién se trata. Es el senador. Casi me había olvidado de él. El secuestro de Alain cambió los objetivos de la misión y, cada nuevo descubrimiento, hizo que la desaparición del senador pasara a un segundo plano.

—Maldición —exclamo y sigo abriendo los refrigeradores, más para confirmar que con todos pasó lo mismo que por otra cosa.

Ve entonces que Henry se acerca a la camilla que tengo frente a mí y le acaricia el rostro al muchacho con llagas que hay tendido allí.

—¡Hijos de perra! —dice, enfurecido.

—Lo lamento mucho —le manifiesto, intentando contener de alguna manera el dolor de Henry por ver a su hermano así.

Sin embargo, debo hacer que reaccione antes de que entre en una crisis. Encontrar a su hermano muerto y en esas condiciones debe ser un golpe terrible.

—Si quieres vengarte —le digo, acudiendo a la única estrategia que tengo a mi alcance—, debemos mantenernos vivos. Nos quedan dos minutos, tenemos que salir ya.

Me doy cuenta de que está considerando llevarse a su hermano consigo. Ha perdido de forma momentánea el sentido común y se está dejando llevar por sus emociones. Lo tomo del brazo y lo sacudo.

—Así como vine aquí para sacar a Alain —le digo—, te prometo que volveremos por los restos de tu hermano y los honraremos. Nos queda, con suerte, solo un minuto.

Cierro la camilla de David. Luego empujamos las camillas de los demás hacia sus lugares y cerramos las puertas. Salimos de la morgue y nos dirigimos al corredor principal. Ya no hay tiempo, en cualquier momento las cámaras volverán a funcionar, y si no estamos fuera para entonces, no tendremos escapatoria.

No entiendo qué demonios está pasando aquí, pero apostaría a que se trata de armas biológicas. Me gustaría saber la relación entre estas armas, el autoproclamado Ejército Patriota y el senador, pero no tengo tiempo para pensar en ello ahora. Lo importante ahora es huir.

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 8:25 p. m.

LLEGAMOS a la reja y Tom nos abre. Por ahora todo parece estar bajo control. Nos hemos pasado un poco de los quince minutos, pero las alarmas aún no han sonado. Hay una pequeña esperanza de que logremos salir con vida. Tom se pone de pie y se acerca.

—¿Y David? —pregunta, aunque su expresión revela que ya intuye la respuesta.

Henry baja la cabeza en silencio, y Tom, comprendiéndolo, le coloca una mano en el hombro.

—¿Lo viste? —insiste con un tono más bajo.

Henry asiente, apretando los puños con fuerza.

—Los malditos le hicieron algo horrible —responde con voz temblorosa de furia—. Pagarán por esto.

—Es hora de irnos —intervengo antes de que se deje consumir por la ira—. Tendremos tiempo para vengarnos más adelante. ¿Cuál es el plan?

—Ustedes vayan por el elevador —indica Tom—. Nosotros tomaremos las escaleras y nos encontraremos en la entrada principal.

—Tenemos dos armas —añado—. Si nos reunimos arriba y coordinamos el ataque, nuestras oportunidades de salir serán mayores. Vamos.

Nos dividimos y nos dirigimos a nuestros respectivos objetivos. En el camino, nos cruzamos con un par de soldados, pero no hay enfrentamientos. Paul Briner, el especialista en explosivos, tenía razón: a esta hora el lugar parece inusualmente tranquilo.

Cuando estamos a unos diez metros del elevador, me detengo y freno a Alain. La puerta metálica del ascensor comienza a abrirse, y ya puedo ver que es Hoffman quien está ahí. Me doy la vuelta y Alain hace lo mismo.

—Ese es el hombre que me interrogó —dice Alain—. Me reconocerá.

—A mí también —le respondo mientras caminamos rápido hacia las escaleras—. Y me conoce desde hace mucho tiempo.

—¡Ustedes! —grita Hoffman—. ¡Deténganse!

Ignoramos su orden y seguimos moviéndonos con prisa. Es probable que ya hayan reactivado las cámaras y descubierto a los guardias amarrados. Espero que Tom y Henry aún tengan la posibilidad de escapar. Los veo en las escaleras, ya casi llegando al primer piso. Les hago una señal para que continúen subiendo, y ellos asienten. Por fortuna, no parece haber nadie tras ellos. Supongo que Hoffman reconoció a Alain primero, lo que explica por qué está enfocado en nosotros.

Sin tiempo para reflexionar más, dos hombres se interponen en nuestro camino e intentan sujetarnos. Le doy una patada en el estómago al que me agarra, mientras que Alain conecta un codazo al rostro del otro. Siento que alguien me sujeta por detrás, pero logro soltarme con un golpe de codo. Otro hombre se acerca y le lanzo un puñetazo directo al mentón. Alain me jala del brazo y corremos hacia un pasillo lateral sin saber adónde conduce.

Los gritos resuenan detrás de nosotros, pero no nos detenemos. Seguimos corriendo por el corredor y busco el arma que llevaba en la cintura. No la encuentro, debe haberse caído durante el forcejeo. Alain empuja una puerta a la derecha y entramos con rapidez.

—Mierda —exclama al ver que es una habitación sin salida.

Salimos de nuevo al corredor, y ahora ya hay diez hombres sobre nosotros. Corremos en dirección contraria, pero no tenemos un destino claro. De repente, siento un fuerte golpe en la espalda y una descarga eléctrica que me paraliza. Mi cuerpo tiembla sin control. No veo a Alain, luego todo se oscurece.

DESPIERTO sobresaltada por el frío del agua helada que cae sobre mí. Abro los ojos y respiro con dificultad. Estoy empapada y atada a una silla con los brazos a la espalda. A mi lado, Alain está en la misma situación. El dolor de la descarga eléctrica aún recorre mi cuerpo.

—Ainara Pons —dice Hoffman, parado frente a mí. Estamos en una pequeña habitación sin ventanas. Cuatro de sus milicianos armados nos rodean, con una sola puerta bloqueando la salida.

—Hola, Marcus —respondo, llamándolo por su nombre de pila para mostrar que no le tengo ningún respeto. Es probable que ahora comience el interrogatorio, pero estoy decidida a obtener algo de información también.

—Cuando interrogué a tu amigo esta mañana —dice, mirando a Alain—, no pensé que tendría algo que ver contigo. Incluso dudé por un momento, pero en cuanto te vi pelear, supe que eras tú, Ainara Pons, vivita y causando problemas. ¿Qué están haciendo aquí?

—Esa es una pregunta que podría hacerte yo a ti —le respondo con sarcasmo—. ¿Para quién trabajas esta vez? Tus hombres deberían saber que los traicionarás en cuanto te convenga.

Hoffman suelta una carcajada seca.

—¿Sigues resentida? —dice, incrédulo—. Nunca aceptaste que tu líder cometió un error.

—Tú sabes perfectamente que no fue un error —respondo, clavando la mirada en él—. ¿Cuánto te pagaron para vendernos? Murieron más de diez personas, y todo para que tú llenaras tus bolsillos. ¿Son los mismos que te pagan ahora?

Hoffman da un paso adelante y me da una bofetada que me hace girar la cabeza. Era lo que buscaba: que pierda el control y

comience a hablar.

—Salgan —ordena a sus hombres. Los guardias se miran entre sí, pero al final obedecen.

Cuando la puerta se cierra, Hoffman se inclina hacia mí.

—No sé qué intentas, perra —me susurra al oído—, pero ya estás muerta. Por supuesto que los vendí, y no solo me pagaron bien, sino que eso me permitió ascender en una organización que te conoce muy bien. Se alegraron mucho cuando les dije que te tenía.

—El Anillo —digo, más como una confirmación para mí misma que otra cosa.

Hoffman sonríe con arrogancia.

—Mi jefe vendrá mañana para verte en persona —prosigue—. Quiere llevarse el crédito por tu captura. Que lo haga, no me importa. Mientras tanto, en el Anillo sabrán que fui yo quien te atrapó.

—¿Tu jefe no es el albino? —Aprovecho para sacar más información.

—¡Bah! —responde con desprecio—. El comandante es solo otro títere. Yo soy quien habla con los de arriba.

—¿Con el Camaleón? —pregunto, arriesgando una suposición.

Hoffman se detiene y me observa con atención.

—Eres astuta, Pons —dice, señalándome con el dedo—. Me desconciertas. No sé cuánto sabes ni para quién trabajas, pero tengo una oferta para ti: si me dices lo que sabes, te mataré de un tiro limpio.

—¿Esa es tu oferta buena? —pregunto con sorna.

—La otra opción es que te haga inhalar uno de los compuestos que producimos en el laboratorio —amenaza—. Ya viste lo que le pasó a los cadáveres en la morgue. El dolor es insoportable; la piel comienza a arder, y al segundo día, mueres.

Hace una pausa, esperando mi respuesta. Está claro que quiere saber cuánto sabemos y si alguien más está al tanto de sus planes. No imagina que estemos aquí por coincidencia, pero tal vez pueda usar eso a mi favor.

—Si me matas ahora, habrá gente muy enojada contigo —le digo, inventando una historia para ganar tiempo—. Tal vez te

convenga retrasar un poco mi ejecución. Podría ser tu única salvación.

Hoffman evalúa mis palabras, tratando de discernir si digo la verdad.

—Vamos, Ainara —dice, escéptico—. Si el Gobierno estuviera afuera, ya habrían entrado. No sé para quién trabajas, pero lo descubriré. Dime, ¿cómo quieres morir?

Miro a Alain, que sonríe con resignación. Ambos sabemos que he hecho lo posible, pero si aquí termina todo, no nos arrodillaremos ante este gusano.

—Me gustaría poder liberar mi mano para darte la respuesta con el dedo —le digo, viendo cómo su rostro se enrojece de furia—. ¡Jódete!

SENTENCIA DE MUERTE

BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 9:30 p. m.

HOFFMAN ME GOLPEA DE NUEVO, esta vez con el puño cerrado. Me tambaleo, pero logro mantenerme consciente. Escupo sangre y le sonrío, resistiendo la tentación de burlarme de él; no quiero más golpes por ahora. Simplemente lo miro.

—Te crees muy dura, maldita perra —dice Hoffman, recomponiéndose después de descargar su furia—. Ahora hablaré con los médicos para que empiecen el tratamiento. Te arrepentirás de no haber pedido un tiro.

Se da media vuelta y se dirige a la puerta. La abre y habla con los guardias.

—Dos de ustedes entren y vigílenlos. No intenten nada. Los otros dos se quedan afuera hasta que lleguen los del laboratorio para llevarlos a la habitación sellada. Cuando estén listos, los trasladan entre los cuatro. Esa perra es muy astuta, no la escuchen.

Hoffman sale y dos guardias entran, posicionándose detrás de nosotros, a un par de metros de distancia. Uno parece tener poco más de veinte años, mientras que el otro está en sus cuarenta. Al tiempo en que Hoffman hablaba, intentamos sin conseguirlo de

desatar nuestras muñecas. No queda mucho por hacer, pero tal vez surja una oportunidad durante el traslado.

—El muy estúpido no sabe ni qué pensar —dice Alain—. ¿Crees que se pase de bando? Estoy seguro de que no es leal a nadie. Quemaría este lugar con sus propios soldados adentro si eso le sirviera para cubrir sus huellas.

Alain sigue mi juego. Es un último intento: tratar de perturbar a los guardias y hacer que cometan un error.

—Por supuesto que lo hará —respondo en voz alta, dirigiéndome también a los guardias—. En cualquier momento llegarán las fuerzas federales y ustedes tendrán que decidir qué hacer. Les aseguro que Hoffman ya lo ha decidido. Al diablo con todos si puede salvarse. Si nos desatan y se tiran al suelo, podrán decir que los atacamos, y cuando todos vayan presos, tendrán a dos aliados importantes para salvarles el pellejo. ¿Qué dicen?

—Ni lo pienses, Mike —le advierte el guardia mayor al joven, que parece dudar—. Ya escuchaste a Hoffman, esta perra es muy astuta. No debemos escucharla.

Alain me mira y se encoge de hombros, sonriendo.

—Lo siento, Ainara —dice—. Si no hubieras intentado rescatarme, no estarías pasando por esto.

—Perdóname tú, Alain —le respondo—. Si no hubiera intentado rescatarte, no estarías a punto de morir envenenado con vaya a saber qué. ¿Escuchaste algo sobre eso mientras estabas en la celda?

—No, nada —contesta—. Pero no te preocupes, ya me habían amenazado con inocularme un virus si no hablaba. Mi destino habría sido el mismo.

—Oigan, ustedes —les digo a los guardias, girando la cabeza para intentar verlos—, ¿qué saben de ese virus? En la morgue hay seis de sus compañeros muertos por ese veneno. Creo que los usaron como ratas de laboratorio. Podría pasarles lo mismo en cualquier momento.

La puerta se abre de golpe, interrumpiendo la tensión. Por un segundo pienso que han llegado los del laboratorio, pero lo que veo me sorprende. Son Tom y Henry, que entran con total naturalidad.

—Venimos a llevar a los prisioneros —dice Henry, acercándose a mí para desatarme. Tom se dirige hacia Alain.

—¿Son del laboratorio? —pregunta el guardia mayor—. Debemos acompañarlos. Asegúrense de atarlos bien cuando se pongan de pie. Y lo más importante: no los escuchen.

—Sí, claro —contesta Henry, terminando de soltarme—. Haré un buen nudo y les taparé la boca.

En ese momento, cuando Tom también libera a Alain, ambos sacan armas de sus cinturas y las apuntan a la cabeza de los guardias.

—Solo que no les haré ningún nudo —dice Henry—. Siéntense tranquilos y no les pasará nada.

Los guardias, tomados por sorpresa, no se atreven a desenfundar sus armas. Alain y yo nos acercamos, los sujetamos por el cuello y los obligamos a sentarse. Los desarmamos y comenzamos a atarlos, mientras, Tom los vigila con la pistola. Veo que Henry sale de la habitación y regresa arrastrando a uno de los guardias que estaba afuera.

—Les dije, muchachos —les digo a los guardias—. Si hubieran cooperado, todo habría sido más fácil. Aún pueden hacerlo antes de que les tape la boca. ¿Qué es ese virus?

—No sabemos nada —responde el joven, visiblemente asustado—, pero escuché al jefe decir que lo liberarán en una ciudad del sur.

—¡Cállate, idiota! —grita el otro guardia, y Alain lo golpea en la cara antes de amordazarlo con su propia camiseta.

—Es cierto, señora —dice el joven—. No sé más que eso.

—Está bien —le digo mientras le tapo la boca con su camiseta—. Te has ganado unos puntos.

Con los guardias bajo control, Tom sale de nuevo y vuelve arrastrando al otro miliciano inconsciente. Termino de amordazar a mi guardia y me dirijo hacia la salida.

—Gracias, chicos —digo—. No esperaba que volvieran por nosotros. Ya los hacía corriendo por el desierto.

—Me prometiste ayudarme a recuperar los restos de mi hermano —responde Henry—. No los podía dejar aquí.

—Reforzaron la entrada principal —interviene Tom mientras guarda su arma y salimos del cuarto—, pero Henry conoce otra salida en el último subsuelo.

—Bien pensado, Henry —le digo cuando toma la delantera para guiarnos.

—Espera a que lleguemos allí —me responde—. Luego me felicitas. Todavía tenemos un largo camino, y no creo que te guste mucho mi idea.

Avanzamos por el corredor, moviéndonos con rapidez. No respondo a lo que dijo; no sé cuál será su plan, pero cualquier opción es mejor que nada en este momento. Llegamos al hueco central y nos mantenemos pegados a la pared para evitar ser vistos desde los otros pisos.

—Tenemos que usar las escaleras —dice Henry—. El elevador nos deja muy expuestos y no habría adónde correr.

Bajamos con Alain y yo en la parte interior, mientras Tom y Henry nos cubren. Por fortuna, durante la incursión en los calabozos, no llegaron a identificarlos, lo que les da cierta libertad de movimiento. Le agradezco a Diego que su plan para interrumpir las cámaras funcionara tan bien. Al llegar al siguiente piso, Henry me gira hacia la pared y se coloca frente a mí, cubriéndome con su cuerpo.

—Quédate quieta —me susurra con su voz grave, y veo que Tom hace lo mismo con Alain—. Es Hoffman. Va hacia el elevador con gente del laboratorio. No deben vernos.

—Está yendo a buscarnos —le digo en voz baja. Es obvio que viene a cumplir su amenaza de envenenarnos—. En cualquier momento descubrirán que escapamos.

—No podemos movernos aún —me dice Henry—. Si lo hacemos, nos verá. Debemos esperar a que suba en el elevador y pase de largo.

—Tendremos menos tiempo para escapar —le advierto.

—Es la única manera —responde Henry mientras observa de reojo—. Ya están en el elevador... Se cierra la puerta... Están subiendo...

Retengo la respiración, esperando que no nos descubra. Si sigue de largo, tendremos nuestra oportunidad.

—Ya pasó —dice Tom desde atrás.

—Vamos —ordena Henry y retomamos la marcha, casi corriendo. Bajamos el último piso de dos en dos escalones y llegamos al nivel adecuado. Seguimos a Henry sin saber hacia dónde nos lleva, confiando en que tiene un plan. En lugar de dirigirnos al corredor de los calabozos, nos encaminamos al extremo opuesto. Debemos atravesar toda la explanada central, un espacio vasto donde estuvimos formados esta mañana. Ahora está casi desierta. Somos como cuatro ratones corriendo por un patio, intentando pasar desapercibidos.

Mientras avanzamos, pienso en lo que haremos si logramos salir. Afuera solo hay desierto. Espero que Henry o Tom tengan algún plan para orientarse. Debemos alejarnos muy rápido y reagruparnos con el resto del equipo; necesitan saber lo que está ocurriendo aquí. Freddy es nuestra única esperanza de detener esto. Si tuviéramos pruebas para enviarle, alguna foto o video..., pero no tenemos nada, solo nuestra palabra.

Al menos tenemos a Tom, que es periodista; él tiene más credibilidad que todos nosotros juntos.

Una sirena me arranca de mis pensamientos. Se ha encendido una alarma, y esto pronto será un caos.

—Maldición —exclamo—. Creo que pensé en el desierto antes de tiempo. Todavía tenemos que salir de aquí, y la cosa se va a poner difícil —añado—. Ya lo saben. Debemos correr.

LA ÚLTIMA PUERTA

BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 10:20 p. m.

CORREMOS SIGUIENDO A HENRY, confiando en que la salida que ha encontrado esté disponible esta noche. En un solo día, creo que he conocido esta base mejor que muchos de los milicianos que llevan meses aquí. Entramos en un nuevo corredor, y el letrero en la entrada dice «Área de mantenimiento».

—¡Alto ahí! —Escuchamos una voz, pero, igual que la última vez, no nos detenemos a mirar. Espero que esta vez sea diferente y no tengamos que enfrentarnos de nuevo. De pronto, los disparos resuenan cerca de nosotros. Si nos hubiéramos detenido, quizás nos habrían alcanzado.

—Esta vez va en serio —dice Alain, que corre a mi lado—. Ya no son táseres, son balas de verdad.

—No podemos perder tiempo —respondo—. ¿Adónde vamos, Henry?

—¡Por aquí! —grita, señalando una puerta más adelante, a la derecha.

Al llegar, la puerta está cerrada, y los disparos impactan alrededor. No tenemos alternativa: debemos devolver el fuego. Nos pegamos a la pared y empezamos a disparar. Los tomamos por

sorpresa; no esperaban que estuviéramos armados, y retroceden para cubrirse. Tom reacciona rápido, dispara a la cerradura y la destroza. De una patada, Alain abre la puerta y entramos. Es una sala con generadores eléctricos.

—Bien —dice Henry, mirando a su alrededor—, este es el camino.

—¿Estás seguro de adónde vamos? —pregunto, dudando de que tenga un plan claro.

—Más o menos —responde—. Solo estuve aquí una vez.

Su respuesta no me tranquiliza, pero no tenemos tiempo para preocuparnos. De repente, escuchamos la voz de Hoffman por los altavoces.

—No tienes adónde ir, Ainara. No sigas matando inocentes.

El descaro de este hombre es insólito. Hace como si le importara la vida de los demás. Localizo el parlante de donde proviene su voz y le disparo.

—No quiero escucharlo más —digo, molesta—. Vamos, Henry, sigue adelante.

Este nos guía por un corredor a la izquierda. El lugar parece un laberinto. Al doblar en la siguiente esquina, nos encontramos con un grupo de cinco milicianos armados. Han escuchado las alarmas y los tiroteos, y nos estaban esperando. El enfrentamiento se vuelve inevitable; estamos tan cerca que casi chocamos.

Los disparos resuenan a mi alrededor. Un arma se dispara cerca de mi oído, dejándome por un momento sorda. Pateo en el pecho al miliciano que me apuntaba y, al apartarse, le disparo en la cara. Uno menos. De inmediato, disparo al que ataca a Alain. Dos fuera de combate. Los tiros de nuestros perseguidores se acercan. Henry gira, usando al soldado que sujetaba como escudo humano. Alain ayuda a Tom a deshacerse de otro hombre, y nos cubrimos con los cuerpos de los caídos. Cuatro fuera. El quinto yace en el suelo, desangrándose; no estoy segura de quién lo eliminó.

Corremos hasta otro corredor, soltando los cuerpos. Entramos en una sala enorme, donde el calor es sofocante. Estamos frente a las calderas, y Henry duda.

—¿Qué pasa, Henry? —pregunto, notando que no sabe qué hacer.

—No es por aquí —admite—. Tenemos que volver.

Lo sabía, Henry va a ciegas. Si no encontramos esa maldita salida pronto, terminaremos muertos.

—No podemos volver por donde vinimos —protesta Tom, señalando en esa dirección—. Es un suicidio.

—Tenemos que hacerlo —responde Henry sin esperar la aprobación de nadie. Comienza a correr y dispara mientras avanza.

Ya estamos jugados. Lo seguimos, disparando a lo loco. Los fogonazos iluminan la oscuridad, y el estruendo es ensordecedor. Siento que una bala me roza el brazo, pero sigo disparando sin detenerme. Nuestra actitud temeraria parece desconcertar al enemigo, que retrocede unos pasos. Henry sale enseguida por una puerta lateral, y lo seguimos. Apenas fueron dos metros los que retrocedimos hacia nuestros atacantes, pero pareció una eternidad.

Henry se detiene y asiente. Parece haber encontrado el camino de nuevo.

—Es por aquí —dice, señalando unas lavadoras industriales—. Ya casi llegamos.

—Por fin —exclama Alain—. He visto juegos de zombis menos intensos que esto.

Doblamos a la izquierda, pero los disparos de nuestros perseguidores nos alcanzan de nuevo. No hay forma de perderlos. No sé si saben hacia dónde vamos o si simplemente nos siguen, pero no podemos deshacernos de ellos.

Henry embiste una puerta a la derecha, abriéndola de golpe. Entramos los cuatro y el olor nos golpea de inmediato.

—¿Qué diablos es esto? —pregunto, tapándome la nariz.

Henry no responde de inmediato. Después de cerrar la puerta, se dirige a un armario metálico justo frente a la entrada.

—Ayúdame, Alain —pide, y Alain lo asiste. Entre los dos, vuelcan el armario, bloqueando la puerta.

Por fin logramos poner un freno, aunque sea temporal, a esta persecución implacable. Henry busca algo en el suelo.

—Hace unos días se tapó el sistema de cloacas —explica mientras busca—. Esta zona se inundó, y tuve que venir con dos compañeros a limpiar.

—¿De qué se inundó? —pregunta Alain con cara de asco.

—Creo que ya lo sabes —responde Henry, encogiéndose de hombros—. Lo siento, Ainara, esto va a ser un poco... sucio.

No digo nada. Los pasos apresurados de nuestros perseguidores se oyen cada vez más cerca.

—Aquí está —anuncia Henry, agachándose para levantar una tapa metálica cuadrada del suelo. Al hacerlo, el hedor se intensifica.

—¡Mierda! —exclama Tom, haciendo una mueca.

—Exactamente —responde Henry con tono seco.

—No me dijiste que sería así —protesta Tom.

—Puedes volver si quieres —le dice Henry, señalando con la cabeza la puerta que ya están tratando de forzar.

—Demonios —refunfuña Tom, y luego toma la iniciativa—. Me pagarás por esto, Henry.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho por mí y por mi hermano —responde Henry.

—Diablos —murmura Tom—. Ni siquiera puedo enfadarme contigo.

Tom camina hasta el agujero en el suelo y salta dentro.

—Mi turno —dice Alain, acercándose. Se tapa la nariz y salta.

La puerta comienza a ceder bajo el peso de los atacantes.

—Primero las damas —digo y me dispongo a saltar, pero Henry me detiene.

—Ten cuidado, Ainara —advierte—. Está muy resbaloso.

—Mierda —respondo y salto sin pensarlo dos veces.

DESCENSO

BASE secreta en el desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 10:40 p. m.

CAÍ EN UN LUGAR HEDIONDO. El olor era aún peor de lo que parecía desde afuera. No pude mantenerme en pie porque resbalé, pero las manos de Alain y Tom, también resbalosas, me agarran y me levantan. El sitio es lo bastante alto como para que podamos permanecer de pie, aunque es un gran tubo lleno de excrementos. No quiero ni pensar qué habrá pasado para que esto se tapara y desbordara.

Esperamos a que Henry baje para continuar, pero no lo hace, parece haberse apartado de la entrada.

—Henry —lo llamo, mirando el orificio sobre mi cabeza—. ¡Apúrate! ¿Qué haces ahí arriba?

—Ya voy —responde—, espera un instante.

En la penumbra del túnel, nos miramos sin entender qué está pasando. Alain observa hacia ambos lados, pero solo ve oscuridad.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta Alain.

En ese momento, Henry desciende con agilidad y cierra la portezuela sobre nosotros, dejándonos completamente a oscuras.

—¿Qué pasó? —le pregunto, pensando que tal vez intentó trabar la puerta o algo por el estilo—. ¿Tuviste algún problema?

Justo al terminar de hablar, Henry enciende una linterna, deslumbrándonos por un instante.

—Esto —dice, sacudiendo la linterna—. Sabía que había una cerca de cada acceso al desagüe, pero no la encontraba. Estaba en un estante, a unos metros. Esta es una cámara de inspección para revisar problemas. Más adelante el túnel se estrecha. Es por allí.

Señala con la linterna y empieza a caminar. Lo seguimos, tratando de mantener el equilibrio en el suelo resbaladizo. Prefiero no apoyarme en las paredes; cada vez que lo hago, mis manos terminan cubiertas de excremento. Esto es asqueroso. Me las limpio en la camiseta; no tengo otra opción. La oscuridad, al menos, oculta la magnitud de nuestra miseria.

Tal como Henry dijo, después de unos metros el tubo se hace más estrecho y está bloqueado por una reja.

—¿Sabías de esto? —pregunta Alain.

—No se preocupen —responde Henry, tirando de la puerta metálica, que cede con facilidad—. La reja estaba cerrada antes, pero la abrieron para desaguar la inundación. Estaba seguro de que no la habían vuelto a cerrar. ¿Quién querría hacerlo? Nadie imaginó que alguien usaría esta ruta tan pronto.

Me alegro de que su suposición fuera acertada. Sin herramientas para abrir una reja así, hubiéramos tenido serios problemas. Después de que Tom cierra la reja tras nosotros, seguimos avanzando encorvados. Ahora no tengo más remedio que apoyarme en las paredes.

—Hiciste bien en no decirme adónde íbamos —se queja Tom—. Me habría negado a seguirte. Creo que me estoy descomponiendo.

—Vomita tranquilo si quieres —responde Henry—. Nadie lo notará.

—Al menos ahora no nos persigue nadie —agrega Alain—. Prefiero la mierda a las balas.

Parece que Tom no está tan seguro. De vez en cuando, sentimos un líquido espeso correr bajo nuestros pies, y el chillido de las ratas nos acompaña. A ellas tampoco parece gustarles nuestra presencia.

—¿El túnel sigue siempre recto? —pregunta Alain—. ¿No hay bifurcaciones?

—Creo que no —contesta Henry—. Según lo que escuché de la gente de mantenimiento, este es el tramo final. Aquí se unen todos los desagües de la instalación. Por eso deberíamos llegar a la salida.

—Espero que no esté bloqueada —digo, preocupada.

—No lo creo —responde Henry—. Nadie quiere que se acumule la mierda. Tiene que estar abierto para que drene libremente.

—¿Y cómo fue que esto se tapó? —pregunta Tom.

—Hace unos días hubo un derrumbe más atrás —explica Henry mientras avanza con la linterna—. Parte del túnel colapsó y los escombros se atascaban donde el paso se estrecha por la reja. En pocos días, todo comenzó a flotar fuera del tubo.

—¿Crees que haya más entradas adelante? —pregunto con la preocupación de que nos esperen con armas en la salida.

—No puedo asegurarlo, Ainara —dice Henry—, pero creo que no. Estoy casi seguro de que la última cámara de inspección es la que ya pasamos, por eso tenía las rejas. De aquí en adelante, no debería haber más obstáculos.

—Escuchen —dice Tom de repente—. Me pareció oír algo. Nos detenemos para agudizar el oído.

—Yo también lo escucho —añade Alain—. Creo que hay gente en el túnel detrás de nosotros.

Entonces, oímos el rechinar de la reja que atravesamos hace un rato. Ya no hay dudas: nos han encontrado.

—Rápido —digo, comenzando a caminar más deprisa—. Tenemos que salir de aquí. Tardaron en descubrir dónde estábamos, pero ahora no podemos perder tiempo.

Empezamos a avanzar con más urgencia.

—¡Carajo! —exclama Alain al resbalar y caer. Lo ayudo a levantarse, y seguimos.

Por suerte, no hay desvíos. Solo debemos seguir recto. El problema es que nuestros perseguidores también lo saben, y los oigo cada vez más cerca. Noto que el túnel tiene una inclinación descendente más pronunciada. Es difícil mantener un ritmo constante porque resbalamos de manera continua. Entonces se me ocurre una idea.

—Déjame ir adelante, Henry —digo y él me deja pasar. Tomo la linterna, la sostengo bajo el brazo y me siento en el suelo grasiento.

—¿Se han deslizado por una cuesta empinada? —pregunto y nadie responde—. Piensen que están sobre un trineo, pero sin nieve.

Apoyando las manos en el suelo y las paredes, me impulso hacia adelante. Empiezo a deslizarme más rápido que al caminar. Cuando era niña, hacía esto en la nieve. Mi madre me regañaba por mojarme toda la ropa; lo que diría si me viera ahora. No miro atrás, pero imagino que los chicos me siguen. La inclinación se vuelve más pronunciada, y la velocidad aumenta.

De repente, la linterna se me cae y desaparece en la oscuridad. Voy a toda velocidad, sin control y sin ver nada. Solo me dejo llevar por la gravedad mientras caigo de espaldas en la porquería. Es asqueroso, pero estamos ganando distancia de nuestros perseguidores.

No sé cuánto tiempo seguiremos así. Es como un tobogán de agua sucia. Las ratas saltan sobre mí y trato de apartarlas como puedo. En ese momento, me doy cuenta de que no tengo idea de dónde termina este túnel.

¿Adónde sale? Henry no nos lo dijo. La inclinación es de unos cuarenta y cinco grados, y con la velocidad que llevamos, no podremos detenernos. Podríamos chocar contra cualquier cosa y acabar destrozados.

Mis dudas se resuelven pronto. De repente, dejo de sentir el túnel debajo de mí y me encuentro suspendida en el aire. Estoy cayendo al vacío.

EN EL RÍO A LA DERIVA

Río PEQUEÑO COLORADO, Arizona
Viernes, 5 de abril, 10:55 p. m.

EL GOLPE contra el agua me tomó por sorpresa. Apenas logré tomar aire por reflejo antes de hundirme en el río helado. Pataleé y braceé con fuerza, luchando contra la corriente que me arrastraba. Salí a la superficie, jadeando, y escuché un chapoteo cercano: alguien más había caído al agua, pero la corriente nos separó antes de que pudiéramos chocar. Miré a mi alrededor y vi a Alain y Tom luchando también por mantenerse a flote.

—¿Están todos bien? —grité, intentando mantener la cabeza fuera del agua.

—Sí —respondieron casi al unísono, aunque sus voces denotaban agotamiento.

Me sumergí un instante para intentar limpiarme el rostro y el cabello de la mugre del túnel, pero Henry tenía razón, no había tiempo para eso.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Henry desde la orilla con tono urgente—. No sé si nos seguirán por el túnel, pero conocen la salida y pueden llegar preparados desde otro lado.

—Vamos —respondí, nadando hacia la orilla.

Al llegar a tierra firme, aunque estaba oscuro, pude ver lo sucios que estábamos. La piel y la ropa parecían cubiertas por una capa espesa y pegajosa. El frío nos calaba hasta los huesos, pero no teníamos tiempo para lamentarnos. Alain miró nuestras condiciones con una mueca de disgusto.

—¿Y ahora qué? —preguntó, aún recuperando el aliento.

—Este es el río Pequeño Colorado —dijo Henry, señalando hacia el sur—. Si seguimos hacia el norte, llegaríamos a la autopista 89, cerca de Cameron. Pero nos tomaría al menos un día de caminata.

—¿Un día entero? —repitió Alain, claramente desanimado.

—Tal vez menos —dijo Henry— si es que encontramos el camino de Desert View. Pero atravesar el desierto en la oscuridad es peligroso. Podríamos perdernos.

—También somos presa fácil si seguimos por la orilla del río —añadí.

—Lo sé —asintió Henry—. Pero si seguimos el cauce hacia el sur, en algún punto el río se inclina hacia el este. Cuando eso pase, estaremos a menos de media hora del camino de Desert View. Solo debemos encontrar un paso para salir del cañón.

—Entonces, no hay tiempo que perder —dijo Tom, mirando nervioso a su alrededor—. Este lugar me da mala espina.

Nos pusimos en marcha, caminando junto a la orilla del río en dirección sur. El silencio de la noche solo era interrumpido por el correr del agua, pero al cabo de unos treinta minutos, un nuevo sonido nos paralizó: el inconfundible rugido de motores llenó el aire.

—¡Demonios! —exclamó Alain—. Son motos.

—¡Corramos! —gritó Tom.

—No hay dónde escondernos —dijo Henry.

—¡Esperen! —intervine—. El río es nuestra única opción. Si lo cruzamos, tal vez podamos despistarlos.

—Es arriesgado, pero tiene sentido —dijo Henry—. Vamos.

Nos lanzamos de nuevo al agua, donde la corriente era aún más fuerte de lo que parecía. Nos arrastraba hacia atrás y avanzar se volvió un esfuerzo titánico, pero lo logramos. Alain tuvo que ayudar a Tom, que estuvo a punto de ser llevado por la corriente, pero al

final todos alcanzamos la otra orilla. Justo a tiempo. Cuatro motocicletas pasaron rugiendo por la orilla opuesta, sin vernos.

Nos sumergimos lo suficiente para mantenernos ocultos bajo el agua, dejando solo los ojos fuera. Las motos siguieron su camino y, cuando el silencio volvió a reinar, salimos del agua, empapados y temblando de frío.

—No podemos encender un fuego —dijo Henry, notando mis brazos temblorosos—. Nos verían desde kilómetros de distancia.

—No importa —le respondí, frotándome los brazos para intentar calentarme—. Sigamos caminando.

Continuamos avanzando junto al río, pero el sonido de los motores volvió a aparecer. Esta vez, encontramos unas formaciones rocosas y nos escondimos rápido tras ellas. Las motos venían de ambos lados del río; estábamos atrapados.

—Ainara —susurró Alain, señalando hacia nuestra orilla—. ¡Mira allá!

Cuatro motocicletas avanzaban hacia nosotros. Estaban a punto de descubriarnos. No había tiempo para pensar. Justo cuando el último motociclista se retrasó un poco, me lancé de mi escondite y lo empujé con todas mis fuerzas. Cayó al suelo y la moto derrapó junto al río. Alain y Henry se abalanzaron sobre él, desarmándolo antes de que pudiera reaccionar. Un golpe rápido de Alain en la cara lo dejó inconsciente. Henry tomó su arma.

—Vamos —dijo Henry—. Alain, ven conmigo. Tom y Ainara, quédense aquí.

Henry y Alain se subieron a la moto y se alejaron sin más. Me quedé con Tom, arrastrando al miliciano inconsciente hacia las rocas. Mientras Henry y Alain desaparecían en la oscuridad, Tom suspiró.

—Se fueron y nos dejaron —dijo, encogiéndose de hombros.

—Volverán —le aseguré—. Mientras tanto, desvistamos a este tipo.

Le quitamos la ropa al miliciano y, al ver que estaba limpia y seca, no dudé en cambiarme. Le pasé a Tom la sudadera que había guardado.

—Gracias —dijo Tom, cambiándose aprisa.

Luego atamos al miliciano con lo que teníamos a mano y lo amordazamos. Escuchamos disparos a lo lejos, y nuestras miradas se cruzaron.

—No tiene sentido quedarnos aquí —le dije—. Sigamos avanzando.

Caminamos unos minutos hasta que vimos dos motos que se aproximaban. Nos escondimos, pero cuando se acercaron, reconocí las figuras de Henry y Alain. Salimos de nuestro escondite y les hicimos señas.

—Veo que ya están vestidos mejor —dijo Alain, sonriendo.

—Nos dejaron ropa limpia y seca —respondí, devolviéndole la sonrisa.

—Y trajimos refuerzos —añadió Henry, mostrando una ametralladora colgada al hombro—. Y otras dos motos. Hicimos una emboscada a dos milicianos.

Subimos a las motos y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que teníamos una oportunidad real. Motorizados y armados, estábamos listos para lo que viniera. Ahora solo quedaba reunirnos con el resto del equipo.

AL FILO DEL PELIGRO

RÍO PEQUEÑO COLORADO, desierto de Arizona
Viernes, 5 de abril, 11:50 p. m.

LLEGAMOS en un par de minutos a donde habían quedado las otras dos motos. Esta vez, los muchachos aprovecharon para cambiarse de ropa. Aunque seguíamos oliendo mal, al menos estábamos un poco más presentables. A los milicianos los dejamos en paños menores; los dos que seguían con vida quedaron atados y amordazados con nuestras remeras sucias, para que sintieran un poco de lo que tuvimos que pasar nosotros.

—Con las motos, iremos mucho más rápido —aclaró Henry mientras ajustaba su casco—, pero no podremos llegar al camino como teníamos pensado, porque está del otro lado del río. Deberemos continuar por aquí, siguiendo el curso del río hasta la 89. El camino da muchas vueltas, pero llegaremos seguros.

—No importa —dijo Tom, ya instalado en su motocicleta, con un suspiro de alivio—. Es mucho mejor que caminar todo el día.

—Tal vez lleguemos en unas cuatro horas, más o menos —continuó Henry, mirando hacia la dirección hacia la que nos dirigiríamos—. Es imposible calcularlo exactamente por los recovecos del cañón. De todos modos, no podemos ir más rápido porque el terreno no lo permite.

Me alegró escuchar eso; cada vez nos alejábamos más del peligro. Sin embargo, justo cuando estábamos por marcharnos, vimos que del lado opuesto del río volvían los motociclistas que habían pasado antes. Nos pusimos pronto los cascos para que no nos reconocieran. A esta distancia y con el río de por medio, era improbable que se dieran cuenta de quiénes éramos.

Los motociclistas se detuvieron y comenzaron a gritar:

—¡Nos pareció escuchar disparos! ¿Encontraron algo?

—No escuchamos ni encontramos nada —respondió Henry, elevando la voz para hacerse oír desde el otro lado—. Seguiremos un par de kilómetros más por las dudas.

—No creo que tenga sentido seguir buscando —nos explicaron desde enfrente—. Nosotros volveremos a la base. No pueden haber ido tan lejos. Quizás el río se los llevó hacia el norte.

—Puede ser —contestó Henry con tono de resignación—, pero no quiero una reprimenda por haber abandonado la búsqueda antes de tiempo. Nos vemos en la base.

Los motociclistas se marcharon, dejando el eco de sus motores en la noche tranquila.

—Si creen que nos ahogamos en el río —reflexionó Alain en voz alta—, eso nos daría una gran ventaja.

Él tenía razón. Tranquilamente podríamos haber quedado inconscientes o muertos al golpearnos contra alguna roca en la caída. Nuestros cuerpos habrían flotado hacia el lado contrario al que íbamos. Sin embargo, no podíamos confiar en que pensarán eso y debíamos apurarnos, porque en cuanto notaran que uno de los equipos no regresaba, comenzarían a sospechar.

Avanzamos durante una hora en la oscuridad, navegando ese difícil terreno. La ruta era complicada, llena de giros y obstáculos, y teníamos que mantener la concentración para no sufrir un accidente. Fue entonces cuando comenzamos a escuchar un ruido en la distancia. Miré hacia atrás y vi numerosas luces acercándose con rapidez.

—No puede ser —murmuré para mí misma, sintiendo el cansancio acumulado—. Esto parece no terminar nunca.

Al menos diez motocicletas se acercaban a toda velocidad. Sucedió como lo imaginé: al no regresar los grupos de búsqueda, debieron haber ido a investigar y encontraron a los hombres desnudos y amarrados. Los muchachos también se dieron cuenta de que nos seguían y aceleraron.

El camino estaba apenas iluminado por los faros de nuestras motos, pero aun así era difícil avanzar. Si íbamos muy cerca del agua, la arena pantanosa y las plantas que crecían en la orilla nos hacían patinar; si nos alejábamos, teníamos que esquivar rocas afiladas. Era como una carrera de obstáculos en las sombras. Aumentar la velocidad podía ser tan peligroso como enfrentarnos a las balas del enemigo. En cualquier momento podíamos tener un accidente.

Suponiendo que no fueran más hábiles que nosotros, tal vez podríamos mantener la distancia, pero no los perderíamos. Entonces escuché el primer disparo. En estas condiciones, difícilmente podrían acertar, pero nunca se sabe a dónde puede llegar una bala perdida.

Mientras el rugido de los motores y los disparos se intensificaban, pensé de nuevo en lo agotada que estaba. Quería terminar esto de una vez. Decidí que no podíamos esperar más, ya fueran los tiros o el terreno, algo nos terminaría derribando. Era el momento de actuar.

Henry iba delante de mí, mientras que Alain y Tom venían detrás. Aceleré a fondo para pasar a Henry y asegurarme de que viera lo que estaba por hacer. Me adelanté unos cuantos metros, aplicando el freno de golpe, y giré la moto, derrapando en la arena hasta quedar de frente a los demás. Apagué la moto y, con ella, la luz del faro.

Ahora yo podía ver a los perseguidores, pero ellos no a mí. Los muchachos me pasaron muy rápido por los lados, esquivándose como pudieron, y escuché que las motos de los milicianos se acercaban a toda velocidad. Saqué el arma que le había quitado a uno de los hombres capturados y apunté a los que venían hacia mí.

Los milicianos no se detuvieron, y cuando estuvieron a la distancia adecuada, comencé a disparar. Mi puntería era precisa si estaba bien firme, y las motos comenzaron a caer como si fueran

juguetes. Algunos motociclistas pasaron de largo antes de dejar sus vehículos, otros se clavaron en la arena. Una moto patinó, levantando una nube de polvo, y se detuvo justo antes de golpearme. Mis compañeros también disparaban, acertando a los que yo no alcanzaba.

En menos de un minuto, me encontré rodeada de motos y cuerpos desparramados, algunos apenas moviéndose. Era como si hubieran caído directo en una trampa; nunca tuvieron oportunidad.

Me quité el casco y bajé de la moto. Caminé hasta el hombre más cercano y le quité el arma. Era bueno tener más artillería; no sabíamos qué vendría después. El tipo estaba inconsciente, y no me molesté en verificar si seguía con vida.

Vi a otro que se sentaba junto a su moto, con una herida en la pierna. Agarró su arma y me apuntó, temblando. Yo caminé hacia él con mi arma dirigida hacia el suelo. Vi cómo miraba a mi alrededor y, con un gesto de desesperación, arrojó su pistola lejos. Miré a mis lados y noté que mis tres amigos estaban junto a mí, apuntándole.

—Eres inteligente, muchacho —le dije, acercándome un paso más—. Por eso vivirás otro día.

Mis compañeros bajaron sus armas y no perdieron tiempo; recogieron las pistolas del resto de los milicianos caídos. Me giré hacia el joven herido y le hablé con voz firme:

—Dile a Hoffman —le ordené— que iré por él.

Me di la vuelta y volví a mi moto. Lo que le dije al muchacho no fue más que una bravuconada. Veía muy difícil que pudiera volver a entrar en esa base, al menos no sin un ejército. Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Aún debíamos ponernos a salvo. Habíamos evitado la primera oleada, y acabado con la segunda, pero podría venir una tercera.

Si querían mantener esa base en secreto, tendrían que acabar con nosotros. Hasta ayer, nadie sabía de su existencia; ahora ya habían sido expuestos. Mientras estuviéramos vivos, todo su plan podía irse por el retrete. Bueno, no quería pensar tampoco en retretes...

¿AL FIN EL RESCATE?

CAMERON, Arizona

Sábado, 6 de abril, 3:10 a. m.

A MEDIDA QUE FUIMOS AVANZANDO, el camino se fue volviendo más complicado. Ya habíamos notado, después que cruzamos el río por primera vez, que el cauce se iba estrechando, de seguro porque el agua estaba muy baja para esta época del año. Conforme seguíamos, esto se fue acentuando. Había tan poca agua que el lecho del río se había convertido en un lodazal traicionero, lleno de vegetación espesa y raíces enredadas. Para evitar quedar atrapados en el fango, tuvimos que mantenernos bien pegados a las laderas del cañón, donde el terreno era más firme, aunque también más rocoso.

Henry iba adelante, marcando el ritmo y el camino, ya que era el que más experiencia tenía en moverse por el desierto. En un momento, se detuvo con brusquedad, obligándonos a frenar detrás de él. Se quitó el casco con un gesto lento y levantó la mirada hacia el frente.

—Miren allá adelante —dijo señalando al río, justo en dirección hacia donde nos dirigíamos.

Fruncí el ceño y traté de ver qué era lo que Henry había notado. ¿Ahora qué? Para esta altura, los milicianos quizás ya habrían

deducido que íbamos camino a Cameron, así que era muy posible que estuvieran esperándonos más adelante. Mientras nosotros habíamos avanzado a duras penas durante las últimas horas, ellos podían haberse desplazado mucho más rápido por la ruta, organizando un recibimiento.

—No veo nada —dijo Tom en un susurro frustrado.

—Son como las tres de la mañana —respondió Henry con tono paciente—. Esperen un poco más.

Nos quedamos los cuatro en silencio, concentrados en el horizonte oscuro que se extendía frente a nosotros. La noche parecía más cerrada de lo normal, y el frío comenzaba a calarse en los huesos. La espera se hizo eterna, hasta que por fin lo vimos: un destello de luz que cruzó un instante el río antes de desaparecer.

—Lo vi —dijo Alain con voz tensa—. Algo cruzó por allá.

—Bien —dijo Henry, asintiendo para sí mismo—. A mí me pareció ver lo mismo hace un momento. Por eso me detuve; quería asegurarme de que no estaba imaginando cosas.

—Vamos, Henry —lo apuró Alain, impaciente—. Habla de una vez, ¿qué es lo que vimos?

—Es el viejo puente de Cameron —explicó al fin Henry, señalando la estructura apenas visible en la penumbra—. Ya llegamos. Ahora tenemos que decidir qué hacer.

Miré hacia donde indicaba Henry y pude distinguir la silueta del puente, parcialmente iluminada por los faros de algunos vehículos que lo atravesaban.

—Es verdad —afirmé, sintiendo un nudo formarse en mi estómago—. Podrían estar esperándonos del otro lado.

—Entonces no deberíamos aparecer con las motos —opinó Alain, entrecerrando los ojos—. Nos verían de inmediato, y no tendríamos ninguna oportunidad.

—Debemos estar a unos cuatrocientos metros —dijo Henry, calculando la distancia con la mirada—. Podríamos dejar las motos aquí y seguir a pie. Pero luego, ¿qué?

—Si mal no recuerdo —intervino Tom, pensativo—, hay un restaurante de un lado del puente y del otro hay un lugar con

remolques. Tal vez podamos conseguir un teléfono allí y llamar a alguien.

—Perfecto —dije, tomando una decisión sin pérdida de tiempo—. Eso es lo que haremos. Necesitamos contactar con mi equipo cuanto antes.

Llevamos las motos lo más cerca del río posible y las dejamos allí, semienterradas en el lodo y cubiertas por la maleza crecida. Se mimetizaban bastante bien con el entorno, lo que las haría difíciles de detectar a simple vista. Luego, comenzamos a caminar en dirección al puente, manteniéndonos agachados para no llamar la atención.

En un momento, Alain señaló un sendero que serpenteaba hacia un costado. Parecía ser un antiguo camino de tierra, mejor que el suelo fangoso que habíamos dejado atrás. Lo seguimos en dirección al puente, y pronto pudimos ver con más claridad las luces de los coches que pasaban.

A unos cincuenta metros, distinguimos una camioneta estacionada con varios hombres alrededor. Nos detuvimos de inmediato y nos agachamos entre los arbustos.

—¿La reconoces? —me preguntó Alain en un susurro. Asentí con la cabeza, apretando los dientes.

—Es la camioneta de los matones que enfrentamos hace un par de días —respondí sin apartar la vista de ellos.

—Mira allá —dijo Henry, señalando la entrada al puente del otro lado del río.

Al dirigir la vista hacia donde indicaba, vi otra camioneta similar con más hombres armados. Nos estaban esperando, cubriendo ambos accesos.

—Esta gente no deja nada al azar —afirmé con un suspiro—. Nos esperan por ambos lados.

—¿Qué hacemos? —preguntó Henry, levantando su arma en alto, como pidiendo autorización para atacar.

Me tomé un momento para considerar las opciones. Podríamos intentar enfrentarlos, pero eso significaría dejar rastros de nuestro recorrido.

—Es mejor que no —dije al fin, bajando el tono de voz—. No quiero que sepan que estamos aquí. Sigamos con el plan original. Rodeemos hasta llegar a los remolques. Desde allí, yo me encargaré de hacer la llamada.

Los muchachos asintieron en silencio y retrocedimos con cuidado hasta quedar fuera del campo visual de los hombres. Luego, rodeamos por el campo abierto, avanzando entre los arbustos y las rocas que caracterizaban el terreno accidentado. La oscuridad nos cubría, pero también nos obligaba a movernos despacio para no tropezar.

Por último, llegamos a la autopista, a unos cien metros del inicio del puente. A través de una reja, pude ver los remolques y algunos vehículos estacionados.

—Esperen aquí —les dije, tomando la delantera—. Voy a intentar conseguir un teléfono.

Me deslicé con cuidado a lo largo de la reja, avanzando hacia el final de esta, donde el sitio estaba abierto. Podía escuchar voces a lo lejos. Me adentré en la zona de los remolques, caminando con confianza para no despertar sospechas. Al doblar una esquina, vi a tres hombres sentados frente a un fuego, con botellas de cerveza en sus manos. Cuando uno de ellos me vio, hizo un gesto para que los otros voltearan.

—Buenas noches, caballeros —saludé con voz serena—. Mi coche se averió en la autopista.

Uno de ellos se levantó de inmediato.

—¿Necesita que la remolquemos, señorita? —preguntó, caminando hacia mí con una expresión de preocupación.

—No, gracias —respondí, esbozando una sonrisa amable—. El problema es que mi móvil se quedó sin batería. Si alguno pudiera prestarme su teléfono por un momento, podría llamar a mi marido, que es mecánico. Él vendría a buscarme enseguida.

Quería dejar en claro que no necesitaba otra cosa, solo el teléfono. Parecían amables, pero nunca se sabe con quién se está tratando.

—Claro, por supuesto —dijo el hombre, sacando su móvil del bolsillo y desbloqueándolo antes de pasármelo.

—Muchas gracias —respondí, aceptando el teléfono y marcando muy rápido el número de emergencia de Andrew. El tono sonó varias veces antes de que él contestara con voz somnolienta.

—Hola —dijo Andrew. Su voz me transmitió un alivio inmediato.

—Hola, amor —le dije con naturalidad para que los hombres no sospecharan nada raro—. Tuve un problema con el coche. ¿Podrías venir a buscarme?

—Hola, cariño —respondió Andrew, captando al instante la situación—. Qué gusto escuchar tu voz. Dime, ¿dónde estás?

—Yo también me alegro de escucharte —respondí, sinceramente aliviada—. El coche se quedó trescientos metros al norte del viejo puente de Cameron.

—¿Cameron? —repitió Andrew, haciendo una pausa. En ese momento, escuché un ladrido fuerte al otro lado de la línea. Era Bob, mi fiel *rottweiler*.

—Sí —contesté, esperando que comprendiera la urgencia en mi tono.

—Perfecto —prosiguió Andrew con voz más firme—. Estoy muy cerca. En unos minutos estaré allí.

—Recuerda —insistí—, trescientos metros al norte del puente.

Me despedí sin más, devolviéndole el teléfono al hombre y agradeciéndole por su ayuda.

—¿Está todo bien, señorita? —preguntó uno de los tipos con cierta curiosidad.

—Sí, gracias. Mi marido llegará en unos minutos —dije, esbozando una sonrisa forzada. Luego regresé por donde había venido.

Cuando me reencontré con los muchachos, les conté que todo había salido bien.

—Andrew dijo que estaban cerca —les comenté—. No sé cómo es posible, pero lo dijo con total seguridad.

Nos pusimos en marcha, manteniéndonos a unos treinta metros de la carretera para no llamar la atención. De repente, vimos pasar una vieja camioneta a gran velocidad. La seguí con la mirada mientras desaceleraba y se desviaba hacia un costado de la autopista hasta detenerse.

—¿Es posible? —murmuré, incrédula.

—¿Qué cosa? —preguntó Alain, mirándome extrañado.

—Que hayan llegado tan rápido —apenas pronuncié esas palabras, comencé a correr hacia la camioneta.

Era una locura. Acababa de hablar por teléfono, ¿cómo podían haber llegado tan pronto? Sin embargo, seguí corriendo hacia el vehículo sin pensarlo dos veces.

A medida que me acercaba, vi que una figura oscura bajaba de la camioneta y comenzaba a correr hacia mí. La reconocí de inmediato. Era Peter. En cuestión de segundos, nos encontramos en un fuerte abrazo que no necesitó palabras. El alivio, la seguridad y el cariño se mezclaban en mi mente; me sentía en casa por primera vez en mucho tiempo.

Peter se apartó apenas lo suficiente como para mirarme a los ojos, tomando mi rostro entre sus manos.

—Ainara —dijo con una sonrisa y los ojos brillosos—. Hueles muy mal.

No pude evitar reírme, y por un momento, olvidé todos los peligros que aún nos acechaban. Estábamos juntos, y eso era lo que más importaba.

¿CÓMO ENTRAMOS?

CAMERON, Arizona

Sábado, 6 de abril, 4:10 a. m.

CUANDO ME APARTÉ DE PETER, le di un puñetazo ligero en el pecho, más como un gesto juguetón que de enojo, y luego lo volví a abrazar con fuerza. Sentí cómo él me envolvía con sus brazos, transmitiéndome esa sensación de seguridad que había añorado. De repente, noté que alguien más nos abrazaba a los dos. Era Alain, que se había unido al abrazo sin decir una palabra.

—Bueno, bueno —dijo Peter, separándose con una sonrisa burlona en el rostro—. Ya es suficiente de abrazos por ahora. Además, apestan, ¿de qué retrete salieron?

—Del retrete más grande y asqueroso que te puedas imaginar —contestó Alain, sacudiendo la cabeza con una mueca de disgusto—. Creo que llevo el aroma del infierno pegado a la piel.

Les presenté a Tom y Henry, nuestros nuevos compañeros, mientras subíamos a la camioneta. Peter tomó el volante y atravesamos el puente. Al pasar cerca de los matones que habían montado guardia, señalé discretamente en su dirección para que Peter los localizara, y todos nos agachamos de manera instintiva para no ser vistos. No podía permitirme el lujo de ser descubierta en el último momento, no cuando habíamos llegado tan lejos.

Una vez que dejamos el puente atrás, me incorporé en el asiento y comencé a pensar en cómo Peter había llegado tan rápido a nuestro rescate. No pude contener mi curiosidad y le pregunté.

—¿Cómo supiste que estábamos tan cerca? —inquirí, mirándolo con el ceño fruncido.

Peter me explicó que se habían estado turnando con Junior para patrullar la carretera, en caso de que apareciéramos en medio del desierto. Siempre había alguno de los dos dando vueltas, y además se habían instalado en Cameron para estar lo más cerca posible, listos para reaccionar ante cualquier señal de nuestra presencia.

—Nos preparamos para lo peor, Ainara —añadió Peter con una leve sonrisa—. No íbamos a dejar que anduvieras por ahí sola sin saber qué había pasado.

—Gracias, Peter —dije, sintiendo una gratitud genuina—. Es bueno tener a personas en las que uno puede confiar. A veces olvido lo valioso que es eso.

Las malas experiencias del pasado me habían llevado a confiar casi exclusivamente en mí misma. Había aprendido por las malas que no siempre se podía contar con otros, pero este tipo de respuesta me hacía replantear mis límites.

Llegamos al motel en cuestión de minutos, y allí nos esperaban Junior y Luna. Tom y Henry fueron directo a otra habitación para ducharse y cambiarse. El olor a lodo y desperdicios ya era demasiado, incluso para nosotros.

Alain y yo les contamos lo que había sucedido a Junior, Luna y Peter, detallando cada momento desde nuestra infiltración en la base secreta, el descubrimiento del cuerpo del senador en la morgue hasta el escape por el túnel de desagüe. La expresión en sus rostros mostraba una mezcla de asombro y preocupación.

—¿Y qué piensas hacer con estos muchachos? —preguntó Junior, con la voz grave, refiriéndose a Tom y Henry.

—Son de plena confianza —respondí con firmeza—. No solo nos ayudaron a escapar, sino que se arriesgaron a volver por nosotros cuando podrían haber seguido sin involucrarse. A Henry le mataron al hermano en la base, así que para él es algo muy personal. Además, hay un par de hombres más en la instalación que podrían

sernos útiles, pero no estoy segura de su compromiso. Prefiero no contar con ellos, al menos por ahora.

—¿Ayudarnos a qué? —intervino Peter con una mirada de incredulidad en el rostro—. ¿No estarás pensando en volver allí, verdad?

Hubo un momento de silencio en la habitación. Sentí todas las miradas fijas en mí, esperando mi respuesta. Tomé una bocanada de aire, tratando de ordenar mis pensamientos. Sabía que teníamos que detenerlos, pero no tenía claro cómo. Al fin, hablé, más para mí misma que para los demás.

—Aún no lo sé —dije, bajando la voz—. Lo único que tengo claro es que en pocos días el país se fracturará en dos, y somos los únicos que lo sabemos.

—Sí, somos los únicos que lo sabemos —repitió Junior con un tono de escepticismo—. Pero ¿realmente crees que nosotros solos podemos hacer algo al respecto? Tal vez sea mejor dar a conocer lo que sabemos, hacer pública la información.

—Con nosotros eso no funcionaría. Pero contigo sí, ¿verdad? —respondí, clavando mis ojos en Tom Reed—.

El silencio que siguió fue incómodo, a Tom se le veía un poco cabizbajo y pensativo. Luna rompió el silencio, hablando por primera vez desde que habíamos comenzado la reunión.

—En principio, necesitamos a la caballería —dijo con su típica calma calculadora—. Freddy es el único que puede proporcionarnos el respaldo necesario para una misión de esta magnitud. Nos estamos enfrentando a un ejército, y no podremos hacerlo solos.

—De acuerdo —dijo Junior, asintiendo con la cabeza—. Pero entrar a los tiros no es una opción. Nos eliminarían antes de llegar a la puerta. Necesitamos un enfoque más sigiloso, un plan que nos permita entrar y salir sin levantar sospechas.

—Esperen, esperen —interrumpió Peter, levantando las manos en un gesto de incredulidad—. ¿En serio estamos hablando de volver allí? ¿Para qué? ¿Con qué objetivo?

Las preguntas de Peter cayeron sobre la sala como un balde de agua fría. Era cierto, aún no habíamos definido qué haríamos si volvíamos. Sabía que teníamos que impedir que llevaran a cabo sus

planes, pero no tenía la menor idea de cómo. Fue entonces cuando me vino una idea drástica, pero efectiva, a la mente.

—Lo único que se me ocurre —dije en voz alta, casi sin pensarlo— es hacer estallar el lugar.

Luna dejó escapar una leve risa, como si mi propuesta le pareciera tan desesperada como ingeniosa.

—Es una opción válida —dijo con una sonrisa en los labios—. Pero hay un pequeño inconveniente: tendríamos que salir antes de que todo volara en pedazos. Ya demostraste que entrar no es tan difícil, pero salir... eso es otra cosa. Ahora estarán mucho más atentos. Debemos exponerlos de alguna manera.

—Algo que les arruine los planes sin volarnos nosotros también —agregó Alain, cruzando los brazos con expresión pensativa.

—El problema es que ni siquiera conocemos todos sus planes —protestó Peter con voz tensa—. Quieren iniciar una guerra de secesión sin ninguna excusa válida. O están completamente locos, o hay algo más que no estamos viendo.

—Tal vez... —Luna giró en su silla y comenzó a buscar algo en su ordenador, tecleando con rapidez—. Es hora de que sepas quién está en verdad detrás de todo esto, Ainara.

La miré, sintiendo un nudo de ansiedad en el estómago.

—¿Ya lo saben? —pregunté casi con incredulidad.

—Por supuesto —respondió Luna, volviendo la pantalla hacia mí—. No nos hemos quedado de brazos cruzados mientras estabas fuera.

En la pantalla apareció la imagen congelada de un hombre. Lo reconocí, aunque de forma vaga. Algo en su rostro me era familiar, pero no lograba ubicarlo.

—Este es Alexander Romay —explicó Luna, observando mi expresión mientras hablaba—. El magnate de los medios, dueño de medio Flagstaff y con la suficiente influencia para hacer que toda la región mire hacia otro lado. Era el principal enemigo del senador, y estamos seguros de que trabaja para el Anillo. «El Camaleón» es quien lo apadrina. Mira esto.

Puso un video de una entrevista en la pantalla. Romay hablaba con voz firme y gesticulaba con la seguridad de un orador experto.

—Este Gobierno comunista —decía Romay con tono de desprecio— quiere destruir el sueño americano, sometiendo al país y limitando las libertades. He recibido informes de que están probando armas biológicas en ciudadanos inocentes. Incluso hay rumores de que planean usar estas armas en alguna ciudad del sur. Los estados patriotas no se quedarán de brazos cruzados si eso ocurre.

Luna detuvo el video. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—Armas biológicas —murmuré, recordando las llagas en los cuerpos que vimos en la morgue—. Esa será su excusa. Atacarán una ciudad del sur con el virus que crearon y culparán al Gobierno nacional. Provocarán una rebelión.

—Ahora sí conocemos sus planes —dijo Alain con una mirada de determinación—. Si destruimos el virus, tal vez podamos evitar el desastre.

—No lo sé —dijo Luna con cautela—. Pero al menos ganaremos tiempo para que Freddy mueva al FBI.

Peter se levantó de su silla y comenzó a caminar en círculos, claramente agitado. Lo miramos, esperando su reacción. Al fin, se detuvo frente a mí, con los ojos brillando de rabia contenida.

—Hay algo que no les conté —dije, sintiendo que el momento había llegado—. Mientras estábamos en la base, nos atraparon e interrogaron. Fue Marcus Hoffman quien dirigió todo.

La expresión de Peter cambió de forma drástica. Se puso rígido, y un destello de furia cruzó su rostro.

—¿Marcus Hoffman? —repitió casi sin aliento—. ¿El mismo que...?

—Sí, el mismo —respondí con voz firme—. Admitió ser responsable de lo que te ocurrió y desde entonces ha trabajado para el Anillo.

Peter cerró los puños, y por un momento pensé que iba a golpear algo. Pero se controló y me miró directo a los ojos.

—Bien, Ainara —dijo con un tono decidido—. ¿Cómo entramos?

El silencio que siguió fue diferente. Ya no era de duda, sino de resolución. Sabíamos que, de un modo u otro, tendríamos que volver a la base. Esta vez, no sería para escapar. Esta vez, íbamos a terminar con todo.

YA SABEMOS QUÉ HACER

CAMERON, Arizona

Sábado, 6 de abril, 5:20 a. m.

DESPUÉS DE LA pregunta de Peter, me quedé en blanco. No tenía una respuesta clara, ni siquiera una idea vaga de cómo entrar en la base otra vez. Decidí que lo mejor era darme una ducha para despejar la mente y quitarme el olor insoportable que aún cargaba. Alain también se dirigió al baño, y unos minutos después, nos reunimos con los demás. Tom y Henry ya estaban allí, esperando con la misma expectación.

Nos preparamos para una teleconferencia con Andrew y Freddy, con el objetivo de ponerlos al tanto de la situación y presentarles a nuestros nuevos compañeros. Luna conectó el ordenador y en pocos segundos aparecieron las imágenes de Andrew y Freddy en la pantalla. Freddy estaba en su oficina, con la típica camisa blanca arremangada, luciendo más cansado de lo habitual.

—Escúchenme bien —comenzó Freddy, directo al grano—. Si allí hay un ejército, ustedes solos no tienen ninguna posibilidad. Es suicida. Necesitamos movilizar a los federales hacia la base, pero para hacerlo necesitamos pruebas, algo concreto que nos permita justificar la operación.

—¿Qué tal el cadáver de la morgue? —preguntó Luna con la mirada fija en la pantalla—. ¿Ha servido de algo?

—Sí, algo ha logrado —respondió Freddy—. La oficina regional envió a unos agentes a investigar, y por fortuna el cuerpo aún no había sido eliminado. Lo requisaron y están cotejando su identidad. Hoy mismo deberían confirmar que se trata de Hugo Matheson, asistente del senador. Eso pondrá una alerta, pero aún no hay manera de conectarlo con la base secreta.

—¿Y si usamos esto? —intervino Andrew mientras enviaba un archivo que apareció en la pantalla de Luna. Eran imágenes satelitales del área alrededor de la base—. Miren estas tomas. La cerca perimetral no debería estar allí, y mucho menos las barracas con camiones militares. Además, esos portones camuflados en la ladera de la montaña sugieren que hay mucho más oculto.

—¿Cómo conseguiste esas imágenes? —preguntó Junior, arqueando una ceja.

—La NASA tiene una seguridad digital bastante laxa —respondió Andrew con una sonrisa de autosuficiencia—. Quizás debería ofrecerles mis servicios como consultor para reforzarla.

Freddy asintió mientras examinaba las imágenes.

—Esto también puede ser útil. La conexión entre el asistente del senador y estas instalaciones secretas es lo que necesitamos para llamar la atención del FBI. Sin embargo, aún hay un problema: la política. Sabemos que hay gente poderosa detrás de todo esto, y que hará lo posible para impedir nuestra intervención. Si lográramos conseguir el apoyo de algún político influyente, tendríamos más posibilidades.

—La esposa del senador —dijo Junior de inmediato, como si la respuesta hubiera estado esperándole desde el principio—. Debo llamarla para darle la noticia de la muerte de su esposo. No será fácil, pero si le explicamos la gravedad de la situación y que su cuerpo corre peligro de ser eliminado, moverá cielo y tierra para actuar.

—¿Qué opinas, Freddy? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Que Junior le pase mi número —respondió Freddy con un brillo de determinación en los ojos—. Si puedo hablar con ella y conseguir su respaldo, tendré la justificación perfecta para actuar. Todo encajará.

—¿No se supone que deberías pedir permiso a tu jefe antes de involucrarte en algo tan grande? —le pregunté con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Freddy esbozó una sonrisa.

—No te preocupes, Ainara. El jefe Smith estará en Washington por unos días, así que yo estoy a cargo de la oficina de Nueva York. No hay nadie que me frene.

La noticia me dio un respiro. Sin Smith supervisándolo, Freddy tendría margen de maniobra. Me acerqué para observar mejor las imágenes que Andrew había enviado. Había algo en ellas que me llamaba la atención.

—Esos portones —dije, señalando la pantalla—. Este de aquí es por donde entramos la última vez, pero el otro...

—Ese otro es la salida para aviones y helicópteros —explicó Henry—. Es enorme y está bien protegido. No hay puertas pequeñas ni entradas secundarias desde las que se pueda acceder. Es imposible abrir ese portón desde afuera.

—Esperen un momento —interrumpió Andrew—. Encontré algo más.

Nos envió otra imagen, más detallada, que mostraba tres cavidades en la ladera de la montaña.

—¿Qué es esto? —pregunté, acercándome un poco más a la pantalla.

—No estoy seguro —respondió Andrew—. Pero esas tres cavidades son demasiado simétricas para ser naturales. Deben de haber sido creadas por el hombre.

Henry se frotó el mentón, pensativo.

—Creo que sé lo que es —dijo al fin—. Nunca he visto esas cavidades desde afuera, pero en un extremo de la instalación hay tres lanzamisiles. Es posible que esos huecos sean los silos de lanzamiento.

—¿Crees que podríamos entrar por ahí? —pregunté, sintiendo que tal vez teníamos una oportunidad.

—Es posible —respondió Henry con cautela—. Una vez estuve en esa área, y recuerdo que no había mucha seguridad. Supongo que creen que es tan inaccesible desde el exterior que nadie intentaría entrar por allí.

—La palabra «inaccesible» es la que me preocupa —dijo Alain, frunciendo el ceño—. Desde aquí, parece una locura intentarlo.

Peter se acercó a la pantalla, examinando con atención las imágenes satelitales. Por un momento, temí que volviera a mostrarse negativo, como había hecho en toda la misión. Pero su expresión cambió.

—Miren esto —dijo, señalando la parte superior de la imagen—. Esos huecos están muy cerca de la cima de la montaña. No podríamos escalar hasta allí desde la base, pero tal vez podamos descolgarnos desde la cima.

—El problema es cómo llegar a esa cima —intervino Tom, que había estado escuchando en silencio—. Después de nuestra huida, el perímetro de la instalación debe estar más vigilado que nunca. No podemos sortear la cerca sin que nos detecten.

—Si no podemos subir por el cañón ni trepar por la ladera opuesta —dijo Junior con voz resignada—, no veo cómo podríamos acercarnos lo suficiente.

Luna, que había estado en silencio, dejó escapar un leve suspiro y habló con calma.

—Quizás no tengamos que subir —dijo mientras todos la mirábamos sin comprender—. Tal vez debamos bajar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sintiendo que mis nervios se tensaban.

Luna sonrió y acercó la imagen en su ordenador, haciendo zum hasta que las montañas circundantes quedaron claramente visibles.

—Miren esta cúspide —dijo, señalando una de las montañas cercanas—. Está fuera de la cerca, y lo interesante es que es unos cincuenta metros más alta que la cima que queremos alcanzar.

Nos mostró entonces una vista en Google Earth, con las altitudes indicadas.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Peter con evidente curiosidad.

—Aquí, en Arizona, está prohibido el parapente en algunas zonas —explicó Luna—. Pero en Phoenix hay centros donde se puede practicar. Si conseguimos los equipos, podríamos descender desde esta cima hasta la entrada de los silos. Solo necesitaríamos parapentes y un poco de coraje.

—Nunca he hecho parapente —confesé, sintiéndome un poco fuera de mi elemento.

—Yo sí —dijo Luna con una sonrisa confiada—. Puedo enseñarles lo básico. Además, hay parapentes biplaza, así que nadie tendrá que ir solo.

—No es lo mismo que un paracaídas —dijo Henry, mirando a Luna—. Pero me he lanzado desde aviones más de una vez. Estoy seguro de que podré manejarlo.

—Yo lo intenté una vez —dijo Alain, rascándose la cabeza—. No me entusiasmó mucho, pero sé cómo funciona.

—Entonces, está decidido —dije con determinación—. Andrew, ¿puedes encargarte de conseguir el equipo?

—Por supuesto, Ainara —respondió Andrew—. Ya estoy haciendo algunas llamadas. Con el dinero suficiente, podrán tener los parapentes en Cameron esta misma tarde.

Me volví hacia Tom, sabiendo que su participación había sido crucial hasta ahora, pero que no podía pedirle más.

—Tom —le dije con voz firme pero comprensiva—. Ya has hecho más que suficiente. No tienes obligación de seguirnos en esto. Si decides no venir, no te culparé en lo más mínimo.

Tom me miró con expresión desafiante, colocando las manos en la cintura.

—Mira, Ainara —respondió—. No he sobrevivido a tiroteos y chapoteado en mierda para quedarme fuera ahora. Iré con ustedes, grabaré todo y, con suerte, me ganaré un maldito Pulitzer.

—Entonces, ya sabemos qué hacer —dije, mirando a cada uno de los presentes. Los rostros de mis compañeros reflejaban una mezcla de nerviosismo y determinación. Sabíamos que no sería fácil, pero

habíamos llegado demasiado lejos como para echarse atrás ahora—.
¿Alguna objeción?

El silencio que siguió fue la mejor respuesta que pude esperar.
Todos estábamos listos.

JUGARSE EL TODO POR EL TODO

CAMERON, Arizona

Sábado, 6 de abril, 12:30 p. m.

NADIE OBJETÓ nada al nuevo plan. Era riesgoso y complicado, pero no teníamos más opciones si queríamos detener la inminente catástrofe. Así que hicimos lo único que podíamos hacer en ese momento: echarnos a dormir y recuperar fuerzas. Ya eran las seis de la mañana, y el día que teníamos por delante sería largo y agotador. Mi cuerpo todavía estaba lleno de adrenalina, así que acepté la pastilla para dormir que me ofreció Junior, una de las que él solía usar en momentos de estrés. Decidí tomar solo media, pero fue suficiente para que durmiera como un bebé.

Cuando desperté, el reloj marcaba las diez y media. Habían sido cinco horas de descanso profundo, pero me sentía más fresca y alerta. Sabía que no podía seguir en la cama, tenía que enterarme de cómo iban los preparativos para la operación. No podíamos permitirnos ningún retraso.

En cuanto salí de la habitación, encontré a Luna y Junior revisando algunos documentos y mapas. Andrew seguía trabajando en la logística para conseguir el equipo de parapentes. Todavía no estaba todo cerrado, y el tiempo corría en nuestra contra. Necesitábamos que el equipo estuviera en Cameron para las seis de

la tarde, lo que significaba que Andrew debía resolverlo antes del mediodía, ya que el traslado podría demorar más de tres horas.

Mientras tanto, Junior me puso al tanto de las novedades con Freddy. A pesar de que apenas durmió, se había levantado temprano para llamar a la esposa del senador y darle la dolorosa noticia de la muerte de su esposo. El dolor se había transformado rápidamente en furia, y la viuda no dudó en contactar en persona a Freddy para brindarle todo su apoyo. Prometió que movería cielo y tierra para que el cuerpo de su esposo no desapareciera en el olvido.

Justo cuando estaba terminando de desayunar con una hamburguesa que Peter trajo de la tienda cercana, sonó el teléfono. Era Andrew.

—Tengo buenas noticias —anunció su voz al otro lado de la línea—. Conseguí todo lo que pidieron. Me demoré un poco porque no es fácil encontrar parapentes negros en el mercado. La mayoría son de colores brillantes, pero pensé que para un vuelo nocturno lo mejor era algo más discreto.

Sonreí, agradecida por su atención al detalle. No había pensado en la importancia del color del parapente, pero Andrew sí.

—Buen trabajo, Andrew —le respondí mientras daba un mordisco a la hamburguesa—. Estoy impresionada. ¿Cuándo llegará el equipo?

—El camión está programado para llegar a Cameron a eso de las seis de la tarde —contestó—. Renté un vehículo sin mucha burocracia, así que nadie se enterará de lo que estamos haciendo.

Después de colgar, me giré hacia Peter, que estaba sentado a mi lado, observándome con una expresión pensativa.

—Quiero que te asegures de que ese camión llegue aquí sin problemas —le pedí—. Me preocupa que la policía pueda estar haciendo revisiones aleatorias en la carretera. Pregúntale a Andrew cuál es la ruta exacta y las características del vehículo. Me sentiría más tranquila si tú lo escoltaras hasta aquí.

—Entendido —respondió Peter con un gesto afirmativo mientras sacaba su teléfono para comunicarse con Andrew.

Con eso, los planes seguían en marcha. El tiempo avanzaba lento, como si el día se alargara infinitamente. Sabíamos que teníamos que mantenernos ocultos hasta que llegara el momento de

la acción. Solo esperaba que Luna en verdad pudiera enseñarnos a manejar esos parapentes, y que nuestro aterrizaje en la base fuera tan suave como ella prometía.

OFICINAS DEL FBI, Nueva York
Sábado, 6 de abril, 1:20 p. m.

EN SU OFICINA, Freddy sostenía el teléfono con una mano mientras tomaba notas con la otra. Al otro lado de la línea estaba Ron Blackwood, el jefe de las oficinas del FBI en Phoenix. La conversación no estaba yendo como Freddy había esperado.

—Lo que me estás pidiendo, Freddy, es demasiado —dijo Blackwood con un tono que sugería más preocupación que incredulidad—. Escucha, tienes razón sobre el cuerpo de Matheson. Ya confirmamos que sus huellas coinciden y que el cuerpo es el suyo, pero eso no es suficiente para justificar una redada a gran escala. Tampoco tenemos pruebas concretas de que el cuerpo del senador esté en esa zona paramilitar.

Freddy apoyó los codos sobre el escritorio y exhaló con frustración.

—Ron, mira las imágenes satelitales que te envié. No es solo un campamento cualquiera, es una instalación militar oculta en medio de la nada. Hay algo ahí que no debería estar.

—Eso puede ser —lo interrumpió Ron—, pero las fotos podrían ser falsas, y no es suficiente para movilizar un equipo entero. Incluso con las imágenes certificadas por la NASA, lo máximo que puedo hacer es enviar a un par de agentes para investigar. No puedo justificar más que eso.

Freddy sabía que su colega tenía razón. Movilizar al FBI sin pruebas contundentes era prácticamente imposible. Pero se dio cuenta de que no necesitaba pruebas si lograba conseguir una orden superior. Si podía obtener el respaldo de alguna autoridad política, la operación sería factible.

—De acuerdo, Ron —dijo Freddy, tratando de mantener la calma—. Solo te pido que prepares a tu equipo para una posible incursión. Piensa en ello como un ejercicio de respuesta rápida. Yo me encargaré de conseguir la orden necesaria para que puedas actuar.

Hubo un silencio del otro lado de la línea antes de que Ron respondiera con resignación.

—Está bien. Lo plantearé como un simulacro para evaluar la capacidad de respuesta de la oficina. Pero te advierto, Freddy, dudo mucho que consigas esa orden.

Freddy colgó el teléfono con la mente trabajando a toda velocidad. Necesitaba apoyo político y solo se le ocurrió una persona que podría conseguirlo: la viuda del senador.

Marcó rápido su número y esperó a que contestara.

—Señora Mancera —dijo en cuanto escuchó su voz—. Ya he hablado con el FBI en Phoenix. Están listos para actuar, pero necesitamos la autorización de una autoridad política. ¿Cree que podría ayudarnos a conseguir esa orden?

La mujer suspiró al otro lado de la línea. Su voz era firme, aunque se notaba la tristeza latente.

—Mi esposo era muy cercano al gobernador de Arizona —dijo—. Y conozco bien a su esposa Sara. Si lo que me dijeron ustedes y Junior es cierto, el gobernador estará en peligro si no hacemos algo. Estoy segura de que estará dispuesto a emitir la orden para proteger a sus ciudadanos... y a sí mismo. Le haré llegar su mensaje. Pero debo advertirle, señor Tanaka, si no encuentran nada allí, su carrera estará en juego. ¿Está dispuesto a arriesgar tanto?

—Puede mencionar mi nombre sin problema, señora —respondió Freddy con la voz llena de determinación—. No van a poder ocultar una instalación militar de esa magnitud. Confío en que encontraremos lo que estamos buscando.

—Muy bien —respondió la señora Mancera—. Prepárese, agente. Pronto recibirá una llamada del gobernador.

Freddy sabía que estaba jugando al límite. Si las cosas salían mal, podría costarle su carrera entera. Sin embargo, la vida de Ainara y el destino del país estaban en juego. No podía permitirse

dudar en un momento tan crítico. Era hora de jugárselo todo por el todo.

SE ACERCA LA HORA

FLAGSTAFF, Arizona

Sábado, 6 de abril, 5:45 p. m.

EL SOL ya se estaba ocultando cuando Peter condujo su camioneta hacia Flagstaff. El viento agitaba las ramas secas de los arbustos al borde del camino, y una tensión latente se apoderaba del ambiente. Sabía que los milicianos, aunque aún no estaban al tanto de la ubicación exacta del grupo de Ainara, no tardarían en comenzar a buscar en todas las salidas de la ciudad. No podían permitirse ser descubiertos ahora.

Condujo en dirección al acceso sur, donde, según sus cálculos, el camión que transportaba los parapentes llegaría en cualquier momento. Al acercarse al cruce de la carretera Milton, Peter divisó un control policial: varias patrullas revisaban vehículos detenidamente. La adrenalina se disparó en su cuerpo, y se desvió de forma brusca hacia un camino lateral, buscando un sitio discreto desde el cual observar la situación.

Aparcó la camioneta detrás de unos matorrales secos y salió, agachado, para ver mejor. Allí estaba, a unos cien metros, el puesto de control. Los agentes detenían los coches, observaban a los conductores con minuciosidad, y de modo ocasional revisaban el interior de los vehículos. «Maldita sea, están trabajando para los

milicianos», pensó Peter. No había otra explicación: esos policías estaban buscando a Ainara y su equipo. Sin duda, los rebeldes habrían proporcionado las descripciones necesarias.

Peter apretó los dientes mientras buscaba rápidamente en el GPS una ruta alternativa. Encontró un camino que bordeaba la ciudad, evitando los controles. Sacó su teléfono y llamó al conductor del camión.

—Hola, soy Peter. Estoy aquí para recibir el equipo —dijo tan pronto el hombre contestó.

—Sí, justo estoy llegando a Flagstaff. Unos minutos más y estaré en Milton —respondió el conductor.

—Cambio de planes —dijo Peter con firmeza—. Hay un control policial revisando vehículos en la entrada de Milton. Necesito que rodees la ciudad. Toma el desvío a Purple Heart, sigue por Country Club Drive hasta la 89 y luego continúa hacia Cameron. No te detengas, pase lo que pase.

El conductor dudó un segundo, pero luego accedió.

—Entendido, Peter. Tomaré el desvío ahora mismo.

Peter suspiró aliviado y se subió de nuevo a la camioneta. Mantuvo su distancia mientras seguía el nuevo recorrido del camión, vigilando cada cruce y carretera. Cuando lo alcanzó, a unos kilómetros del desvío, aceleró para colocarse detrás y escoltarlo hasta Cameron. Durante el trayecto, mantuvo los ojos bien abiertos, listo para cualquier imprevisto.

Una hora después, ambos vehículos llegaron al punto de encuentro. Junior salió a recibirlos con gesto apremiante. El camión se detuvo y, en cuanto se abrieron las puertas traseras, tanto Peter como Junior se acercaron para ver el equipo.

Al ver solo seis mochilas, el desconcierto fue evidente en sus rostros.

—¿Esto es todo? —preguntó Junior con incredulidad, mirando al conductor.

—Sí, amigo. Esto es lo que me dieron para ustedes —dijo el hombre, encogiéndose de hombros—. Tres equipos completos con parapentes y dos sillas de pasajeros cada uno. Así de simple.

CAMERON, Arizona

Sábado, 6 de abril, 7:15 p. m.

LUNA NOS REUNIÓ a todos para explicar el funcionamiento del equipo. Su tono era claro y seguro, pero no pude evitar notar cierta tensión en sus gestos. A medida que detallaba cómo se debía maniobrar el parapente, no dejaba de ajustar las correas y revisar el equipo una y otra vez, como si quisiera convencerse de que todo estaba en perfecto estado.

—El parapente es ligero —explicó, señalando las mochilas que estaban en el suelo—. Estos modelos están diseñados para maniobras rápidas y descensos controlados. Recuerden que lo importante es mantener la dirección hacia el objetivo y, si se sienten desestabilizados, no forzar las cuerdas. Déjense llevar con el viento.

—Creía que los equipos serían más grandes —comentó Junior, mirando las mochilas con el ceño fruncido.

—Los ala delta son más voluminosos —respondió Luna con paciencia—. Nosotros no volaremos grandes distancias, solo debemos descender con precisión. El parapente se desplegará en segundos, y ahí es cuando comienza la verdadera maniobra. Una vez que estén en el aire, confíen en sus pilotos.

Mientras ella hablaba, yo observaba las miradas de Alain y Henry. Sabía que ambos tenían experiencia previa en actividades de riesgo, pero pilotar un parapente en una operación clandestina era algo completamente diferente. La incertidumbre colgaba en el aire como una nube pesada. Al final, acordamos dividirnos en tres equipos: Luna y yo en el primer parapente, Peter con Alain en el segundo, y Tom con Henry en el tercero. Junior se quedaría en tierra como apoyo logístico.

—¿Tenemos noticias de Freddy? —le pregunté a Junior, esperando que la ayuda del FBI llegara pronto.

—Nada, Ainara —respondió, sacudiendo la cabeza con frustración—. No responde. Parece que ha desaparecido del mapa.

—Maldita sea —exclamó Peter, golpeando el puño contra la palma—. Si no conseguimos esa ayuda, estaremos atrapados allí dentro.

—No podemos seguir esperando —dijo con firmeza—. Hay que actuar ya. Se acerca la hora.

ESTO SE ACABÓ

DESIERTO, Arizona

Sábado, 6 de abril, 8:45 p. m.

EL MOTOR de la vieja camioneta rugía con fuerza mientras ascendíamos por el terreno accidentado. Las piedras y el polvo se levantaban bajo las ruedas, y el vehículo se sacudía como si fuera a romperse en pedazos. Junior, al volante, se esforzaba por mantener el control en aquel camino lleno de obstáculos, mientras que nosotros, en la parte trasera, nos sujetábamos con fuerza para no salir disparados. A través de la ventanilla, el paisaje del desierto se extendía bajo la luz menguante, transformando el terreno en un mar de sombras que se movían al compás del viento.

Al fin, llegamos a un punto donde la camioneta no podía avanzar más. Estábamos al pie de la montaña, pero el resto del camino deberíamos hacerlo a pie. Tomamos las mochilas con los equipos y comenzamos a subir. La pendiente era empinada, y cada paso se sentía como un pequeño triunfo contra la gravedad y el cansancio acumulado. Cuando alcanzamos la cima, el aire frío del desierto nos golpeó el rostro, pero lo más impactante fue la vista: el acantilado se abría ante nosotros como un abismo insondable, y al otro lado, el objetivo, apenas visible en la oscuridad.

—Parece que está más lejos de lo que pensábamos —afirmó Peter con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—No se preocupen —replicó Luna, ajustando una de las correas del parapente—. Hice los cálculos. Solo necesitamos mantenernos en línea recta y corregir el viento cuando sea necesario.

Trabajamos juntos para preparar los parapentes. Extendimos las telas y nos aseguramos de que las correas estuvieran firmemente sujetas. Cada detalle importaba, y Luna no dejaba de verificar cada nudo, cada hebilla. El viento soplaba con fuerza, levantando la arena y haciendo que nuestras mochilas crujieran al rozarse unas con otras.

Cuando Henry y Tom se dispusieron a saltar, Luna los miró con severidad.

—Mantengan las piernas separadas al correr —les indicó—. No tropiecen el uno con el otro, o acabarán rodando montaña abajo.

Con un último empujón, ambos se lanzaron al vacío. El parapente se desplegó con un chasquido, elevándolos en el aire. Los vimos planear hacia su destino. Cuando aterrizaron, se levantaron rápido y nos hicieron señas.

Ahora nos tocaba a nosotras. A medida que Luna me ajustaba las correas, mis pensamientos se mezclaban con el sonido del viento y el latido acelerado de mi corazón. Sentía la inmensidad del desierto extendiéndose a mis pies y las estrellas que brillaban en lo alto, testigos mudos de nuestra misión.

—Vamos —dice Luna, hablándome al oído. Ya se ha acomodado ella también, y comenzamos a caminar. Cada paso se siente difícil, con su cuerpo tan pegado al mío. No parecía tan complicado cuando lo hicieron los muchachos; ellos lo hicieron ver fácil, como si fuera un simple paseo por la montaña.

—Más rápido —me apremia, acelerando el paso.

Siento el tirón del parapente desplegándose detrás de nosotras. Al principio, nos cuesta avanzar con el viento en contra, pero continuamos en dirección al borde de la montaña. Estamos a punto de saltar al abismo cuando mis pies comienzan a despegarse del suelo. De repente, es como si caminara en el aire. Ya no hay tierra

debajo, solo un vacío insondable que se extiende hacia la oscuridad de la noche.

Estoy volando. Nunca antes había experimentado algo así. Luna se encarga de manejar las cuerdas y nos guía hacia nuestro destino. Percibo sus movimientos detrás de mí, su cuerpo y sus brazos maniobrando con precisión. Confío en que sepa lo que está haciendo, aunque el viento comienza a aumentar y el parapente se sacude de forma violenta. La sensación de volar es fantástica, el aire golpea mi rostro, pero no puedo evitar sentir una creciente preocupación.

Quiero girar la cabeza para ver a Luna, pero no alcanzo a hacerlo. Una ráfaga más fuerte golpea el parapente y escucho el crujido de la tela rasgándose. Nos inclinamos de forma brusca y, por un momento, pierdo toda noción de mi posición en el aire. No sé si estamos verticales, horizontales o de cabeza. Un instante después, recupero el equilibrio, pero la incertidumbre persiste.

—¡Nos desviamos, Ainara! —grita Luna con una voz llena de desesperación—. ¡No llegaremos a la cumbre!

—¿Entonces? —pregunto impotente con el pánico apoderándose de mí. No sé cómo controlar el parapente, no sé cómo revertir esta situación.

—Nos dirigimos hacia el río —me dice, resignada, mientras la veo luchando por mantener el control.

—¡No! Tenemos que llegar a esa montaña —insisto, señalando hacia el costado. Ya estamos a la altura en la que deberíamos hacer pie en la cima, pero seguimos descendiendo.

—¡Ya no llegamos! —me responde a gritos—. ¡Nos estrellaríamos contra la ladera!

—¡No importa! —le grito con toda mi fuerza—. ¡Hazlo ya!

Luna no me responde, pero siento que maniobra con determinación. El parapente vuelve a sacudirse de forma violenta, como si estuviéramos atadas a un péndulo que oscila entre la vida y la muerte. La velocidad a la que nos movemos aumenta, y la sensación de peligro es inminente. Claramente, Luna ha hecho caso a mi orden y ha cambiado de rumbo.

Por un segundo, vuelvo a ver las estrellas, pero al instante todo se oscurece. Un paredón de roca se acerca con rapidez. No puedo reaccionar ni pensar; el tiempo parece haberse detenido, pero mi cuerpo sigue moviéndose sin control. Escucho el ruido de la lona golpeando contra el acantilado y, antes de poder hacer algo, siento un fuerte impacto en el hombro. Reboto y apenas tengo tiempo de cubrirme la cara con las manos. El golpe es brutal. Estoy aturdida, pero aún puedo sentir que el vacío tira de mí hacia abajo.

UN ÚLTIMO ALIENTO

DESIERTO, Arizona

Sábado, 6 de abril, 9:10 p. m.

UN SACUDÓN DETIENE LA CAÍDA. Me siento mareada por los golpes y las sacudidas, pero me doy cuenta de que estoy colgando en el aire. Miro hacia arriba y veo que el parapente se ha quedado atascado en una saliente de la montaña. No sé cuánto tiempo podrá sostenerse allí; una ráfaga más fuerte podría soltarnos. Tengo que actuar rápido.

Siento el cuerpo de Luna detrás de mí.

—Luna, ¿estás bien? —pregunto, aunque no obtengo respuesta.

Quiero mirarla, pero el equipo me impide moverme con facilidad.

—¡Luna! —insisto con más fuerza, y ella sigue sin reaccionar.

Debo ver qué le sucede. Tengo que liberarme de las correas sin caer al vacío. A mi alrededor, cuelgan unas cuerdas. Las tomo y tiro de ellas, comprobando que están firmes. Enrosco mi brazo izquierdo en las cuerdas y, con la mano derecha, empiezo a soltarme las correas del pecho y la cintura. Me balanceo hacia adelante, pero el brazo enredado me ayuda a estabilizarme.

Ahora, debo soltar las correas de las piernas, las que en realidad me sostienen en esta posición precaria. Desato la de la pierna izquierda y, en ese momento, siento cómo casi todo mi peso recae

en las cuerdas que aprietan mi brazo izquierdo. Si suelto la correa de la pierna derecha, no estoy segura de poder sostenerme.

Con la mano libre, alcanzo la correa que acabo de soltar y la vuelvo a atar, pero esta vez sin mi pierna dentro. Levanto el pie izquierdo y lo engancho en la correa para tener algo de apoyo. La posición es incómoda, me siento como una contorsionista improvisada. Empujo con el pie hacia arriba para aliviar la tensión en mi brazo, logrando que la correa de la pierna derecha se afloje.

Con un esfuerzo más, logro desatarla sin soltar la correa, y la uso como un segundo punto de apoyo. Al fin alcanzo cierta estabilidad y puedo girarme para ver a Luna. Está inconsciente, con sangre en la frente. La herida parece profunda, pero no alcanzo a verla bien. Extiendo la mano para tocarle el cuello; aún tiene pulso. Gracias a Dios, sigue viva.

Debo subir, pero no puedo dejar a Luna colgada aquí. Si el parapente se suelta, caerá al vacío. Tengo que asegurarla de alguna manera. Miro las cuerdas que cuelgan a mi alrededor; todas están conectadas al arnés que sostiene las dos sillas. Necesito alejarme de la silla en la que estoy para alcanzar la pared de roca.

Con la mano derecha, libero las cuerdas que tenía enroscadas en mi brazo izquierdo. Luego, me aferro a las cuerdas y salto de la silla, oscilando como un péndulo hasta alcanzar las rocas. Intento hacer pie en una saliente, pero no logro sostenerme y vuelvo a quedar colgando. Me impulso otra vez, y por último engancho el pie izquierdo en una grieta. Suelto las cuerdas con la mano derecha y me aferro a la roca.

Comienzo a trepar, subiendo lentamente unos metros hasta aferrarme bien a un punto más seguro. Desde esta posición ya no puedo ver a Luna; la lona del parapente bloquea la vista. Saco un pequeño cuchillo de mi bolsillo y corto dos cuerdas flojas que están unidas al arnés de Luna. Las ato a mi cinturón, de manera que si la lona se suelta, Luna quedará colgada de mí. Si caemos, lo haremos juntas.

Aún tengo dos sogas enroscadas en mi brazo izquierdo. Si el parapente tira de ellas, me arrastrará hacia abajo, así que las desenrosco para liberarme de ese riesgo. Sigo trepando, cada vez

más alto, hasta que las cuerdas del cinturón se tensan. El peso de Luna comienza a frenarme, tirando de mí hacia abajo.

Doy un último esfuerzo para avanzar, pero es inútil. No tengo la fuerza suficiente para cargar con Luna y trepar al mismo tiempo. Estoy al borde de ceder, pero siento que la lona del parapente se desgarrar y se suelta de la saliente. El viento nos arrastra hacia atrás, y no puedo mantenerme más. Mi mano izquierda pierde el agarre.

Estoy a punto de caer. La mano derecha no resiste. Es todo lo que puedo dar.

De repente, una mano firme me agarra por la muñeca. Es Peter, con el rostro lleno de determinación y el sudor corriendo por su frente.

—¡Te tengo! —exclama—. No te sueltes.

Otra mano se une a la suya, la de Alain, quien me agarra del brazo izquierdo. El esfuerzo conjunto de ambos logra mantenerme en la roca. El aire frío me corta el rostro, y el eco de nuestras respiraciones jadeantes retumba en el acantilado. Siento que me levantan con cuidado, paso a paso.

—Luna está colgando de mi cinturón —les digo, apenas respirando—. No puedo moverme más.

—Tranquila, Ainara. No vamos a soltarte —dice Peter, mientras, Alain asegura una cuerda a mi cinturón y otra alrededor de mi pecho. La presión me quita el aliento, pero no me quejo. Al menos, estoy subiendo.

Al fin, llego a una saliente y veo a Tom y Henry tirando con todas sus fuerzas. Mis pies tocan tierra firme y me dejo caer, agotada, sintiendo el peso del mundo desaparecer por un momento. Desde el suelo, observo a los chicos subir a Luna con cuidado. La recuestan a mi lado y Henry le limpia la sangre de la frente con agua.

—¿Cómo está? —pregunto con la voz débil.

—Reaccionando —responde Henry—. Luna, ¿puedes oírme?

Ella parpadea con lentitud y mueve los labios.

—Peter... —susurra con voz apenas audible.

Peter sonríe y le toma la mano.

—Tranquila. Todo salió bien —le dice con suavidad—. Estamos todos aquí.

Con un esfuerzo, Luna se sienta y mira a su alrededor.

—¿Lo logramos? —pregunta, todavía desorientada.

—Lo logramos —respondo, extendiéndole la mano para ayudarla a ponerse de pie—. Ahora sigamos, no podemos quedarnos aquí.

Alain enciende la linterna de su móvil y hace una señal hacia arriba. Una luz lejana responde desde la cima: es Junior, indicando que todo está en orden. Él estará esperando en la camioneta para ayudarnos si logramos salir de la base. Ahora, debemos continuar.

NOS VEMOS ABAJO

DESIERTO, Arizona

Sábado, 6 de abril, 9:40 p. m.

LA SALIENTE donde aterrizamos es más grande de lo que parecía al principio, una plataforma de roca de unos tres metros de ancho y diez de largo. A simple vista, parece natural, pero al observar con atención, es evidente que ha sido modificada por el hombre. Frente a nosotros se encuentran las «cuevas» que vimos en las imágenes satelitales: tres cavidades profundas, cada una sellada por una compuerta metálica.

En el suelo, unos rieles desgastados se extienden hacia afuera. Entiendo de inmediato que se trata del mecanismo por donde salen los lanzamisiles cuando se activan. A la derecha, hay una puerta pequeña, quizás una entrada de emergencia para el personal. A un lado de las compuertas, reconozco los parapentes de los muchachos.

—¿Por qué trajeron eso aquí? —pregunto, señalando los parapentes.

—Era lo más sensato —responde Peter, encogiéndose de hombros—. Dejarlos en la cima habría sido una pista evidente. Aquí, al menos, están más ocultos.

—De acuerdo —dice Henry y empieza a mover los parapentes hacia una de las cavidades, donde quedarán mejor ocultos. Tom,

mientras tanto, saca su móvil y comienza a grabar.

—Estas son las cuevas de los lanzamisiles —dice en voz baja, apuntando la cámara a las compuertas metálicas—. Estamos en una base militar secreta en medio del desierto de Arizona.

El dispositivo no tiene señal para transmitir en vivo, pero grabará todo lo que podamos documentar. Si salimos de aquí con vida, el mundo entero lo sabrá.

Peter, por su parte, se acerca a la puerta de emergencia y saca sus ganzúas. La cerradura no es muy complicada, y en cuestión de segundos, la puerta se abre con un suave clic. Asomamos la cabeza para verificar que no haya guardias y nos encontramos con un pasillo silencioso y oscuro.

—Parece que es un acceso de mantenimiento —murmura Peter—. Sin cámaras visibles. Tuvimos suerte.

Nos internamos en el pasillo, moviéndonos con cautela. Nos ponemos las ropas de los milicianos que capturamos antes y nos dividimos en dos grupos: Henry, Alain y Luna por un lado, y Tom, Peter y yo por otro. Los primeros descenderán por una escalera de servicio en un extremo del complejo, mientras que nosotros tomaremos la escalera principal.

—Nos vemos abajo —les digo antes de separarnos.

Descendemos por la escalera con paso firme, tratando de no llamar la atención. Si logramos pasar desapercibidos, llegaremos a los laboratorios sin que nadie lo note. Cuando alcanzamos el tercer subsuelo, me doy cuenta de que hemos llegado al punto crucial. Nos reunimos con el otro equipo frente al corredor que lleva al laboratorio.

—Esta vez no hay forma de cortar las cámaras —le digo a Henry en voz baja.

—Entonces, debemos ser rápidos —responde él con la mandíbula apretada.

Avanzamos hacia la puerta del laboratorio, sabiendo que el reloj está en nuestra contra. Esta misión no tiene margen de error. Ahora, es todo o nada.

LA EMBOSCADA

BASE DE LOS MILICIANOS, Arizona
Sábado, 6 de abril, 9:40 p. m.

CON HENRY AL FRENTE, nos dirigimos hacia el laboratorio, moviéndonos con rapidez y precaución. Al acercarnos a la puerta, vemos a un guardia apostado al costado, observándonos con expresión desconfiada. Le devuelvo la mirada con la misma frialdad, tratando de pasar por alguien que simplemente está en el lugar correcto. Camino hacia la puerta e intento abrirla, pero el guardia da un paso adelante, como para detenerme. Antes de que pueda actuar, Peter lo sorprende con un golpe rápido y certero en la nuca, dejándolo fuera de combate.

—No teníamos tiempo para diplomacias —dice Peter con un encogimiento de hombros.

Giro el picaporte, pero la puerta no cede. Está bloqueada.

—Tiene una cerradura electrónica —dice Luna, examinando un panel al costado de la entrada—. No tengo idea de cómo desactivarla.

Henry se acerca con determinación y le da una patada al panel, haciéndolo pedazos. Sin embargo, la puerta sigue cerrada.

—Déjame probar —dice Peter, poniéndose en posición frente a la puerta. Me aparto rápidamente, y Henry se coloca a su lado.

—A la cuenta de tres —ordena Peter.

Ambos dan un fuerte puntapié a la vez. La cerradura cede con un chasquido seco y la puerta se abre de golpe, tambaleándose en sus bisagras como si fuera de cartón. Nos adentramos en la sala, que resulta ser un laboratorio más grande de lo que esperábamos. Está lleno de equipo sofisticado, estantes repletos de productos químicos, y mesas cubiertas de documentos y muestras. Al fondo, una pared completa está ocupada por un gran espejo, pero a estas alturas sé que no es un espejo común. A un costado, una puerta blindada de metal y vidrio deja ver lo que parece ser una sala de cuarentena con una camilla en el centro.

—Allí está —dice Luna, señalando un cilindro metálico de casi un metro de altura, ubicado al costado de la sala. Tiene un panel digital que indica la temperatura interna y varios tubos conectados.

—¿Estás segura de que eso es lo que buscamos? —pregunta Peter con desconfianza mientras Luna examina el dispositivo.

—Solo hay una forma de saberlo —responde ella, presionando un botón verde en el panel.

La tapa superior del cilindro comienza a elevarse con un siseo, liberando una nube de vapor blanco. De forma instintiva, todos contenemos la respiración, temerosos de inhalar lo que sea que contenga. La tapa se eleva por completo, revelando seis tubos de metal del tamaño de botellas pequeñas, descansando en un soporte acolchado.

—Perfecto —dice Luna, aliviada al ver que los tubos encajan en el maletín acolchado que encuentro en un estante cercano, junto con máscaras de gas y guantes. Colocamos los tubos con cuidado, y noto que Henry y Peter siguen observando el cilindro con expresiones de aprensión.

—¿Qué pasa si hay más muestras en la base? —pregunto mientras cierro el maletín.

—Es poco probable que guarden tantas copias en un solo lugar —responde Luna—. Lo más seguro es que esto sea lo único que tienen aquí.

—Bien, entonces nos vamos —digo, dando media vuelta con el maletín en mano.

De repente, una alarma ensordecedora inunda la sala, y con un estrépito metálico, una reja de hierro cae desde el techo, bloqueando la salida.

—¡Maldición! —exclama Peter, mirando alrededor en busca de una salida alternativa.

Henry corre hacia la reja y trata de levantarla, pero es inútil, no se mueve ni un milímetro. De repente, el «espejo» al fondo de la sala se ilumina, revelando una habitación oculta tras el cristal. Dentro, una figura familiar se destaca.

—Hoffman —gruñe Peter con los dientes apretados mientras su mirada se llena de furia.

Junto a Hoffman entra otro hombre, de aspecto refinado y expresión fría.

—Alexander Romay —susurra Luna, reconociendo al magnate con una mezcla de asombro y rabia.

La presencia de Romay es seguida por la entrada del albino, quien aparece detrás, apuntando una pistola a la cabeza de Alain. El ambiente se vuelve opresivo al instante. Hoffman se inclina hacia un micrófono en la pared y suena un breve ruido de estática.

—Es un placer conocerla, señorita Pons —dice Romay con voz serena, como si estuviera saludando a una vieja amiga.

DIEZ MINUTOS ANTES...

—¿Qué es eso? —pregunta un guardia de seguridad, mirando con preocupación los monitores en la sala de control.

En la pantalla, se ve a Ainara y su grupo abordando al guardia en el pasillo. El otro guardia se levanta de su asiento y toma el teléfono.

—Debo avisar al comandante. Tenemos una intrusión en la zona restringida —dice con voz urgente.

Diego White, un técnico de la base, estaba en la sala para hacer una revisión rutinaria de los equipos informáticos. Observa la situación con interés y decide no perder tiempo.

—Parece que están ocupados —comenta con tono casual mientras se retira—. Volveré mañana.

Sin esperar respuesta, sale de la sala de control y se dirige a los dormitorios, donde busca a Paul Briner, un miliciano que solía estar descontento con la dirección de la base. Paul está en su litera, leyendo un libro sobre teorías conspirativas.

—Han vuelto, Paul —dice Diego con nerviosismo.

—¿Quiénes? —pregunta este, levantando la vista del libro.

—Ainara y los suyos —responde Diego, inquieto—. Están de nuevo en las zonas restringidas, los han descubierto. Están en problemas.

Paul se despereza y saca una bolsa de bajo su litera.

—Bien, ya estaba aburrido de esta rutina —dice con una sonrisa sardónica—. Vamos a darles una mano.

CAOS

BASE DE LOS MILICIANOS, Arizona
Sábado, 6 de abril, 9:50 p. m.

—LES RUEGO que suelten sus armas —dice Alexander Romay con voz autoritaria—. A la única persona que me interesa entregar viva a nuestros amigos del Anillo es a usted, señorita Pons. Los demás no me importan; vivan o mueran, es su elección.

Mientras Romay habla, el albino presiona con fuerza su pistola contra la sien de Alain. Veo cómo mi amigo mueve los labios, murmurando «lo siento», pero sé que no es su culpa. Sabíamos que las cámaras estaban allí, que nuestro tiempo era limitado. Jugamos a la lotería y perdimos. No puedo reprocharle nada.

Respiro hondo y considero mis opciones. La situación es desesperada y no tengo una idea clara de cómo salir de esta trampa. Decido colaborar para ganar tiempo. Si logramos mantenernos con vida, tal vez podamos encontrar una salida. Dejo mi arma sobre una mesa cercana. Luna y Henry, dudando solo un instante, me siguen el gesto. Peter, en cambio, permanece con su pistola en la mano, apuntando a Hoffman. Puedo ver en sus ojos que está dispuesto a disparar, que ha venido hasta aquí con la intención de matarlo. No sé si ese cristal es a prueba de balas, pero Peter parece decidido a

averiguarlo. Sin embargo, al mirar a Alain, aprieta la mandíbula y por último baja su arma.

—El maletín también, Ainara —ordena Hoffman con una sonrisa triunfal en los labios.

Dudo. Podría amenazar con abrir los tubos aquí mismo, exponer el virus y convertir este lugar en una trampa mortal para todos. Pero ¿qué ganaría aparte de sacrificar a mis amigos y a mí misma? Ellos, detrás del vidrio, solo tendrían que esperar a que nos consumiera el virus. Un sacrificio tan grande para un resultado tan incierto no tiene sentido. Decido dejar el maletín sobre la mesa, dando un golpe frustrado. Habíamos llegado tan cerca...

—Bueno, parece que nos estamos entendiendo —afirma Romy con una expresión satisfecha—. Me alegra que hayan decidido colaborar. La suerte de la señorita Pons está echada. La cúpula del Anillo se encargará de usted. Pero los demás han demostrado ser elementos valiosos. Al nuevo Gobierno de la Confederación le vendría bien contar con personas como ustedes.

—Nunca —responde Henry con el rostro endurecido—. Ustedes mataron a mi hermano. No hay forma de que siga bajo sus órdenes.

Romy dirige su mirada a Luna.

—No cuenten conmigo —dice ella, firme—. Estoy con Henry. El Anillo mató a mi hermana, no hay forma.

—Con el señor Bennett ni lo intente —le advierte Hoffman a Romy—. Me mataría con sus propias manos en cuanto tenga la oportunidad.

—Entendido —responde Romy, encogiéndose de hombros—. El ofrecimiento está hecho, y, como dije antes, es su decisión.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunto, buscando desviar la conversación. Mis amigos han dejado claro que prefieren morir antes que colaborar con ellos, así que intento ganar tiempo. Además, sé que a estos tipos les encanta alardear cuando sienten que tienen el control. Tal vez podamos obtener información sobre sus planes—. Es raro ver a uno de los jefes ensuciándose las manos.

—Cada tanto visito a mi ejército para ver cómo marcha todo —responde Romy con altivez—, pero hoy estoy aquí por ti.

No entiendo cómo podía saber que volveríamos.

—Cuando Marcus me avisó ayer que había atrapado a la famosa Ainara Pons —continúa Romay, complacido—, decidí venir a buscarte. Mi idea era entregarte viva al Camaleón y conseguir lo que nadie ha logrado en tanto tiempo. Si alguno de los miembros de la mesa chica del Anillo aún dudaba de mis planes, con tu cabeza en una bandeja, nadie se atrevería a oponerse.

Por sus palabras, comprendo que no todos en el Anillo están de acuerdo con él. Tal vez, si logramos retrasar su ataque, podamos provocar divisiones en sus filas.

—Esta mañana, cuando supe que habías escapado, ya tenía el viaje organizado y no estaba seguro de si venir. Pero el señor Hoffman me convenció de que no eras de las que huyen sin más. Dijo que podrías intentar volver para terminar tu trabajo. Llegué hace un par de horas, y parece que tenía razón. Ahora sabemos cuál era tu misión. Todo se trataba de robar nuestro virus. Te felicito, llegaste más lejos de lo que hubiera imaginado. Entiendo por qué el Anillo está obsesionado contigo. Pero aquí se acabó. Descubrimos tus intenciones y te atrapamos.

—Sí —respondo, intentando que siga hablando—. ¿Pretendes lanzar este virus en alguna ciudad del sur y culpar al Gobierno nacional? ¿De verdad crees que eso será suficiente para dividir al país o hay algo más?

—Señorita Pons, veo que estás bien informada —replica Romay con una sonrisa cínica—. Sí, básicamente ese es el plan, pero el país siempre ha estado dividido. Esta es solo la chispa que encenderá el fuego. Los viejos rencores resurgirán y, con un par de empujoncitos, los estados del sur retomarán el camino que nunca debieron abandonar. Ahora bien, las cartas están sobre la mesa, te toca hablar a ti. ¿Cómo supiste lo que estábamos haciendo? ¿Quién te está pagando para hacer esto?

La pregunta me toma por sorpresa. Nadie nos está pagando; nuestro trabajo terminó cuando encontramos el cadáver del senador Mancera. Pero no puedo revelarles que lo descubrimos por casualidad. Quizás una última mentira lo desestabilice y nos dé una oportunidad.

—Trabajamos para el Gobierno de los Estados Unidos —improvisó con voz firme—. Descubrimos el cuerpo sin vida del senador Joseph Mancera mientras buscábamos evidencia aquí. Sabemos que ustedes lo secuestraron y asesinaron. Somos una división del Departamento de Defensa que opera de forma independiente para destruir uno a uno los planes del Anillo hasta acabar con toda su organización.

—Vaya, entonces los rumores eran ciertos —responde Romay, alzando una ceja—. Pero creo que eso no sucederá hoy. Han perdido. Su división actúa de forma demasiado independiente; debieron haber avisado a sus superiores.

—Sí lo hice —insisto—. En este momento, alguna de las fuerzas debe estar cerca de aquí. Si no reciben mi llamada pronto, irrumpirán con todo lo que tienen.

—Señorita Pons, no tiene sentido que nos mienta —dice Romay con total calma—. Tenemos infiltrados en todo el Gobierno, y nadie sabe que usted está aquí.

—Perdón que interrumpa —dice de repente la voz de Tom desde el otro lado de la reja que bloquea nuestra salida. Había olvidado que estaba en la morgue. Veo su mano sosteniendo el móvil entre los barrotes, grabando todo—. Lamentablemente, se equivoca, señor Romay. Más allá de que Ainara haya avisado a sus jefes, yo estoy transmitiendo en vivo toda esta charla. En este momento, cientos de miles de ciudadanos estadounidenses saben lo que está sucediendo. Saben que intenta realizar un genocidio en una de sus propias ciudades para justificar sus aspiraciones políticas. Está acabado.

La expresión de Romay cambia drásticamente, y mira a Hoffman, quien sonrío con suficiencia.

—No tiene señal aquí —le explica Hoffman a Romay—. Está blofeando. Lo que haya grabado en ese móvil nunca saldrá de esta base.

Es cierto lo que dice Hoffman. Ojalá la jugada de Tom fuera real. Veo que Hoffman pide refuerzos por el intercomunicador, y ya vienen por Tom.

—No hay señal de móvil —continúa Tom—, pero el ordenador de la morgue está conectado por wifi. Es muy sencillo escanear el código QR con el teléfono y entrar en la red. No necesito datos,

ustedes mismos me están proporcionando la señal para transmitir esto.

—¡Detén esto ya, Hoffman! —grita Romy, y Hoffman deja el intercomunicador para dirigirse apresuradamente hacia la morgue.

Antes de que Hoffman pueda salir de la sala detrás del cristal, se escucha una terrible explosión que hace temblar toda la base. Las luces parpadean y, de repente, quedamos a oscuras, sumidos en el caos de la incertidumbre.

HASTA AQUÍ LLEGARON

BASE DE LOS MILICIANOS, Arizona

Sábado, 6 de abril, 10:15 p. m.

DECIDIMOS SUBIR juntos por una sola escalera. Pensamos que sería mejor mantenernos unidos, la situación se había vuelto demasiado peligrosa como para dividirnos.

—La luz seguirá así —nos asegura Paul mientras avanzamos—. Tardarán días en arreglar el desastre que armé.

Mientras subimos hacia el segundo nivel, nos cruzamos con un par de milicianos, pero no parece que sospechen nada. Sin embargo, sabemos que Hoffman ya ha dado la alerta, y es muy probable que nos esperen más adelante. La puerta principal de seguro estará llena de guardias, pero no nos queda otra opción que intentar llegar hasta los lanzamisiles, donde dejamos los parapentes. Serán nuestra única vía de escape. Me gustaría avisarle a Junior que nos busque en el río, pero no tenemos forma de comunicarnos con él.

Al llegar al siguiente nivel, la tensión se siente en el aire. Pasamos junto a otro grupo de milicianos y, aunque seguimos adelante sin detenernos, algo no va bien. De pronto, uno de ellos habla:

—Hey, tú —dice, señalando con la mano.

Intentamos seguir sin prestar atención, pero escucho movimiento detrás de nosotros. Giro la cabeza y veo a un miliciano, sujetando a Alain por el brazo. Reconozco su rostro: es uno de los hombres de la camioneta que habíamos dejado amordazados.

—Yo te conozco —le dice al tiempo que lo mira con desconfianza.

La situación puede volverse crítica en un instante. No quiero que haya disparos que alerten a toda la instalación, así que decido actuar rápido. Empujo con fuerza al miliciano más cercano, haciéndolo tambalear hacia la baranda de la escalera. La pelea se desata de inmediato.

Lanza un golpe hacia mi rostro, pero logro esquivarlo girando hacia un lado y, con un movimiento rápido, le golpeo la cara con el maletín. El hombre se tambalea y cae al vacío, desapareciendo de nuestra vista.

Siento un peso encima y veo que Henry ha empujado a otro miliciano, que intentaba abalanzarse sobre mí. Lo agarro por el cuello y lo hago rodar escaleras abajo. A nuestro alrededor, el resto del equipo está luchando: Peter y Luna se encargan de otro enemigo mientras Alain acaba de derribar al matón que lo había sujetado. Abajo, Paul y Diego se enfrentan con éxito a sus oponentes.

Por fin, conseguimos controlar la situación. Tom aparece subiendo las escaleras con la ayuda de Henry; por un momento temí que se hubiera quedado rezagado.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! —grito, sabiendo que la discreción se ha perdido por completo.

Continuamos subiendo y alcanzamos el último nivel antes de llegar a la zona de los lanzamisiles. A mitad de camino, veo un grupo de milicianos armados avanzando en nuestra dirección. A unos treinta metros, uno de ellos nos señala. Es uno de los hombres que despojamos de su ropa y encerramos en el camión.

—¡Diablos! —exclamo, sacando mi arma cuando veo que comienzan a apuntarnos.

La balacera estalla con fuerza, y nos cubrimos detrás de un camión estacionado. Las balas impactan en la carrocería y el ruido es ensordecedor. Henry sube a la cabina del camión y me hace

señas para que sigamos. Tom se le une y, con la ayuda de Alain, logramos subir a Peter, que cada vez se ve más pálido.

Henry arranca el motor y retrocede lentamente, usando el camión como escudo móvil. Disparamos desde los costados para mantener a raya a los milicianos que nos persiguen. El avance es lento y complicado; el espacio es estrecho y el fuego enemigo no cesa.

Un miliciano asoma por un costado y le disparo, haciéndolo caer al suelo. Desde la cabina, escucho a Tom devolviendo los disparos. Otro enemigo se aproxima y es Diego quien lo derriba de un tiro certero.

—¡Estoy harto de esto! —grita Paul, sacando una especie de granada de su mochila y lanzándola con fuerza por encima del camión.

La explosión sacude el lugar, y los gritos de dolor nos indican que hemos causado bajas. Aprovechamos la confusión y rodeamos el camión, corriendo hacia el lugar donde hace un momento se encontraban los milicianos. Pero lo que nos espera al otro lado nos hace detenernos en seco: un carro de combate equipado con una ametralladora pesada bloquea nuestro camino.

—¡Corran! —grita Luna.

No hace falta que lo repita. Nos replegamos de nuevo detrás del camión, y las balas comienzan a perforar la estructura. El ruido es ensordecedor, el camión tiembla bajo el impacto de las ráfagas, y veo cómo los pedazos de lona y metal salen despedidos. Siento el peso del maletín en mis brazos, su contenido es nuestra única esperanza, pero también podría convertirse en una sentencia de muerte si lo dañan.

—¡No tengo más explosivos! —exclama Paul, adivinando lo que estaba pensando.

—Debemos retroceder —dice Alain, jadeando—. No podremos llegar a los lanzamisiles.

—La entrada principal es nuestra única opción —respondo y comenzamos a correr en esa dirección.

Henry sostiene a Peter, que apenas puede moverse. El camión, ya destrozado, estalla en una bola de fuego. La onda expansiva nos

arroja al suelo, aturdiéndonos por un instante. Me levanto, recupero el maletín y nos preparamos para seguir hacia el portón principal, que está a solo unos metros.

Sin embargo, no damos ni un paso antes de quedar paralizados. Delante de nosotros, una treintena de soldados armados nos bloquea el paso, con Hoffman al frente. La distancia es corta, apenas veinticinco metros. Hoffman levanta un megáfono y su voz resuena en el aire cargado de humo y tensión.

—Hasta aquí llegaron —declara con tono frío y definitivo.

El silencio que sigue a sus palabras parece durar una eternidad.

ESTO YA TERMINÓ

BASE DE LOS MILICIANOS, Arizona
Sábado, 6 de abril, 10:30 p. m.

ME ENCUENTRO en medio del grupo, rodeada de rostros cansados y cuerpos maltrechos. A mi izquierda, Luna y Alain sostienen a Peter, que ya ha perdido demasiada sangre. A mi derecha, Tom, Henry, Diego y Paul se mantienen firmes, aunque no en las mejores condiciones. Tenemos nuestras armas en la mano, pero la situación es insostenible. Enfrentar a la treintena de soldados que nos bloquea el paso sería un suicidio, y entregarnos quizás también lo sea.

Sé que soy la única cuya muerte está asegurada en cualquiera de los casos. Tal vez los demás aún puedan negociar su vida, encontrar una salida. No puedo obligarlos a morir por mí. Mientras sostengo el maletín con el virus en una mano, suelto mi arma con la otra. Mis compañeros me miran, negándose a seguir mi ejemplo. Quieren luchar hasta el final, morir con honor si es necesario. Sin embargo, les hago un gesto con la cabeza para que se rindan. Por último, con un gesto de resignación, arrojan sus armas al suelo.

Hoffman nota nuestra rendición y levanta una mano para indicar a los soldados que permanezcan en su lugar. Le entrega el megáfono a uno de sus hombres, saca su pistola y avanza hacia

nosotros, deteniéndose a unos pocos metros. La sonrisa arrogante en su rostro refleja la confianza de quien cree que ha ganado.

—Debo admitir —dice con tono burlón— que nos dieron más problemas de los que esperaba.

Justo en ese momento, el sonido de un motor se hace cada vez más fuerte. Giro la cabeza y veo, entre las llamas del camión incendiado, un pequeño helicóptero elevándose desde el hangar, cuyas puertas se abren rápidamente para dejarlo salir.

—Es Romay —comenta Hoffman con una mueca de desdén—. Esa rata huye, como siempre. Que se vaya; el crédito de entregarte al Anillo será mío.

El helicóptero desaparece en la oscuridad, y las puertas del hangar vuelven a cerrarse. Hoffman retoma su actitud confiada y dirige su atención hacia mí.

—Es suficiente, Ainara —prosigue—. Deja ese maletín en el piso y terminemos con esto.

Bajo sin prisa el maletín, pero justo cuando estoy por dejarlo en el suelo, noto un alboroto entre los milicianos. La confusión crece, y de repente, el enorme portón principal empieza a abrirse.

—¿Qué carajo? —exclama Hoffman, girándose hacia el portón, visiblemente sorprendido.

Entonces, la voz inconfundible de Freddy retumba a través de un altavoz:

—¡FBI! ¡Arrojen sus armas y nadie saldrá herido!

Hoffman se queda desconcertado. Aprovecho la distracción para darle una señal a Henry, que reacciona con agilidad felina. Se lanza sobre Hoffman, lo desarma y lo fuerza a arrodillarse, sujetándolo por detrás con la pistola apuntando a su cabeza.

—Mataste a mi hermano —dice Henry con voz tensa—. Estoy conteniéndome para no volarte los sesos.

Le entrego el maletín a Tom, que aún se encuentra a mi lado.

—Llévaselo a Freddy Tanaka —le ordeno—, solo a él. Y cuéntale que encontramos el cadáver del senador Mancera en la morgue de la base. Dile que nos busque en el río, Peter está muy grave.

—¿Qué planeas, Ainara? —pregunta Alain, notando la urgencia en mis acciones.

—Si Freddy nos ayuda a escapar, quedará comprometido —respondo—. Todos sabrán que Ainara Pons estuvo aquí, y no podrá justificar por qué no me capturó.

—¿Qué hacemos entonces? —insiste Alain mientras Luna observa expectante.

—Todavía tenemos un vuelo pendiente —respondo con una sonrisa determinada, refiriéndome a los parapentes.

El portón principal se abre por completo, permitiendo la entrada de camiones de asalto y equipos del FBI. Los milicianos, desmoralizados, empiezan a rendirse, arrojando sus armas al suelo. Aprovechamos el caos para correr hacia los lanzamisiles. El fuego y el humo del camión en llamas cubren nuestra retirada, creando un velo de confusión.

Llegamos a la zona de los lanzamisiles y conseguimos abrir la puerta con facilidad. Los parapentes siguen allí, intactos. No se escuchan disparos a lo lejos, lo que me hace pensar que la situación dentro de la base está bajo control. Ayudamos a Alain a colocar a Peter en la silla del parapente. Cuando estamos ajustando el arnés, Peter pierde el conocimiento.

—Yo me encargo —dice Alain, sosteniéndolo con firmeza—. Pero, Peter, tienes que bajar de peso —añade en un intento de aliviar la tensión.

Con ayuda de Luna, preparamos el parapente y lo desplegamos lo mejor posible. No hay espacio para correr, así que Alain deberá saltar y confiar en que el viento haga el resto. Cuando la brisa levanta la lona, Luna grita:

—¡Salta ahora, Alain!

Alain levanta a Peter y da un par de pasos rápidos antes de lanzarse al vacío. Apenas me hago a un lado para evitar que el parapente me golpee. Los veo desaparecer más allá del borde del acantilado, con la lona desplegándose por completo mientras planean suavemente hacia abajo.

—Vamos, es nuestro turno —dice Luna, ansiosa.

—Espera —respondo—. Quiero asegurarme de que hayan aterrizado bien.

Desde la orilla, observo cómo Alain logra controlar el parapente y se desvía hacia un costado, alejándose del río. Aterrizan en la orilla con un pequeño golpe, pero sin problemas mayores.

—¡Vamos! —exclamo al ver que todo ha salido bien.

Luna y yo vamos a usar el parapente de Henry y Tom. Nos colocamos el arnés, aseguramos las correas y nos preparamos para saltar. Empezamos a correr hacia el borde y en el último paso siento el tirón del parapente, que se despliega a nuestras espaldas. El aire nos eleva y, esta vez, la caída es suave y controlada. Aterrizamos a unos metros de Alain y Peter, que sigue inconsciente.

—No podemos movernos con Peter en este estado —dice Alain, soltándolo de la silla—. Necesitamos ayuda.

—Solo queda esperar —respondo, mirando hacia el horizonte, esperando que Freddy haya podido enviar refuerzos.

De pronto, el sonido de un motor rompe el silencio. Un vehículo se acerca con rapidez desde el sur, recorriendo la ribera. En cuestión de segundos, reconozco la vieja camioneta del anterior rescate, la conduce Junior. Llega hasta nosotros y frena con brusquedad. Baja del vehículo y corre a nuestro encuentro, dándonos un fuerte abrazo a Luna y a mí.

—Ayúdame con Peter —dice Alain sin perder un segundo—. Está muy grave, debemos llevarlo a un médico ya.

Entre Junior y Alain, colocan a Peter en la parte trasera de la camioneta, recostándolo lo mejor posible.

—¿Freddy te avisó? —le pregunto a Junior, que asiente mostrándome un dispositivo de comunicación. Lo enciende y habla.

—Los tengo, Freddy —informa Junior por el intercomunicador.

—Pregunta por los demás —le digo.

—¿Cómo están los demás? —repite Junior en el dispositivo.

—Están todos bien —responde la voz de Freddy—. Es más, se han convertido en los héroes de la noche.

Alain y yo subimos atrás para cuidar de Peter, mientras que Luna toma asiento en la cabina junto a Junior. Ella se encarga de usar el teléfono especial de Peter para comunicarse con Andrew y coordinar la asistencia médica en Cameron. Mientras la camioneta arranca, observo el horizonte, sintiendo una mezcla de alivio y agotamiento.

Por fin, esto ya terminó.

EPÍLOGO

BÚNKER DE ANDREW, Nueva York
Martes, 9 de abril, 7:30 p. m.

ESTOY MASTICANDO la última porción de *pizza* que queda en mi plato cuando, de un solo bocado, Bob, mi bestia negra, se la lleva. Peter, sentado a mi lado con el brazo vendado e inmovilizado, me lanza una sonrisa divertida. Apenas salió del hospital en Arizona ayer, después de varios días en observación. Me quedé con él hasta que le dieron el alta, y esta mañana llegamos juntos a Nueva York. El resto del equipo llegó el domingo, gracias a los pasajes que Andrew se encargó de gestionar.

Junior observa con atención la medalla en su mano. Es un reconocimiento otorgado por el presidente de los Estados Unidos, a través de Freddy, por haber evitado una rebelión en el ámbito nacional y desenmascarado a una red de políticos confabulados en varios estados. Tom, Henry, Diego y Paul también recibieron el mismo galardón.

La historia que inventamos fue convincente: la esposa del senador contactó a Freddy para indagar sobre el paradero de su marido desaparecido, Freddy se puso en contacto con Tom, un periodista de la región, y Tom se infiltró en la organización con la ayuda de Henry. Diego y Paul se sumaron a la misión junto con una

tal Ana Robinson, quien les proporcionó información clave. Nadie en el FBI vio a «Ana» revelar su verdadera identidad. Caso cerrado.

—El jefe Smith estaba furioso —cuenta Freddy, recostado en una de las sillas—. No entiende cómo pudiste escabullirte sin que yo te viera. Pero con tantos testigos del FBI asegurando que no te vieron, no tuve problemas en cubrir mi propia espalda.

La llegada del FBI fue una sorpresa para mí. Freddy explicó que fue la esposa del senador quien movió los hilos. Logró que el gobernador de Arizona apoyara la operación y, con la Guardia Nacional respaldando al FBI, organizaron la redada. Freddy quedó a cargo del operativo. Mientras aguardaban la orden de las autoridades para entrar en la base, las imágenes enviadas por Tom del cuerpo del senador comenzaron a circular en las redes.

Fue entonces cuando el equipo recibió el llamado para irrumpir en la base. Tom, en realidad, había mentido al decir que estaba transmitiendo en vivo; lo hizo solo para distraer a Romy y darnos una oportunidad. Aunque consiguió enviar las imágenes de los cuerpos desde la morgue, no pudo transmitir desde el laboratorio debido a la falta de acceso a la red. La información sobre el cadáver del senador Mancera encontrado en la morgue de la base, que Tom transmitió a Freddy, fue clave para vincular definitivamente a la milicia con el secuestro y asesinato del político, fortaleciendo aún más las acusaciones en su contra.

El teléfono de Tom se perdió durante el enfrentamiento, y nunca recuperaron el dispositivo ni las grabaciones. A pesar de que Romy está bajo investigación, el magnate logró escapar en su helicóptero justo a tiempo, y con su poder económico, es probable que quede absuelto.

—Es una pena que Henry y los demás no puedan estar aquí —comenta Luna, estirando la mano para tomar otra porción de *pizza*.

—Tom aceptó un puesto en un periódico nacional —nos informa Junior mientras le pasa la medalla a Peter.

—Y los demás —agrega Andrew desde su escritorio—, me dejaron sus datos en caso de que surja algún trabajo interesante.

—Seguro los volveremos a ver —dice Alain, sacando unas cervezas del refrigerador y repartiéndolas entre los presentes.

—Otra vez detuvimos al Anillo —digo, dejando escapar un suspiro—. No sé cuántas veces más tendremos que arruinar sus planes para que por fin se den por vencidos.

—¿Acaso alguna vez se rendirán? —pregunta Peter, lanzando la medalla a Freddy, que la atrapa con un movimiento ágil.

—Lo dudo —respondo con un dejo de resignación.

—¿Y si tomamos la iniciativa? —propone Luna con un brillo decidido en los ojos—. ¿Y si somos nosotros los que los persiguen y acabamos con ellos de una vez por todas?

Nos miramos en silencio, sopesando la posibilidad. Cambiar de estrategia, atacar en lugar de defender, podría ser una forma de poner fin a esta guerra interminable.

—Dale un respiro a tu cabeza, Luna —interviene Alain, alcanzándole una cerveza—. Relájate y disfruta el momento. Hemos ganado una batalla importante.

Pienso en las palabras de Alain mientras observo el rostro de mis amigos. Quizás sea momento de dejar descansar la mente, al menos por un tiempo. El camino por delante seguirá siendo arduo, pero por ahora, podemos permitirnos una pequeña victoria.

Al menos por ahora.

FIN

Ainara regresa en la décima segunda novela de la serie: *Operación Zodiaco*. Obtenla aquí:

<https://geni.us/OperacionZodiaco>



Puedes encontrar todas las novelas de la serie de Ainara Pons aquí:
<https://geni.us/SerieAinaraPons>

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma 😊

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

Amazon.com - haz clic [AQUÍ](#)

Amazon.es - haz clic [AQUÍ](#)

Amazon.com.mx - haz clic [AQUÍ](#)

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:

<https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos>

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

1. [El senador desaparecido](#)
2. [El albino](#)
3. [Claramente son matones](#)
4. [Se confirman las sospechas](#)
5. [El desierto puede ser peligroso](#)
6. [La escena del crimen](#)
7. [Prohibido el paso](#)
8. [No es un navajo](#)
9. [Zona prohibida](#)
10. [Escapar o morir](#)
11. [Entre enemigos](#)
12. [Detrás de las líneas](#)
13. [¿El Anillo?](#)
14. [El pasado regresa](#)
15. [La agenda secreta](#)
16. [Unidos por la misma causa](#)
17. [La conexión silenciosa](#)
18. [Prisioneros del silencio](#)
19. [Entre la espada y la pared](#)
20. [Sentencia de muerte](#)
21. [La última puerta](#)
22. [Descenso](#)
23. [En el río a la deriva](#)
24. [Al filo del peligro](#)
25. [¿Al fin el rescate?](#)
26. [¿Cómo entramos?](#)
27. [Ya sabemos qué hacer](#)
28. [Jugarse el todo por el todo](#)
29. [Se acerca la hora](#)
30. [Esto se acabó](#)
31. [Un último aliento](#)
32. [Nos vemos abajo](#)

- 33. [La emboscada](#)
- 34. [Caos](#)
- 35. [Hasta aquí llegaron](#)
- 36. [Esto ya terminó](#)

[Epílogo](#)

[Notas del autor](#)